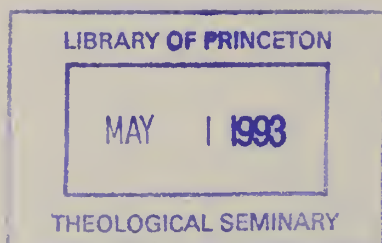




HOMENAJE A LA MEMORIA DE MONSEÑOR OROZCO Y JIMENEZ



HOMENAJE

a la

memoria del

Excmo. y Revmo. Sr. Dr. y Mtro. D.

Francisco Orozco y Jiménez

Arzobispo de Guadalajara.



CURAVIT
J. RUIZ M.



1936
Imprenta y Librería FONT
GUADALAJARA.



Imprimatur.

† José, Arzobispo de Guadalajara


+Francisco Orozco y Jiménez
Arzobispo de Guadalajara

El Escudo de Mons. Orozco

"In Fide et Lenitate"

Para los que creemos en la divina Providencia que todo lo gobierna, no es de admirar ver a nuestro llorado Pastor recién muerto retratado de alma y cuerpo en su Escudo de Armas, cuya empresa o divisa sirve de título a este fragmento.

Su Escudo, cuya forma se asemeja a la polonesa, es partido desde que se hizo cargo de nuestra Arquidiócesis, de modo de presentar separadas verticalmente sus mitades que se llaman cuarteles: el diestro (1) es a su vez la mitad correspondiente al de la ciudad cuyo nombre tiene la Arquidiócesis, concedido en 1539 por el emperador Carlos V: ostenta entero éste como piezas heráldicas, en campo de azur (2) un pino fustado de oro (3), símbolo de elevados pensamientos, con un león en salto de su color a cada lado, que tiene las manos sobre el tronco del árbol, animales que significan fortaleza y majestad; está circundado por bordura (4) de oro con siete aspas de gules (5), que acaso expresan los siete dones del Espíritu Santo, pues sabido es que "Villa del Espíritu Santo" se llamó primitivamente la ciudad; su timbre (6) es un casco cerrado con sus lambrequines (7), sobre el cual se levanta una bandera (de sinople), que solía concederse a las ciudades militares, en un hasta de lanza rematada por una cruz de Jerusalén (8); todo el oro. El cuartel siniestro es propiamente el Escudo de Mons. Orozco, de plata, que representa en punta (9) el mar en oleaje (10), símbolo entre otras cosas, del mundo, en cuyas ondas (11) se ve un pez también de plata, conocido emblema de Cristo, el místico *Ijthys* (12) de los primitivos cristianos, que nada tranquilo en la persona de su Iglesia sin temer

---

(1) Del escudo, no de quien lo mira.

(2) Nombre heráldico del color azul.

(3) Es decir, con el tronco dorado.

(4) Ancha franja entorno del escudo.

(5) Nombre del rojo en heráldica. De las siete aspas suprimió el Sr. Arzobispo la del centro, en dirección del jefe o parte más alta.

(6) Timbre es la pieza que se coloca sobre el escudo.

(7) Adornos del casco que flotan al aire a ambos lados del escudo.

(8) Su figura es la griega, potenciada, es decir con cada brazo en figura de T y que encierra en los intervalos de los brazos otras cuatro cruces pequeñas iguales.

(9) La parte baja del escudo.

(10) De sinople, es decir, verde, su color ordinario.

(11) En algunos ejemplares se ve sobre, y en otros entre las ondas.

(12) Ijthys, en griego, pez, palabra y símbolo adoptados por los primeros cristianos para reconocerse entre sí en aquellos tiempos de ruda persecución, sin llamar la atención de los enemigos: eligieron la palabra como acróstico griego de la esencia de Cristo Redentor: Iesous.

las olas embravecidas; en el punto de honor (13) una estrella de oro con un haz de luz hacia el mar, cuya idea parece ser que la Virgen María. Estrella del Mar (14), ilumina y guía a quienes en el mar peligran.

El oro es el más noble esmalte del blasón, y significa entre otras cosas esplendor, constancia para sufrir los peligros, e impone la obligación de amparar a los pobres; el gules denota intrepidez, victoria y vigilancia; el sinople simboliza la esperanza; la plata indica inocencia y victoria no sangrienta sobre los enemigos; el azur dice caridad y celo, e impone la obligación de atender prontamente al propio rey y señor, y de socorrer a sus fieles servidores.

Está timbrado el Escudo de Mons, Orozco, ya formado de los dos cuarteles descritos, por el capelo de arzobispo que substituyó al timbre de Guadalajara, con diez borlas a cada lado que caen en losaje (15), en series progresivas horizontales de una a cuatro: todo de sinople; sus insignias son: la cruz arzobispal de la Arquidiócesis, que es la patriarcal, trebolada, de oro y con dos traviesas de las cuales la superior menos grande; y el palio que asoma bajo la punta del Escudo, de plata con seis cruces de sable (16), que significa prudencia y obediencia. Debajo de todo se lee la empresa: "In fide et lenitate", tomada del Eclesiástico, significa: "En fortaleza y suavidad...." como quien dice: "....ha de ser mi gobierno y mi vida entera": "Resistite fortes in fide", manda S. Pedro a propósito.

La empresa es el Escudo y fue el carácter de nuestro Exmo. Prelado, como pudimos palparlo quienes lo conocimos, aunque sólo haya sido de lejos, como lo delataba su mismo exterior: aquel venerable y simpático rostro anguloso reflejaba la energía de que siempre dió claras muestras en su larga vida de persecución y de padecimientos sufridos honda y virilmente, en defensa de la Iglesia, cuyo amantísimo y denodado paladín fue siempre: aquel semblante que a pesar de la energía que revelaba se mostraba en perenne placidez para todos; aquella suavidad con que acogía, y aún reprendía cuando era necesario, pronta a no despedir a nadie desolado ni quejoso....: tal era su "In fide et lenitate" grabado en su sagrada persona; tal su Escudo de Armas vivido en toda su existencia......

Pbro. Alfredo M. Ochoa.

Jesús; Xristros, Cristo; Theou, de Dios; Yiós, hijo; Soter, Salvador; se leía pues: Jesucristo Salvador Hijo de Dios.

(13) Parte alta y media del escudo, como a 2/5 de su altura, a contar del límite superior hacia abajo.

(14) Algunos autores han dicho que tal cosa significa el nombre de María, aunque parece que hubo error del copista que por stilla (gota) escribió stella (estrella): aunque ninguna de ambas cosas signifique aquel nombre, sino más bien bella, con toda razón se sigue llamando a la Virgen Estrella del Mar, porque lo es.

(15) (Semi) rombo.

(16) El negro en el blasón.



IN TUI MEMORIAM

PATER DULCISSIME

QUI OLIM PASTOR IN FIDE ET LENITATE

QUASCUMQUE A DOMINO CREDITAS HABUISTI OVES

IN AETERNA PASCUA AGEBAS ET SERVABAS

QUIQUE HUC TANDEM PERVENTUS GLORIAQUE POTITUS

IAM CLEMENS ATTENDIS

HOSCE ANIMORUM FLOSCULOS

IN DILECTIONE COLLEGIMUS.

I N D I C E

I.

Síntesis Biográfica



O un libro de muchas páginas, como suele decirse, sino una obra de varios gruesos volúmenes podría apenas contener la biografía completa del Excmo. y Revmo. señor Dr. y Mtro. Don FRANCISCO OROZCO Y JIMENEZ, uno de los Prelados más insignes de la actual centuria, inmarcesible gloria del Episcopado Mexicano y figura central luminosísima del florecimiento religioso de la Arquidiócesis de Guadalajara, en los cinco últimos lustros.

La ciencia moderna en su insaciable afán de investigación metodizada, de selección razonada y de crítica severa, considera hoy a los grandes hombres bajo diversos aspectos, y mediante la Historia y otras importantes disciplinas que con ella se relacionan íntimamente, procura penetrar en lo más recóndito del corazón humano para estudiar a fondo la psicología individual;

analiza todos y cada uno de los datos biográficos a la luz de la verdad y en relación con las circunstancias del momento; sujeta la documentación a los cánones de la Heurística; examina cuidadosamente los testimonios orales y se percata de la competencia e idoneidad de los testigos **de visu;** presta toda la atención que se merecen las anécdotas de importancia cuya veracidad puede comprobarse plenamente; ve en los escritos del biografiado el espejo limpidísimo en que se retrata su alma, y sean de carácter científico o literario, los considera como hijos espirituales de aquel y los estudia con todo detenimiento; máxime si se trata de publicaciones de carácter legislativo, o de carácter docente, emanados de personas investidas de pública autoridad, en el cual caso no sólo estudia el contenido de ellas, si no las causas que los originaron, las circunstancias en que fueron expedidos y los efectos que produjeron en la sociedad.

La ciencia moderna prefiere los hechos verídicos a los conceptos elogiosos y opta por estudiar a los personajes, no dentro de un aislamiento meramente individual, sino en relación con los seres que le rodean, con la sociedad en que viven y con las circunstancias del momento.

De esta manera la vida de los grandes caracteres, de los hombres de acción, de los gobernantes insignes, civiles o eclesiásticos, de los apóstoles, de los caudillos, de los mentores.... se relaciona tan íntimamente con la vida de las colectividades, que en su época y país vienen aquéllos a ser figuras centrales, imprescindibles en los estudios históricos de la nación, o cuando menos, de la provincia que fue teatro de sus actividades: su nombre y su fama no pueden ser borrados con la esponja del olvido porque han logrado adquirir un valor indestruc-

tible que los hace convivir en el recuerdo de los buenos a través de las edades.

Mons. Orozco y Jiménez fue uno de esos hombres superiores que en el curso de su larga vida septuagenaria supo mover múltiples y variadas actividades; interesarse vivamente por el florecimiento de las instituciones que tuvo a su cargo; por el bienestar y prosperidad de los fieles que en diversas ocasiones y lugares regenteó, particularmente de los que como Pastor apacentó, primero en Chiapas y durante el tercer cuarto de siglo de su vida, en Guadalajara, donde logró penetrar en lo más íntimo del corazón del pueblo fiel, al cual gobernó sabiamente y asistió en todo tiempo con paternal solicitud.

Su mayor anhelo fue vivir siempre dentro de los límites de su arquidiócesis para proveer más de cerca a las necesidades espirituales y temporales de su Grey; de ahí, que, el más amargo pan que comió en su vida fue el del destierro al que cinco veces le llevó su inquebrantable energía en la defensa de los sagrados intereses de la Religión.

Los últimos años de su gobierno en Chiapas fueron bastante azarosos; en Guadalajara, tocóle gobernar en una de las épocas más tormentosas que se registraron en la Historia de México, en la que han sido más frecuentes los choques entre las autoridades eclesiásticas y las civiles y más abundante la legislación en materia religiosa, tanto por parte del Gobierno como del V. Episcopado Nacional.

Los Prelados Mexicanos, por otra parte, tuvieron que acomodarse al **"modus vivendi"** que las circunstancias exigieron y aunque colocados en planos diferentes,

la Iglesia y el Estado, hubieron de abordar gravísimos problemas de reconstrucción social.

La labor apostólica de Mons. Orozco en este sentido fue activísima y no faltó dentro de su programa de gobierno, la expedición de varios interesantes documentos legislativos que a su debido tiempo se fueron dando a conocer a los fieles en la forma acostumbrada.

Por estos y otros muchos conceptos que sería prolijo enumerar, la vida de Mons. Orozco y Jiménez. no sólo está íntimamente relacionada con la historia de la Arquidiócesis de Guadalajara, sino aun con la del Estado de Jalisco.

Lo mismo puede decirse de Chiapas, que recogió las primicias de la munificencia y caridad inagotables de ese gran Prelado, que en plena juventud empuñó el cayado pastoral para gobernar una de las regiones más difíciles del país tanto desde el punto de vista etnográfico, como del político y del social.

Su biografía abarca, pues, múltiples y variados aspectos y requiere bastante tiempo y bastante estudio también para que pueda escribirse de acuerdo con los postulados que en la actualidad exigen la metodología y crítica históricas. Y dada la importancia y fecundidad de la labor apostólica, cultural y científica del Prelado y lo copioso de su bibliografía cuyas fichas exceden de medio millar, es indudable que un completo estudio bio-bibliográfico del mismo sólo puede estar contenido como dije al principio, en una obra de muchos volúmenes.

La historia de la vida del quinto Metropolitano de Guadalajara, repito, para ser completa, necesita abarcar también la historia de su época, dentro de las limitaciones que la índole del trabajo determina.

Actualmente, ni siquiera una completa síntesis biográfica es dable escribir.

Hay muchas obras de Monseñor Orozco, principalmente de munificencia y caridad, realizadas dentro y fuera del país, que por diversas causas no son todavía conocidas; muchos episodios edificantes no publicados aún y que por ser múltiples no es fácil recordar en un momento dado; publicaciones diocesanas, que no se insertaron en el Boletín Eclesiástico respectivo y que casi nadie tuvo posibilidad, o curiosidad de coleccionar; varias noticias periodísticas inexactas o por lo menos dudosas, que no conviene aceptar sin previo examen, y.... tantas cosas, en fin, que por ignorancia, por olvido o por falta de comprobación no pueden ser consignadas por ahora en una biografía.

* * *

Cupo en suerte a la piadosa población michoacana de Zamora ser la cuna del Excmo. y Revmo. Sr. Dr. y Mtro. D. Francisco Orozco y Jiménez, como la tuvo la no menos piadosa ciudad de Guadalajara, por él tan querida, de recoger su postrer aliento y conservar sus restos mortales como reliquia de valor inestimable.

La aurora del 19 de noviembre de 1864 alumbró su nacimiento y la luz crepuscular del 18 de febrero de 1936 veló su última agonía. Y, dentro de ese lapso de tiempo que tantos hubiéramos deseado fuese más largo, se sucedieron unas a otras las diversas etapas de la vida ejemplarísima del quinto Metropolitano de Guadalajara, Padre y Pastor, que tanto amó en Cristo y tanto supo ser amado.

Dos nombres recordaba con filial cariño el Prelado

objeto de estas líneas. Me refiero a los de los seres que le dieron la existencia: D. José María Orozco y Cepeda y Doña Mariana Jiménez y Quiroz, zamoranos de ilustre abolengo relacionados con las más distinguidas familias de la comarca.

A la edad de nueve años tuvo Mons. Orozco la desgracia de perder a la señora su madre, habiendo tenido desde entonces que sufrir la falta del cariño y cuidados maternales.

En repetidas ocasiones me mostró dicho Prelado algunos objetos que hizo o que usó dicha señora y siempre se mostraba al recordarla visiblemente conmovido.

En 1913 que escribí un primer bosquejo biográfico suyo con motivo de su traslación a Guadalajara, le pregunté y me dijo que sus abuelos en línea paterna se llamaron D. Juan Orozco y Gudiño y Doña María Trinidad Cepeda y en la materna D. Vicente Jiménez y Verduzco y Doña Gracia Quiroz.

Los nombres de sus bisabuelos y tatarabuelos los dejé consignados en la biografía a que acabo de referirme.

Muy recién nacido fue regenerado con las aguas del bautismo en la parroquia del Sagrario, por su tío el señor Cura Propio de la Parroquia guanajuatense de la Luz, Pbro. D. Ignacio Origel; el 4 de enero de 1866 le administró el sacramento de la confirmación el Excmo. y Revmo. Prelado Diocesano, Dr. D. José Antonio de la Peña y Navarro, y en una fiestecita dedicada al Sagrado Corazón de Jesús celebrada en la Iglesia de la Purísima el 1º de enero de 1871 recibió por vez primera el pan de los ángeles, de manos del señor Pbro. D. Luis G. Amezcua.

Inició sus estudios en su tierra natal en 1870, los

prosiguió en Jacona en 1874 y en Roma en 1876 a donde fue enviado por el meritísimo P. D. Antonio Plancarte y Labastida, un unión de otros jovencitos aspirantes al sacerdocio el 15 de septiembre del año citado.

El país se hallaba entonces muy agitado por cuestiones de política militante y los expresados viajeros, según se lee en el Boletín Eclesiástico de Chiapas (Tomo II número 8, de diciembre 7 de 1912) salieron de Jacona en medio de gravísimas dificultades habiendo sido varias veces detenidos en el camino por creérseles revolucionarios, aunque, luego, al ser reconocidos se les dejaba en libertad.

Tanto en el Colegio Pío Latino Americano, en cuyo internado permaneció Mons. Orozco hasta el año de 1887 como en la Universidad Gregoriana en la cual obtuvo los grados mayores en Filosofía, se distinguió por su intachable conducta a la vez que por su notable aprovechamiento y de manera muy especial por la facilidad que tuvo para el aprendizaje de los idiomas, sobre todo para el latín, que en breve llegó a hablar y escribir con bastante familiaridad.

Poseyó cuatro lenguas extranjeras: Italiana, Francesa, Portuguesa e Inglesa y tuvo además algunos conocimientos teóricos en otros varios idiomas que no tuvo oportunidad de practicar. Respecto de nuestras lenguas indígenas estudió gramaticalmente algunas de las de Chiapas y las que mejor conoció según él mismo me dijo en alguna ocasión fueron la tzótzil y la cachiquel.

Siento no poder detenerme a detallar los repetidos triunfos escolares que obtuvo en esa **alma mater,** ni a consignar los nombres de sus maestros, todos ellos insignes en ciencia y virtud, y dos de ellos honrados más tarde con la púrpura cardenalicia (Emmos. Sres. Car-

denales Mazzella y Billot), para quienes conservó siempre gratitud y cariño.

En la visita que hizo al Instituto "San José de Guadalajara" el 23 de febrero de 1913, a cargo de los PP. Jesuítas, dijo textualmente al alumnado: **"Mi alma se llena siempre de suavísimas impresiones cuando me hallo en una casa de la benemérita Compañía de Jesús. Ella fué la que me educó desde los primeros años de mi juventud: a ella debo por decirlo así cuanto soy y cuanto valgo".**

El Card. Mónaco Lavallette le confirió la tonsura y los cuatro órdenes menores y el Card. Parrochi, Vicario de S. S. León XIII, en las témporas de Invierno de 1885, 86 y 87 las sagradas órdenes del subdiaconado, diaconado y presbiterado respectivamente.

Al día siguiente de su ordenación sacerdotal celebró la primera misa rezada en la Capilla del expresado Colegio y no fué sino hasta el 24 de marzo de 1888, cuando cantó su primera misa solemne, en su tierra natal, apadrinado, entre otros, por el Excmo señor Dr. y Lic. D. José María Cázares y Martínez, Obispo de Zamora y más tarde Arzobispo titular de Cízico y fué orador el entonces Canónigo Lic. D. Francisco Mendoza y Herrera, que después fue Obispo de Campeche y murió siendo Arzpo. de Durango.

Coronó su brillante carrera eclesiástica con la borla de Doctor en Sagrada Teología que recibió en la Pontificia Universidad de México el año de 1896.

De alumno distinguido del Pío Latino (en cuyo internado estuvo del 19 de noviembre de 76 al 9 de febrero de 1888), se convirtió después en insigne benefactor. Envió a él para que concluyeran sus estudios eclesiásticos y se doctoraran en la Universidad Gregoriana a va-

rios seminaristas de Chiapas y más tarde a un crecido número de alumnos del Seminario Conciliar de Guadalajara; fundó en dicho Colegio numerosas becas; contribuyó pecuniariamente al esplendor de algunas de sus fiestas y en repetidas ocasiones le hizo donativos, con diversos objetos.

El cariño y veneración de los piolatinos hacia Mons. Orozco se hizo ostensible en las temporadas en que se alojó en dicha Casa de Estudios pues recibió en ella múltiples homenajes, verdaderamente espontáneos.

Su retrato se conserva allí con cariño, entre los de los hijos más ilustres del propio plantel. Recuerdo haber visto dos de pintura al óleo, en tamaño natural: uno de pincel italiano y otro magnífico, hecho por el notable artista jalisciense Sánchez Guerrero.

Este último retrato fué colocado en la Galería Iconográfica del Pío Latino, en octubre de 1920.

* * *

Poseedor de tantas cualidades Mons. Orozco y Jiménez no podía permanecer mucho tiempo sin llegar a la plenitud sacerdotal y antes de que tal cosa sucediera, tanto el obispado de Zamora, como el arzobispado de México, habían de disputárselo, como elemento de gran valía.

Al fin, este último logró incardinarlo previa expedición de las letras dimisorias respectivas.

Su carrera eclesiástica fue rapidísima: En la diócesis de su origen, apenas pudo ejercer durante algún tiempo las capellanías de la Hacienda de la Noria y el del templo zamorano de San Francisco.

En el arzobispado de México fue sucesivamente

Catedrático y Rector del Colegio Clerical de San Joaquín y Profesor y Vicerrector del Seminario Conciliar de dicha capital.

El Sr. Pbro. Doctor D. Benigno Esquivel, Rector que fué del propio Seminario, en el Sermón que predicó en la Catedral de Guadalajara el 7 de mayo de 1930, con motivo de la consagración episcopal de los Excmos. y Rvmos. Sres. Garibi y Rivera y Camacho y Moya, dirigiéndose al Consagrante que lo era Mons. Orozco y Jiménez, le dirigió cálidos elogios recordando la generosidad con que había ayudado en su carrera eclesiástica al orador y entre otras cosas le dijo textualmente: "Vuestras bondades de amoroso padre y vuestra sabia firmeza en el gobierno del Seminario se recuerdan con veneración y han servido de norma a los que después de vos han regenteado ese benemérito Plantel" (op. cit. pág. 19).

Iconográficamente también se conservó hasta últimas fechas el recuerdo de Mons. Orozco, en dos buenos retratos de pintura al óleo y tamaño natural, que fueron propiedad de ese antiguo Seminario, que dió a México tantos sabios.

Debido a sus amplios conocimientos que tenía en latín y a la gran confianza que le dispensaba Mons. Alarcón y Sánchez de la Barquera, Dgmo. Arzobispo de México, fue Notario del Quinto Concilio Provincial de México en 1895 y del Primero Plenario de la América Latina celebrado en Roma en 1899.

El 30 de mayo de 1902, S. S. León XIII lo designó para el obispado de Chiapas que a la sazón se hallaba vacante por la muerte del Ilmo. señor Luque y Ayerdi y en el consistorio del 19 de junio siguiente lo preconizó.

Su consagración episcopal tuvo lugar en la I. y N.

Basílica de Guadalupe el 15 de agosto inmediato, habiendo sido Consagrante el expresado señor Arzobispo Alarcón y Asistentes los Excmos. y Revmos. Sres. Dr. D. José Mora y del Río que en esa fecha era Obispo de Tulancingo y Dr. D. Francisco Plancarte y Navarrete, que lo era de Cuernavaca, habiendo ocupado la cátedra sagrada Mons. Ruíz y Flores, actualmente Arzpo. de Morelia y Delegado Apostólico y concurrido a la ceremonia como invitados de honor los señores Obispos de Sinaloa y de Tucson.

El mismo día de su consagración suscribió su primer carta pastoral y facultó el Deán de la Catedral de Chiapas, Lic. D. Facundo Bonifaz para que tomara posesión del Obispado a nombre del Prelado, cuya entrada triunfal en San Cristóbal las Casas y toma de posesión personal del gobierno de la diócesis se efectuó el 3 de diciembre de 1902.

* * *

En unos cuantos días consiguió que se terminaran las obras de reconstrucción de la Catedral, que se hallaba en deplorable estado a causa de los temblores del 23 y 24 de septiembre de 1902; visitó todo el Obispado y lo consagró al Sagrado Corazón de Jesús; celebró el primer Sínodo Diocesano bajo la advocación de la Stma. Virgen de Guadalupe y del glorioso Patrono de Chiapas, San Cristóbal. Previa autorización de la Santa Sede permutó algunas parroquias del Obispado chiapaneco que estaban bajo la jurisdicción del Metropolitano de Guatemala, por otras que se tenían como pertenencias de la Diócesis de Chiapas a pesar de estar dentro del territorio de aquella República; por decreto de mayo 1º de 1911 creó el Boletín Diocesano.

Reedificó el Seminario Conciliar dotándolo de un nuevo cuerpo de Profesores; aumentó el personal eclesiástico de la Diócesis y pensionó siete alumnos en el Colegio Pío Latino Americano. En San Cristóbal las Casas fundó el Colegio de Ntra. Sra. de Guadalupe que puso bajo la dirección de los HH. Maristas y el del Sagrado Corazón de Jesús a cargo de las MM. de la Divina Providencia.

Fundó además una Casa de Religiosas Brígidas, un Orfanatorio para niños y niñas, un Hospital Católico o Casa de Salud, dedicado a Ntra. Sra. de Lourdes y que estuvo al cuidado de una abnegada Hermana de la Caridad. Cedió la Iglesia de Sto. Domingo a los P. P. de la Compañía de Jesús, los que con verdadero celo apostólico han venido trabajando por la gloria de Dios, dedicándose principalmente a dar misiones por todo Chiapas. Cedió también a los P. P. Agustinos de la Iglesia de la Encarnación, la que al poco tiempo abandonaron. A los P. P. Pasionistas los llamó para que dieran una tanda de misiones en las parroquias de Tonalá, Centalapa y Ocozocuautla; los P. P. Benedictinos dieron también misiones en las parroquias de S. Cristóbal, Comitán y Centalapa; edificó el templo del Sagrado Corazón de Jesús, reparó y decoró nuevamente las capillas de la Inmaculada Concepción y de Ntra. Sra. de Guadalupe en la Matriz; de su propio peculio levantó en la plaza principal un artístico monumento a la memoria del benemérito Obispo chiapaneco Fr. Bartolomé de las Casas, cuya marmórea estatua adquirió en Génova, y dotó a la ciudad de un magnífico alumbrado eléctrico invirtiendo en esto gruesas sumas.

En Tapachula fundó un colegio de niñas que puso bajo la dirección de la M. M. Guadalupanas y en Comi-

tán, Ocotzingo y Chiapa de Corzo fundó otros colegios de niñas que puso al cuidado de las M. M. de la Divina Providencia; fundó además muchas escuelas parroquiales en diversos lugares de la Diócesis; contribuyó eficazmente a la reedificación de varios templos foráneos, entre otros, los de Tuxtla Gutiérrez, Tuxtla Chico, y Chiapa de Corzo; aprobó los estatutos de una sociedad obrera y creó la Asociación de Damas Católicas; desde 1903 estableció la enseñanza de la Doctrina Cristiana a los Indios Chamulas, consagró los altares de San Pedro y Santa Rosa en la Basílica Guadalupana; asistió a la coronación de la Madre Santísima de la Luz de León, a la de Ntra. Sra. de Ocotlán, de Tlaxcala y a la de la Virgen de la Soledad de Oaxaca. Asistió también a la erección de la I. N. Basílica Parroquial de Santa María de Guadalupe; al Congreso Mariano de Morelia al Indiano de Antequera y a la Dieta de Zamora.

En 1907 partió para Roma **ad limina Apostolorum;** asistió a las solemnísimas fiestas que tuvieron lugar en la capital del mundo católico con motivo del quincuagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal de S. S. Pío X y tomó parte en las fiestas de las bodas de oro del Colegio Pío Latino Americano. En unión de otros Prelados de la América Latina se dirigió al Cardenal Arcoverde para que pidiese a la Santa Sede que en las letanías se añadiese la Invocación "Regina Americanorum" "Reina de América" y aunque no se pudo alcanzar el despacho favorable de la petición, obtuvo nuestro Ilmo. Sr. Orozco otros favores señaladísimos, como el de que se pudiese celebrar los días **doce** de cada mes, perpetuamente, la misa votiva de Ntra. Señora de Guadalupe en cualquier templo de la República; revisó los archivos del Vaticano adquiriendo datos preciosísimos para la histo-

ria de la Iglesia Mexicana; publicó dos tomos de documentos inéditos y muy interesantes que pueden servir para la formación de una historia documentada de la Diócesis de Chiapas. Publicó además un viaje a Roma de su antecesor el Ilmo. Sr. Luque y Ayerdi, un viejo manuscrito sobre la significativa y hermosa ceremonia de la **Santa Seña** cuyo autor fue el Ilmo. Sr. D. Fray Francisco Núñez de la Vega, Obispo de Chiapas y otros varios documentos manuscritos muy interesantes; formó el árbol genealógico de la familia Tovilla que principia con el siglo XV y está formado de los libros de esta familia, de los de Capellanías del Obispado de Chiapas y de los parroquiales de la ciudad de S. Cristóbal, trabajo que publicó en los Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, al cual Museo, regaló un precioso manuscrito en lengua tzótzil; expidió varios edictos, circulares y pastorales algunas de estas interesantísimas por la abundancia de datos históricos que contienen, como la que publicó con fecha 8 de Septiembre de 1907 que es una verdadera síntesis de la Historia Eclesiástica de Chiapas.

Mons. Orozco y Jiménez logró formar en Chiapas un magnífico museo abundante en ídolos, braceros, utensilios de cocina, collares, jades y otras joyas prehispánicas, encontrados en diversas zonas arqueológicas de su diócesis, así como en variadísimos objetos de manufactura indígena colonial, algunas de ellas notables por la originalidad y viveza de los motivos decorativos.

Varias piezas de esa colección, que fueron trasladadas a Guadalajara, pudieron admirarse antes de julio de 1914 en uno de los salones de la planta alta del antiguo palacio arquiepiscopal, (ocupado hoy por el Gobierno del Estado en Casa Municipal).

También formó S. E. R. una hermosa biblioteca, en la que no faltaban algunas preciocidades bibliográficas. así como obras modernas raras y costosas como las diversas colecciones de Documentos de Indias, editados en España, una de ellas en muchos volúmenes.

El empeño que tuvo en Chiapas para catequizar y moralizar a los indios chamulas y extirpar de entre ellos el vicio de la embriaguez así como ciertas prácticas idolátricas y supersticiosas que observaban aun en pleno siglo XX, le atrajo grandes contrariedades y sufrimientos. La prensa impía levantó una activísima campaña contra él y, por otra parte, los habitantes de Tuxtla Gutiérrez, se rebelaron contra la autoridad episcopal en una forma no sólo escandalosa sino atentatoria por lo cual se vió obligado S. E. R. a poner en entredicho la ciudad rebelde desde el 13 de octubre hasta el 21 de noviembre de 1912.

Sobre este particular se ha escrito mucho y el mismo Prelado publicó un folleto bastante documentado y que circuló profusamente.

Desde a mediados de ese año (1912) se hallaba vacante la sede arquiepiscopal de Guadalajara por fallecimiento del Ilmo. señor Ortiz y la Santa Sede tuvo a bien trasladar a Mons. Orozco a dicha Iglesia Metropolitana.

El actual señor Delegado Apostólico, Mons. Ruiz y Flores en edicto que con fecha 1º de enero de 1913, dirigió a la Grey Jalisciense, comunicándole que en el consistorio de 2 de diciembre de 1912 había sido preconizado Arzobispo de Guadalajara el expresado Obispo de Chiapas, decía textualmente:

"Los impíos se han empeñado en denigrar al Arzobispo electo de Guadalajara continuando la detestable

empresa de los que tan injustamente le persiguieron en Chiapas; mas para nosotros los verdaderos hijos de la Iglesia debe ser una gloria tener por Padre a quien tanto aborrecen los impíos, a quien ya sufrió tanto por Jesucristo y a quien la Santa Sede ocupada por el Varón Santo que todos admiramos ha justificado de la manera más solemne al trasladarlo a la importante Sede Metropolitana de Jalisco, precisamente en los momentos de la más despiadada persecución. Viene, pues, a nosotros el dignísimo Obispo de Chiapas con la auréola del mártir y espera encontrar en cada uno de los valientes católicos hijos de Jalisco, un corazón netamente cristiano que sepa endulzar las pasadas amarguras".

Desde Guadalajara continuó Mons. Orozco gobernando la diócesis de Chiapas en calidad de Administrador Apostólico, hasta que el nuevo Obispo que lo fué el Excmo. y Rvmo. señor Dr. D. Maximino Ruiz se hizo cargo del gobierno de la misma.

* * *

Con desbordante entusiasmo fue recibido Mons. Orozco en Guadalajara la mañana del 9 de febrero de 1913. Tanto en las calles del tránsito, de la Estación a la Catedral, como en la Avenida Alcalde, por donde pasó al Santuario de Guadalupe a entonar una Salve solemne de acción de gracias, se levantaron vistosos arcos triunfales y fueron adornadas las fachadas de la mayoría de los edificios.

El suscrito que formó parte de la comisión de recepción en la Catedral, recuerda que estuvo ese templo matriz pletórico de fieles al grado de haber habido algunos asfixiados, y que en el atrio y en las calles adyacen-



De pie Mons. Orozco; sentado su hermano D. Luis.



El Sr. Orozco a la edad de 12 años en que ingresó al Colegio Pío Latino Americano.



El Padre Orozco y Jiménez el día de su ordenación sacerdotal.

tes, inclusive las ventanas, balcones y azoteas, no había un solo lugar desocupado.

En la biografía que escribí en 1913, antes citada, o en "Restauración Católica" (Año VI No. 31) pueden verse mayores detalles sobre este particular.

El nuevo Metropolitano tomó posesión del gobierno de esta Arquidócesis el mismo día 9 y el domingo siguiente 16, recibió la sacra investidura del Palio. Ambas ceremonias, que tuvieron lugar en la Catedral ante numerosísimo concurso de fieles, fueron muy solemnes, y en la última de éstas, tomaron parte tres dignísimos Mitrados: El Lic. D. Andrés Segura y Domínguez, Obispo de Tepic, que celebró la misa pontifical; el Dr. D. Miguel M. de la Mora y Mora, Obispo de Zacatecas, que ocupó la cátedra del Espíritu Santo, el Dr. D. José Amador Velasco y Peña, Obispo de Colima y que ya en esa fecha era el sufragáneo más antiguo de la Provincia Eclesiástica de Guadalajara, quien impuso el Sagrado Palio al dignísimo Prelado.

Decía últimamente el señor Orozco en un Colegio de los Estados Unidos que nunca había logrado él permanecer en la capital de Jalisco cinco años seguidos, por que repetidas veces se había visto obligado a salir del territorio de su arquidiócesis. Efectivamente, las temporadas que S. E. R. pudo pasar al frente de su amada Grey en la ciudad arquiepiscopal, fueron bastante cortas. La primera, de quince meses, pues habiéndose desatado en forma muy alarmante la persecución religiosa en el país y emigrado la mayoría de los prelados a Cuba o a los Estados Unidos, se vió precisado a salir el 19 de mayo de 1914 a la capital de la República con objeto de reunirse con los pocos Obispos que aún permanecían en México. Suscribió allí la pastoral colectiva del 16 de ju-

lio de ese año y pocos días después tuvo que salir del territorio nacional en unión de otros Prelados.

Uno de los actos más notables de esa primera época de su gobierno fue la fundación de la Asociación de Damas Católicas de Guadalajara efectuada de manera solemnísima el 26 de abril de 1913, cuya presidencia se reservó el mismo dignísimo Metropolitano.

Acerca de esa benemérita Agrupación que fue especialmente bendecida por S. S. Benedicto XV, hay amplias noticias en la **Memoria** de la misma publicada en 1920.

Permaneció Mons. Orozco varios meses en los Estados Unidos y después fue a Roma, donde recibió excepcionales manifestaciones de aprecio, principalmente entre los altos dignatarios de la Curia Romana y el Cuerpo Docente y Alumnado del Colegio Pío Latino. S. S. Benedicto XV le concedió varias audiencias privadas, en una de ellas le invitó a pasear con él en los Jardines del Vaticano, lo estimuló con frases muy laudatorias y le hizo algunos encargos confidenciales que debía tratar a su regreso a los Estados Unidos con algunos de los Prelados de esa nación.

Desembarcó en Nueva York el 10 de junio de 1916 con propósito de reembarcarse a los pocos días para Veracruz, pero se opusieron a ello tanto los Prelados mexicanos residentes allá como los miembros del V. Episcopado Estadounidense y tuvo que permanecer en Chicago varios meses, hasta que, contando con la aprobación de algunos de ellos y particularmente con la ayuda moral y material de Mons. Kelley, actual Obispo de Oklahoma, y Canónigo Honorario de la Catedral de Guadalajara, del P. Pratt Misionero del Corazón de Ma-

ría y de algunos buenos seglares católicos, se resolvió a regresar de incógnito a su sede.

Salió de Chicago el 2 de noviembre de 1916, con destino a San Antonio Texas de donde el 12 del mismo mes continuó su viaje hasta Saltillo, por la vía de Laredo y de allí a Aguascalientes por la de Piedras Negras. Pasó la frontera con el nombre de **Jesús** (tercero de los que le fueron impuestos en el bautismo) y con el apellido **Quiroz,** (que fue el de su abuela materna).

Varios meses antes había hecho lo mismo el Excmo. señor Obispo de Zacatecas, Dr. D. Miguel M. de la Mora, cuyo derrotero siguió en gran parte Mons. Orozco a su paso por los obispados de Aguascalientes y Zacatecas, hasta penetrar en el territorio de su arquidiócesis, al cual llegó al caer la tarde del 20 del mismo mes (noviembre de 1916).

Las primeras parroquias que tocó se hallaban asoladas por el tifo y él personalmente, como el más humilde de los ministros, se ocupó en auxiliar a los moribundos, varias veces confirió órdenes y ofició en algunas funciones religiosas.

Visitó, pastoralmente una parte del arzobispado en medio de gravísimos peligros, incomodidades y privaciones. Durante diez y nueve meses procuró no acercarse a las poblaciones de alguna importancia, pero llevado de su gran devoción a la taumaturga Imagen de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos, entró él a la villa de ese nombre y ofició públicamente en el Santuario, hoy Colegiata, sin ningún contratiempo, por lo cual se resolvió a pasar en seguida a la ciudad de Lagos de Moreno, en la cual fue capturado el 5 de julio de 1918 por

las fuerzas federales y conducido en un furgón de carga a los Estados Unidos.

Acerca de este penoso incidente se publicaron tantas noticias y documentos, tanto en el país como en el extranjero, que poco o nada podría agregarse a lo ya publicado.

El 14 de octubre del año siguiente volvió de su destierro y su entrada triunfal en la Perla de Occidente fue todo un acontecimiento.

Sobre este particular se publicaron varias reseñas en la prensa y otras más extensas en opúsculos y folletos, entre otras, una escrita por el autor de esta síntesis.

A su llegada a su sede, se alojó provisionalmente en la casa del señor Lic. D. Alberto Iriarte, mientras quedó instalada su residencia en la Avenida Pedro Loza números 356 y 360, en la cual finca, manos criminales hicieron estallar una bomba de dinamita, aunque sin graves consecuencias, en la madrugada del 4 de junio de 1921.

Los cinco hechos sobresalientes en esta segunda etapa de su gobierno —única que casi llegó a un lustro— fueron: la celebración del Curso Social Agrícola del 12 al 15 de enero de 1920, con motivo de la pontificia coronación de Nuestra Señora de Zapopan, que con asistencia de catorce prelados, entre Arzobispos y Obispos, realizó con inusitada pompa el Excmo. señor Orozco el 14 de dicho mes en la Santa Iglesia Catedral; la celebración del Primer Congreso Provincial Terciario Franciscano, realizado en la ciudad de Guadalajara del 4 al 7 de diciembre de 1921 con motivo del VII Centenario de la fundación de la V. Tercera Orden de Penitencia; la celebración de la Jornada Eucarística Diocesana con

ocasión del 2º Congreso Eucarístico Nacional, la cual tuvo verificativo en la propia ciudad del 12 al 15 de noviembre de 1923; y, por último, la erección canónica solemnísima del Santuario de Ntra. Señora de San Juan de los Lagos, en Colegiata y la del V. Cabildo de dicha Iglesia, actos que con asistencia de varios prelados se llevaron al cabo el 8 de diciembre de 1923.

El 2 de mayo de 1924 se despidió de su Grey, por medio de su ducentésima quincuagésima quinta circular (número 105, según la numeración convencional de la Secretaría) anunciando que iría a Roma **ad limina Apostolorum** y que concurriría además del 22 al 27 de julio al Congreso Internacional Eucarístico de Amsterdam; pero antes, el 10 del mismo mes expidió una de sus cartas pastorales más interesantes desde el punto de vista histórico, la décima tercera, relativa a la celebración del primer Centenario de la muerte de su benemérito antecesor el Excmo. y Revmo. Dr. D. Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo, y el 29 inmediato, momentos antes de salir para el puerto de Veracruz, suscribió en la ciudad de México su trigésimo tercer edicto diocesano, referente a la preparación del Segundo Congreso Nacional Eucarístico.

Concluida su misión en Europa y viendo que las circunstancias políticas del país, no le permitían su inmediato regreso a Guadalajara, visitó la Tierra Santa y se vió después obligado a permanecer una larga temporada en los Estados Unidos hasta que consiguió aurización del Gobierno para volver a su arquidiócesis a fines de mayo de 1925.

El 2 de junio inmediato fundó la Liga de Santidad Sacerdotal y el 30 del mismo mes dispuso que en todas

las parroquias de la arquidiócesis se erigiera la Pía Unión del Tránsito de Señor San José. En octubre del propio año celebró con gran solemnidad en todo el arzobispado el XVI centenario del Concilio de Nicea, y el mes siguiente con motivo de haber sido declarado San Pedro Canisio Patrono del Catecismo, arregló una nueva organización catequística arquidiocesana que dio a conocer en su décima quinta carta pastoral.

Del 20 al 24 de julio de 1926 tuvo la satisfacción de concurrir al XXVIII Congreso Internacional Eucarístico efectuado en Chicago. Con este motivo y por disposición del mismo Prelado se practicaron en todo el arzobispado inumerables ejercicios expiatorios y sagradas comuniones.

El 25 de julio siguiente suscribió la carta pastoral colectiva sobre la suspensión del culto público en toda la República Mexicana, motivada por el decreto presidencial del 2 del mismo mes que imponía para el libre ejercicio del sagrado ministerio varias condiciones inaceptables a juicio del V. Episcopado.

Expidió además el Prelado numerosos edictos y circulares acerca de la conducta que debían observar los fieles en tan penosas circunstancias.

El 25 de octubre siguiente tuvo que salir violentamente de la ciudad, habiendo hecho circular entre los fieles, casi en los momentos mismos en que se ponía en marcha su auto, un volante mimeográfico en que explicaba que, habiendo confirmado la noticia de que el Ministro de Gobernación había girado orden de aprehensión en su contra, y, considerando que entregarse en manos de las autoridades sin contar con alguna garantía era comprometer los intereses de la misma Iglesia, optaba por ocultarse.

Durante tres años Mons. Orozco estuvo oculto, cambiando continuamente de casas y aún de poblaciones, hasta que, convaleciente de gravísima enfermedad se vió obligado a regresar a Guadalajara, precisamente en los días en que la persecución religiosa se había exacerbado mucho en esa ciudad. Nadie, sin embargo, pudo dar con su escondite, hasta que él voluntariamente salió de allí en junio de 1929, con motivo de la reanudación del culto público en todo el país, de acuerdo con el **"Modus Vivendi"** firmado el 21 del mismo mes.

Mons. Orozco se dirigió a la capital de la República y fue cálidamente ovacionado al notarse su presencia el 29 de ese mes en la Basílica Guadalupana y, cuando en Guadalajara se esperaba de un momento a otro su regreso y se le preparaba una cariñosa recepción, se supo que había sido conminado a abandonar nuevamente el país.

A principios de julio salió de México Mons. Orozco y fijó su residencia en los Estados Unidos, habiéndose prolongado su destierro hasta el mes de marzo de 1930, que obtuvo permiso del Gobierno para regresar a Guadalajara, a donde llegó el 29 del mismo mes en compañía de Mons. Garibi y Rivera, que desde el 16 de diciembre de 1929 había sido electo Obispo titular de Roso y Auxiliar de dicho señor Arzobispo, a la vez que se le había ascendido a la dignidad de Chantre en el V. Cabildo Metropolitano.

Mons. Orozco tuvo la satisfacción de consagrar solemnemente en su Catedral el 7 de mayo al expresado señor Garibi Rivera, al mismo tiempo que al señor Camacho y Moya electo para la diócesis de Tabasco.

A propósito de esta doble consagración, viene al caso, recordar aquí, que con anterioridad, Mons. Orozco

y Jiménez había elevado a la plenitud sacerdotal a otros cuatro eclesiásticos promovidos al episcopado: El 23 de noviembre de 1919, al señor Maestrescuelas Dr. y Lic. Azpeitia Palomar, para Tepic; el 24 de febrero de 1921, al Sr. Arc. D. Silviano Carrillo y Cárdenas, para Sinaloa; el 13 de noviembre del mismo año, al Sr. Cura Ramírez y Cueva, electo Obispo titular de Verinópolis y Vicario Apostólico de la Baja California y, por último, el 1º de Octubre de 1922, al señor Cura Aguirre y Ramos, actual Obispo de Sinaloa.

El 24 de enero de 1932 se dirigía S. E. R. en su automóvil al templo de Ntra. Señora de la Paz, con objeto de impartir al pueblo la bendición eucarística, cuando fue detenido por un agente confidencial del Presidente Ortiz Rubio, conducido a los angares del aeródromo del Rosario, de donde al día siguiente fue conducido en avión hasta Hermosillo, Son. y de allí por ferrocarril hasta Nogales, Arizona, en la cual ciudad permaneció hasta el 29 inmediato que salió para Tucsson y de allí para los Angeles donde fijó temporalmente su residencia.

El mismo Prelado en su carta pastoral firmada en San Francisco California el 27 de marzo de 1932 (que tal vez por equivocación fue publicada con el título de "Edicto") hizo una relación detalladísima de este último viaje al exilo.

Acerca de esta nueva etapa del pontificado del Excmo. Sr. Orozco, dice el P. Laris que "se inició en los Angeles, Cal. con manifestaciones de cuantiosas dádivas para todo lo grande y exuberante que hay en la Iglesia de Cristo; dio comienzo a realizar la idea de levantar un templo en el Japón en el mismo lugar en que fue martirizado San Felipe de Jesús de las Casas; res-

tauró el ábside de la capilla del Colegio Pío Latino, regalando un artístico mosaico que representa las Apariciones de la Virgen de Guadalupe y ofreció regalar el pavimento de mármol y pórfido de la mencionada capilla, obra de arte que se terminó en 1935 al colocarse la estatua de San Luis Gonzaga, también galantería de Mons. Los Sacerdotes y alumnos del mencionado plantel para pagar finezas tantas, colocaron una placa y el retrato de S. E. de hermoso mármol, que fueron descubiertos en ceremonia sencilla pero significativa el 12 de diciembre de 1932.... En 1935, Mons., regaló a la sobredicha capilla un altar de mármol en honor de San Felipe de Jesús encomendado a la casa Brandizzi que cinceló una maravilla en que el Aguila de México, el Escudo Heráldico de Mons. y el Escudo Franciscano se guarisman en epifanía sobrehumana." (De "Labor", Edición de marzo de 1936, pág. 31).

Un paréntesis luminoso en la amarga vida del destierro, fue para Mons. Orozco, su séptima y última estancia en Roma de Septiembre de 33 a marzo de 34, a donde lo llevó su fervoroso guadalupanismo.

El sol de su existencia se acercaba ya al ocaso y la Providencia Divina antes de otorgarle el galardón eterno, quiso que también en la tierra fuera premiado y exaltado en una forma que había de llamar poderosamente la atención entre los católicos de todo el mundo.

En repetidas ocasiones Mons. Orozco había recibido ostensibles manifestaciones de aprecio de parte de S. S. Pío XI: Habíale el agusto Pontífice concedido no pocas audiencias privadas y en algúnas públicas, habíale elogiado y obsequiado en presencia de muchos; habíale dirigido varias cartas laudatorias y confiado algunas comisiones de carácter confidencial; teníalo incorpora-

do desde el 13 de agosto de 1927 en la nobleza pontificia, en calidad de Prelado Asistente al Sacro Solio, distinción que le fue otorgada con motivo de las bodas de plata episcopales que, aunque privadamente, debido a las críticas circunstancias del momento, pudo S.E.R. celebrar con gran fervor el 15 del propio mes unido en intención al millón y pico de católicos de su arquidiócesis.

Pero el Papa le tenía aún reservado un honor verdaderamente excepcional: El 12 de diciembre de 1933 la gran Basílica de San Pedro se había engalanado como en las grandes fiestas de las canonizaciones de los Santos, para celebrar fastuosamente el 25º aniversario de la extensión del Patronato Guadalupano a la América Latina. Y, por acuerdo expreso del Santo Padre y en presencia del mismo y de innumerables cardenales, arzobispos, obispos, sacerdotes y fieles de diversas nacionalidades, pontificó Mons. Orozco en el altar de la Cátedra que está exclusivamente reservado al Sumo Pontífice, y de manera excepcional, a algún Cardenal, en calidad de Legado del Papa.

El Excmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara, visiblemente conmovido comenzó junto con el Papa el augusto socrificio; llevó a Su Santidad el ósculo de paz, durante la pontifical y le presentó las ofrendas y algunos valiosos obsequios, según costumbre.

Este honor, verdaderamente excepcional, como dije al principio, me parece todavía mayor que el de la púrpura cardenalicia, ya que ésta en el curso de los siglos la han vestido millares y millares de prelados insignes, pero el altísimo honor de oficiar en el altar de la Cátedra, no siendo Papa ni Cardenal, sólo a Mons. Orozco ha sido concedido, haciéndole famoso entre todos los prelados del mundo y en su Excma. y Revma. persona a

la arquidiócesis de Guadalajara, a su cuidado encomendada.

Con este motivo, el Sr. Orozco se multiplicó, en donativos pecuniarios, obsequios, obras, fundaciones e intensísima prapaganda guadalupana en la que había venido trabajando con gran entusiasmo y actividad desde el año de 1899, como puede verse en detalle en el interesante artículo del Lic. Manuel Garibi Tortolero, que vió la luz pública en "Labor" (edición de 15 de marzo de 1936).

Yo me limitaré a recordar la dotación que hizo en Roma a la Iglesia de San Nicolás **in Cárcere Tulliano** de una función anual en honor de la Vírgen Santísima en su título de Guadalupe de México, con la cantidad de ciento diez y nueve mil novecientas liras, cuyos réditos son suficientes para celebrar con la debida solemnidad tanto la fiesta principal como su novenario.

Como complemento a lo dicho por el Lic. Garibi Tortolero en el artículo a que me refiero, debo consignar en estas líneas, que también en la ciudad de Londres, fomentó Mons. Orozco y Jiménez el culto guadalupano, secundando la labor iniciada por Mons. Luis G. Romo en 1911, a cuya iniciativa el mismo Prelado bendijo solemnemente el 24 de marzo de 1912 en la Basílica del Tepeyac y tocó con la original una copia de la Sagrada Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que con gran fidelidad imitó el artista pintor tapatío D. José Reyes Durán, copia que fue enviada en esa fecha al Excmo. señor Card. Bourne, Arzobispo de Westminster para ser colocada en la Capilla del Santísimo Sacramento, de dicha catedral metropolitana londinense.

Sobre este particular formé y publiqué en 1922 una

colección de documentos que por orden y a expensas de dicho Sr. Arzpo. de Guadalajara se imprimió.

Después de la grandiosa solemnidad guadalupana del 12 de diciembre de 1933 a que he venido refiriéndome, Mons. Orozco permaneció todavía una corta temporada en Roma y asistió a varios actos religiosos, entre otros, a la solemne consagración episcopal de Mons. Alberto Levame electo Arzobispo titular de Chersoneso de Zechia y Nuncio Apostólico de las Repúblicas del Salvador y de Honduras, la cual tuvo verificativo el día 5 de febrero de 1934, de manos del Emmo. Sr. Card. D. Enrique Gasparri.

Mons. Orozco regresó a los Estados Unidos un tanto quebrantado de salud. La no interrumpida cadena de penas y contrariedades que durante un cuarto de siglo lo había afligido, no sólo le afectaron el hígado sino a últimas fechas también el corazón. Antes S. E. R. no había sufrido ningún padecimiento cardíaco por lo cual varias veces pudo volar en aeroplano a gran altura sin sentir el menor trastorno.

Durante el primer semestre del año de 1934 su salud continuó durante algún tiempo con alternativas. Más tarde los facultativos que le atendían se dieron cuenta de que el Prelado se encontraba enfermo de mio-carditis y que sus fuerzas se habían de ir agotando paulatinamente, en relación con el avance de la enfermedad.

Mons. Orozco comprendió que el fin de su vida terrena se acercaba y abundando en los deseos que siempre había tenido de morir entre sus ovejas, se resolvió a volver de incógnito a su arquidiócesis como lo había hecho veinte años antes en plena virilidad. Pero ni el delicado estado de su salud, ni lo avanzado de su edad, podían haber sido un obstáculo para un hombre de tem-

ple de acero que había sabido burlarse de la muerte tantas veces.

Salvó, pues, la frontera sin darse a conocer y con las debidas precauciones, pero **"sin miedo en el corazón, ni vergüenza en el rostro"** como dijera de Cuauhtémoc, en ocasión solemne, un erudito historiador contemporáneo. Y, sin ningún contratiempo, tuvo el consuelo de verse de nuevo en su sede el 18 de agosto del año últimamente citado.

Al principio se guardó gran reserva en Guadalajara, respecto de su regreso; después, poco a poco se fué divulgando en forma confidencial la noticia hasta llegar a ser un "secreto a voces", como suele decirse, y nadie dudó ya de este hecho cuando —aunque oculto todavía el Prelado— comenzó a declararse en algunos documentos diocesanos expedidos por él, que habían sido **"dados en Guadalajara".**

El 28 de octubre de 1935 fue sitiada la manzana en que se halla ubicada la quinta que tuvo en San Pedro Tlaquepaque Mons. Orozco y Jiménez y cateada la residencia episcopal y algunas de las casas colindantes; pero como S. E. R. no estaba en ninguna de ellas, ni siquiera en dicha villa, no se llevó a cabo la detención o aprehensión que se proyectaba.

Varios días, después (el 10 de noviembre siguiente) su Coadjutor y Vicario General, hoy Dgmo. Arzobispo de Guadalajara, dirigió al C. Presidente de la República una interesante carta que fue publicada en el Boletín Eclesiástico (Epoca V tomo VI pág. 559) en la que pedía garantías para el Excmo. y Revmo. Arzobispo Orozco y Jiménez, las cuales le fueron otorgadas con toda amplitud, con lo cual pudo ya S. E. R. salir libremente a la calle, recibir en audiencia al público y tomar

parte en algunas solemnidades religiosas, entre otras, en la función anual del Comercio, celebrada en su catedral el 1º de enero del presente año. Todavía el 2 de febrero, asistió a la función de la Candelaria en dicha Iglesia Matriz y al medio día confirió el sacramento de la confirmación a varios niños, aunque en un estado tal de agotamiento, que tuvo que interrumpir la ceremonia y recostarse en una banca en la sala capitular que desde tiempo inmemorial viene siendo conocida con el nombre de "La Chocolatera".

Al día siguiente, se vió atacado de la enfermedad que pocos días después había de llevarlo al sepulcro; no obstante eso pudo celebrar todavía algunas misas; y expedir el 4 del mismo mes una circular sobre la campaña espiritual por la niñez mexicana, y resolver personalmente algunos asuntos de carácter urgente.

* * *

Muchas cosas me he visto obligado a omitir por falta de espacio; otras porque ya han sido tratadas **per-longum et latum** en otras monografías, otros, en fin, por falta de tiempo para recabar los datos.

Intencionalmente me he abstenido de hablar en detalle de su labor científica y literaria, porque ya en ella me he ocupado con alguna extensión en una monografía que me encomendó la Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, de la cual fue Mons. Orozco, Socio Honorario y bienhechor, pues en repetidas ocasiones la ayudó pecuniariamente, le pagó algún tiempo la suscripción de la interesante revista estadounidense "The National Geographic Magazine" y le obsequió varios libros valiosos.

A propósito de esta noticia, agregaré que Mons. Orozco, perteneció además a otras agrupaciones científicas y literarias nacionales y extranjeras. Recuerdo entre estas últimas: la "Societé Academique International d' Histoire" y "The National Geographic Society": y entre las primeras, la Academia Mexicana de Guadalupe y la extinguida Sociedad Heráldico - Genealógica "Mota Padilla".

Sin tiempo ni espacio para apuntar siquiera algunas de las principales distinciones, que por diversos conceptos recibió en el extranjero, me limitaré a recordar que el Consejo Sagrado de la Orden de Caballeros de San Jorge, fundada en 1390, y aprobada por el Papa Inocencio VIII en 1485, admitió a Mons. Orozco, en el seno de la misma, dentro de la categoría de **Gran Oficial y Caballero de Justicia y Devoción** según diploma firmado en Bruselas el 15 de julio de 1932.

Respecto de agrupaciones de acción católico-social perteneció, entre otras, a la de Caballeros de Colón, habiendo sido miembro distinguido de la Asamblea de Cuarto Grado: "Fr. Antonio de Segovia" y desempeñado varias comisiones últimamente en relación con la causa de beatificación del V. P. Fr. Antonio Margil de Jesús, promovida en Roma desde el siglo XVIII y todavía en tramitación.

En su arquidiócesis Mons. Orozco, dio entrada ex-officio a varias causas de beatificación de católicos recientemente fallecidos en olor de santidad, dentro del terreno de la misma arquidiócesis.

Mucho, muchísimo, había que escribir acerca del entusiasmo con que levantó a su máximo esplendor el culto divino en todo el arzobispado mientras las circunstancias lo permitieron. Y en relación con esto, puede ci-

tarse la solemnidad románica que imprimió al ceremonial de su Catedral, el poderoso impulso que dio a las obras eucarísticas, particularmente a la Adoración Nocturna y al Apostolado Expiatorio del Santísimo Sacramento, que hizo que se ramificara en varias parroquias del arzobispado.

Mons. Orozco concurrió personalmente a varios Congresos Eucarísticos Internacionales, según se ha dicho en otro lugar, y fue representado por su actual dignísimo sucesor, en el de Buenos Aires, celebrado en 1934.

No menos grande fue el empeño con que propagó el culto al Deífico Corazón, habiendo logrado que su sagrada Imagen fuera entronizada en millares de hogares católicos y que toda la arquidiócesis en forma solemnísima fuera consagrada al Corazón de Jesús.

Con gran entusiasmo presidió el magno desfile cívico el 11 de enero de 1914 por las calles de la capital tapatía, acompañado de varios señores Obispos que a la sazón residían en dicha ciudad y promovió colectas y contribuyó él personalmente con una fuerte cantidad para el monumento nacional levantado a Cristo Rey en el Cubilete y para las fiestas de la bendición y colocación de la primera piedra del monumento del mismo, a cuya solemnidad concurrió.

El culto mariano fue también objeto de especial solicitud de parte de Mons. Orozco, por lo cuál dio gran impulso a las Congregaciones de la Stma. Virgen, cualquiera que fuese su título o advocación, y de manera muy especial, debe recordarse la delegación tapatía al Congreso Pan-Americano de las Congregaciones Marianas celebradas en Santiago de Chile en 1921 y la enviada dos años después al Congreso Internacional Mariano de Roma, con motivo del Año Santo, la cual, si mal no re-



Excmo. y Rvdo. Sr. Dr. y Maestro Don Francisco Orozco y Jiménez el día que fué consagrado Obispo de Chiapas.



La multitud congregada en las afueras del Arzobispado a la llegada de Mons. Orozco. (9 de febrero de 1913).



Llegada del tren de México a la estación "La Junta". Mons. Orozco saluda a la multitud que fue a recibirlo. (14 de octubre de 1919).

cuerdo fue presidida por Mons. Manuel Diéguez y formada por un selecto grupo de jóvenes de la Congregación Mariana del Santuario de San José a cargo del mismo apostólico sacerdote.

Personalmente coronó Mons. Orozco varias imágenes taumaturgas de la Madre de Dios y asistió a varias coronaciones efectuadas en otras diócesis.

Para hablar de su guadalupanismo sería menester un libro.

Su actuación josefina fué importantísima y hablar de ella sería objeto de una monografía especial. Me limitaré a recordar nada más, el Voto Solemne de la Sociedad tapatía al Castísimo Patriarca en días de suprema angustia y la celebración en toda la arquidiócesis. de las fiestas jubilares de la declaración pontificia del Patronato de San José sobre la Iglesia Universal.

Levantó en su sede un templo a la Virgen del Rosario y dio gran impulso a las obras rosarísticas.

Su maravillosa actuación en pro de los Seminarios y del mejoramiento de la vida religiosa y sacerdotal, me ocuparían muchas páginas.

Igualmente las noticias referentes a la ayuda que dio a la prensa católica; lo mismo que a la instrucción pública, a la enseñanza de la doctrina cristiana, a las misiones, a las conferencias de San Vicente de Paul, a las obras de beneficencia, y a tantas otras cosas en que se multiplicaba el apostólico Pastor.

Para ser más activa y fructuosa su labor llevó a la arquidiócesis a los Josefinos, a los Paulinos, a los Pasionistas, etc., etc.; aprobó las constituciones del Instituto Diocesano de los Misioneros del Sagrado Corazón; con permiso de la Santa Sede reformó los estatutos de una congregación de monjas contemplativas, para que pu-

dieran dedicarse a la enseñanza; obtuvo de Roma la segunda aprobación de la congregación de Siervas de Jesús Sacramentado; restableció varias comunidades religiosas que habían sido expulsadas en 1914, (PP. Jesuítas, PP. Salesianos, HH. Maristas, Damas del Sagrado Corazón, etc., etc.).

Es preciso concluir ya esta breve síntesis por más que el material biográfico, que ni siquiera en forma sumarísima he podido consignar, es todavía enorme.

De la munificencia, de Mons. Orozco —que no sé si iguala o hasta supera a la de los beneméritos predecesores, Parada, Alcalde y Cabañas— quedan elocuentes testimonios en numerosos templos, capillas, colegios, asilos, conventos, etc., etc. tanto del país como del extranjero.

Mons. Orozco y Jiménez entregó su alma al Creador, con la tranquilidad del santo, levantando su mano todavía unos cuantos minutos antes de expirar, para bendecir a los sacerdotes y fieles de su amada arquidiócesis.

Tan extraordinario Prelado, murió a la edad de 71 años, 2 meses, 29 días, en el año cuadragésimo octavo de sacerdocio y trigésimo tercero de episcopado.

De su enfermedad, muerte, funerales, sepelio y honores póstumos se ha escrito mucho y existe una variada e interesante información gráfica en que se ve en forma elocuente la inmensa pena que causó en Guadalajara su fallecimiento y que una gran mayoría, casi la totalidad de los habitantes de la ciudad, profundamente doloridos, hicieron acto de presencia ante los restos mortales de su inolvidable Pastor.

Lic. J. Ignacio Dávila Garibi.

Ultimos Días del Exmo. Sr. Orozco

A mi juicio venía perdiendo mucho terreno desde Octubre, y lo eché de ver más claramente el día de su santo, en que me enviaron a comer con él, con otros tres PP. dos de la Residencia, y el tercero, del Colegio. Estuve sentado en su mesa y de cerca y a la luz del sol pude observarlo y me pareció muy abotagado e hinchado de cara y manos. No externé mi opinión, pero dentro de mí estaba temeroso de que poco nos durara. Aunque las personas que por primera vez lo veían después de su regreso admiraban, como siempre, la dulzura y amabilidad de su trato; a mí me parecía cada día más triste y callado y más sobrenatural. Le afectó mucho la repetida y sistemática negativa del Gobierno en no querer concederle la licencia para que ejercitara su sagrado y pastoral ministerio, tardando mucho tiempo en concedérsela, después de haberla pedido.

Creo tenía presentimiento de su cercana muerte, como lo indicó a una persona de sus confianzas a quien le dijo el día de Navidad: "No creas, yo no he de vivir mucho", al mismo tiempo que se desahogaba refiriéndole los muchos trabajos y sufrimientos que tenía. No sé si llegó a saber la muerte del P. Maurilio Estrada que lo acompañó la tarde tristísima del 24 de enero del 32 cuando lo secuestraron y mandaron en avión a E. U. A., acaecida días antes; si lo supo debió también serle muy sensible, aunque nada dijera.

El viernes 31 de Enero lo ví por última vez levantado y le pregunté cómo se sentía, porque lo veía de mal semblante y creía debía llamar al doctor. "Me siento bien, dicen que es debilidad del corazón, pero no hago caso". Estaba de las manos y cara mucho más hinchado. de como lo había visto la vez anterior. El domingo 2 se bañó sintiéndose ya mal, asitió de medio pontifical a la Bendición y Misa solemne en Catedral, haciendo inmediatamente después confirmaciones. Esto lo cansó mucho. Por la tarde volvió a Catedral para presidir la Junta o Reunión Magna de la Juventud Católica Femenina, a la que deseaba impulsar cuanto pudiera; hizo de nuevo confirmaciones; de allí salió ya con más de 40 grados de calentura ya casi noche para su casa. Deliró toda la noche con mil sueños y conversaciones muy pesadas; a duras penas logró celebrar el Santo Sacrificio a la mañana siguiente. Tuvo que acostarse de nuevo, para no volver a levantarse. Durante el día siguió con delirios y fuerte calentura y lo mismo por la noche. Yo no sabía lo que pasaba hasta el martes en que el señor Aviña. Secretario de la Mitra, me avisó por teléfono su gravedad y de la opinión de los médicos que acababan de tener jun-

ta y creían tenía neumonía, aunque no franca. La enfermedad no se presentó franca, sino de manera obscura: primero con carácter gripal, como infección después, y atacando sucesivamente y luego a la vez el hígado y riñones. Lo asistieron desde luego los doctores González Aréchiga, su médico de cabecera, y Fernando Banda y luego se les agregó el doctor Fernando de la Cueva, y los tres atendieron con todo empeño, con todo cariño, como verdaderos hijos, y valiéndose de cuantos medios les sugería la ciencia, sin perdonar desvelos y cuidados.

Tan pronto como me fue posible me fui al lado del Excmo. Señor y me pareció muy grave, confirmándome en mi parecer al oír el que me daban los doctores.

¿Conoció su Exccia. la gravedad de su enfermedad desde luego? ¿Se dio cuenta del peligro inminente en que estuvo el mismo lunes? Creo que no, a juzgar por lo que decía el martes. Al verlo y preguntarle qué tenía, cómo se sentía, respondió: "no es más que una gripa fuerte que me ha cogido de lleno". El miércoles 5 volví, y al verme, me dijo: "¿Con que les di ayer un susto? Se alarmaron demasiado; yo nada siento... pero que se haga la voluntad de Dios. En sus manos estamos."—"Sí, nos dió un buen susto y estuvo V. Exccia. en peligro inminente, y, aunque ha pasado, el peligro no obstante, sigue".—"Tánto así? Que se haga la Voluntad de Dios". Continuaban los trastornos de cabeza y mi temor de que fuera a perderla por completo, me hacía estar intranquilo, deseando que antes arreglara todos sus asuntos lo mejor posible, y no hubiera luego que andar con carreras.

El jueves 6, oído el parecer de los médicos y, consultado el caso con el Excmo. señor Garibi, me resolví a manifestarle cuál era su estado con toda claridad. Des-

pués de saludarlo e informarme cómo se sentía, "sería bueno —le dije— hiciera su testamento, si no lo tiene hecho, estando como está, con lucidez, que por eso no ha de ser sino lo que Dios quiera".—"¿Qué, es la cosa para eso?" Procuré decirle lo que Dios me dió a entender para que se abandonase en manos de Dios, poniendo en El todas sus cosas y sus suertes. Me salí y entró el señor Garibi, y le preguntó su parecer sobre lo que yo acababa de decirle y añadió: "Mañana mismo que venga el Notario".

Fue ésto, el viernes. Hizo sus disposiciones. Y yo no me presenté en todo el día, aunque sí me informaba a cada rato cómo estaba. Siguió mal y con temperaturas muy elevadas, y el corazón cada vez más débil.

El sábado 8 por la mañana me encontré con que el enfermo estaba mal, y cada vez peor, delirando y con el pensamiento de porqué lo habían llevado a los Angeles California, tan bien como estaba en Guadalajara. Ya pensaba el Excmo. señor Garibi darle la Sda. Comunión por Viático; me pidió mi parecer y después de verlo, le dije que de una vez, por temor de que perdiera la cabeza. Volví a entrar y le recordé que el día anterior le tocaba la confesión, que si no quería reconciliarse y que si no sería bueno recibiera la Sda. Comunión por Viático. Que sería de suma tranquilidad para nosotros y para él también, aprovechando el tiempo que Dios le concedía de hacer esto con pleno conocimiento. Que a las 12 podían ir los señores Capitulares para acompañarlo. "Con mucho gusto, si así lo disponen, y quiero confesarme de toda mi vida". Lo hizo y quedó muy tranquilo esperando la hora. El mismo se ayudó a sentarse, sostenido por dos familiares y dos enfermeras; él pidió lo que necesitaba, yo mismo le puse el pectoral y el anillo y sacó los brazos.

colocando las manos sobre la colcha. Cuál sería mi admiración cuando después del **Agnus Dei**. . . . dijo con voz muy clara:"**En estos momentos tan solemnes en que voy a recibir al buen Jesús, pido perdón a todos y les ruego me permitan un desahogo"** Comenzó un tiernísimo coloquio con el buen Jesús, a quien veía presente con los ojos de la fe en el Smo. Sacramento; pero un coloquio encendido, repitiendo con fatiga, sí, pero con voz inteligible, la mayor parte, o muchas por lo menos, de las estrofas del **Himno** de S. Bernardo **al Santísimo nombre de Jesús.** Hizo derramar muchas lágrimas y después de recibida la S. Forma, recogido y afectuoso, recitó las oraciones del Misal para después de la Misa. Eso fue al medio día del sábado 8. Cosa notable, desde ese instante no volvió a perder la cabeza, sino hasta el lunes 17 por la noche, y eso a ratos solamente.

Los sufrimientos fueron grandes, sobre todo en los primeros días y después cuando se le formó un absceso en la pared del abdomen, por la misma enfermedad. Hubo necesidad de abrírselo, y tanto entonces, como luego en los días sucesivos, al curárselo, lo mismo que al ponerle tantas inyecciones, se le preguntaba, si le había dolido mucho, respondía: "Mi cuerpo ya está acostumbrado al sufrimiento"; pero lo decía con gracia. Tuvo algunas alternativas, algunas bajas y altas, dentro de la misma gravedad; algún alivio, pero no remedio, que alguna vez dieron ligerísima esperanza de levantarlo.

Mostró durante toda la enfermedad la misma entereza que en su vida había manifestado, y, como dijo alguien, hasta en la muerte se manifestó con entereza viril, paciencia y humildad admirables, silencio, recogimiento y devoción edificantes para todos los que de cer-

ca lo veíamos. Así fue pasando del 10 al 15, en que ya casi desapareció toda esperanza de salvarlo.

El 17 estuvo todo el día sin encontrar postura en la cama, en movimiento constante de un lado a otro, sin descanso alguno posible. Al atardecer, yo me resolví a leerle la recomendación del alma en voz alta para que el ilustre paciente se diera cuenta. Al terminarla, me dijo: "gracias, he seguido todas las oraciones". Momentos después el Excmo. señor Garibi le pidió la bendición para sí y se encomendó en sus oraciones; tomándole la mano, le dijo: "Dios te pague todo." Más tarde le pidió la bendición para todo el clero de la arquidiócesis, y él levantando el brazo con firmeza, hizo las tres cruces con su mano consagrada y de padre.

Entonces hubo un momento solemne: **Quiero manifestar mi inmensa gratitud** —dijo— **a Dios Nuestro Señor, por los muchos y grandes beneficios que me ha concedido en toda mi vida, y a las personas que me han encomendado y ayudado con sus oraciones."**

Yo había tenido cuidado de sugerirle algunas jaculatorias durante el día, y de rociar con agua bendita su cama y aposento, de darle de vez en cuando alguna absolución, excitándolo al dolor de sus faltas y a los actos de amor. Se me ocurrió entonces decirle: **Cor Jesu salus in Te sperantium, miserere nobis. Spes in te morientium, miserere nobis**; jaculatorias que repetía con sumo afecto, y besaba con ternura, bien la imagen del Sdo. Corazón, bien el Crucifijo. Pero, al oír la última de estas invocaciones, incorporándose un poco dijo: "Qué, estoy por ventura ya, en los últimos momentos de mi existencia?"— "No todavía no, pero para allá va: se va acercando el momento, en que ha de ver cara a cara a Dios, N. S. y ha de pedir por todos nosotros. Aquí estamos para acom-

pañarlo y encomendarlo a Dios; voy a darle una absolución general".—"Gracias, Padre, me dijo, por todo lo que ha hecho por mí; que Dios le pague superabundantemende todo lo que ha hecho por mí".

Al mismo tiempo hizo la señal de la cruz sobre su frente y besó su dedo pulgar: "pida por mí, que se haga la voluntad de Dios porque esto se va alargando mucho".

De buena gana y muy de corazón lo hubiera acompañado toda la noche, porque había temores de que no alcanzara la mañana siguiente, pero tuve que retirarme por prescripción del médico.

Amaneció por fin el día 18, en el que Nuestro Señor había de abrir las puertas de la eternidad a su **siervo fiel** y recibirlo en su seno, sacándolo de este destierro y ceñir las sienes de su soldado valiente con la corona de gloria, merecida por los servicios prestados a su Rey Eterno. A las 6 y media de la mañana le preguntó el señor Garibi, si quería recibir la Sda. Comunión. **"¿Cómo no la he de querer?"** Fueron las últimas palabras que dijo. Con suma dificultad pudo pasar un pedacito de la sagrada Forma, e inmediatamente le dio un síncope; creyeron se les moría y el Sr. Garibi le puso la Extrema Unción, y aún puso las manos para que las ungiera. Desde esa hora se puede decir que estuvo en estado de coma, por no decir en agonía, hasta en la que murió a las 6.45 p. m. Yo estuve a su cabecera sin separarme mas que 20 m. para comer. Lo iban sosteniendo con inyecciones de suero y de otras substancias, y varias veces creíamos que duraba ya pocos instantes, tan malo lo veíamos todos. De repente como a las 6 y media se demudó y poco a poco fue faltando la respiración, dando la última cuando acababa las oraciones de la recomendación del alma el mismo Sr.

Garibi, y, al darle la bendición con el Santísimo Sacramento, expiró.

Murió a los 71 años de edad, 48 de sacerdote, 33 de consagrado Obispo de Chiapas y 23 de Arzobispo de Guadalajara, donde hizo su entrada el 9 de febrero del año 13.

Que el Pastor que cuidó por tanto tiempo de esta grey tapatía siga siendo nuestro intercesor delante de Dios.

Manuel Santiago S. J.



Postrer Homenaje

EL desenlace tan temido se recibió en Guadalajara como un peso enorme de tristeza. Mons. Orozco había muerto. Eran las 6.45 p. m. del día 18 de febrero.

Desde el primer momento la afluencia de católicos que deseaban ver por última vez al Padre fue creciendo hasta convertirse en corriente incontenible. Inmediatamente después de muerto, después de vestirlo con sus insignias episcopales, fue trasladado a la Sala principal de su residencia que quedó convertida en capilla ardiente.

Se procedió inmediatamente a organizar con los jóvenes de la A. C. J. M. y de la Congregación Mariana de San José y con los miembros de la Adoración Nocturna, la comisión de orden que trabajó con eficacia extra-

ordinaria, siendo no pocas veces impotente para encauzar aquel torrente humano que se desbordaba.

Pronto el Excmo. señor Arz. Coadjutor Dr. D. José Garibi Rivera, ayudado eficazmente por el Ilmo. Mons. Dr. Dn. Narciso Aviña Ruiz, Secretario de la Sda. Mitra, nombró las comisiones necesarias. Una de ellas, la principal sin duda por el momento, fue la encargada de gestionar el permiso para trasladar el cuerpo de Mons. Orozco a la Catedral. Esta Comisión se encomendó a los señores Lics. Silvestre Arias y Víctor González Luna que trabajaron con abnegación apostólica.

Dados los primeros pasos ante las autoridades locales bien pronto se dieron cuenta de las trabas que oponían dichas autoridades. Las evasivas muy pronto se convirtieron en seria negativa para conceder el permiso.

Sin perder tiempo se dirigieron a México por las vías telegráfica y telefónica. Mucho costó localizar al señor Secretario de Gobernación, Lic. Silvano Barba González. Y hubieron de vencerse no pequeñas dificultades para obtener el permiso después de que se hicieron peticiones y representaciones por la Comisión de Jaliscienses que para el efecto se formó en la ciudad de México.

El día 20, finalmente, por la vía telegráfica, comunicaba el señor Secretario de Gobernación que se accedía al permiso solicitado por el Excmo. señor Garibi.

Inmediatamente se hicieron los preparativos para la traslación de los restos al Sagrario Metropolitano.

El cadáver había sido inyectado la mañana del día 19 por los doctores que habían asistido en su enfermedad a Mons. Orozco, señores Fernando Banda, Luis González Aréchiga y Fernando de la Cueva.

Después de inyectado y revestido de los ornamentos pontificales, el cadáver del Excmo. señor Orozco fue depositado en una artística caja metálica color de plata, de magnífico acabado, cuya elegante línea de modernidad exquisita realzaba la figura augusta del Pastor. Las esquinas estaban guarnecidas de chapas de metal opaco, trabajadas con fino estilo y gusto. La parte interior estaba tapizada de seda blanca y en la cabecera una combinación volvía los bordes hacia fuera dejando visible el cuerpo en medio de blancuras que semejaban espuma de mar. La caja estaba rematada por grande crucifijo de metal opaco que terminaba la belleza del conjunto.

Cuando todo estaba ordenado se procedió a la traslación de los restos al Sagrario Metropolitano.

Podemos asegurar, sin temor de exageraciones, que en aquel acto estaban representadas todas las clases sociales de Guadalajara, que concurrían a rendir sus últimos homenajes al Pastor invicto, quien supo inspirar a todo un pueblo aquellas resistencias heroicas y ser el alma de la defensa de los derechos cristianos en la lucha quizá más trascendental de nuestra historia. Parecía que toda la sociedad se movía por una sola alma. Todos vivíamos de la misma tristeza.

Durante las noches pasadas habían hecho guardia ante el cadáver de Mons. Orozco los miembros del V. Cabildo Metropolitano, de la Sda. Mitra, del Seminario, del V. Clero secular y regular y representantes de las distintas clases sociales de la ciudad.

A las 4 p. m. se organizó el cortejo al Sagrario Metropolitano. El cuerpo fue conducido por los sacerdotes. Parecía imposible llegar hasta el Sagrario. Tan compacta era la muchedumbre que llenaba las calles y la plaza

de Catedral, que parecía un mar humano. Sólo el sentido de disciplina que animaba al pueblo hizo posible llegar hasta la puerta. Pasada ésta por Mons. Garibi, que presidía el cortejo, se cerró el Sagrario, para poder efectuar los actos que debían seguir y ordenar el desfile de los fieles.

El aspecto del Sagrario era severo. Los negros cortinajes y las coronas colocadas en las partes más salientes daban un tono de tristeza solemne. Sobre una grande mesa cubierta de negro fue colocada la caja. Cuatro enormes candeleros ardían en las esquinas. Muy cerca de la mesa se formó el coro para el canto de los Maitines de Difuntos.

Al empezar el canto de Maitines, empezó también el desfile del pueblo que había de continuar por toda la noche. Se calcula que no menos de cuarenta mil personas desfilaron ante el féretro. El coro estuvo presidido por el Excmo. Sr. Garibi que por primera vez ofició como Arzobispo de Guadalajara.

El canto estuvo desempeñado por la Schola de Catedral bajo la segura dirección del maestro de capilla Pbro. D. Manuel de Jesús Aréchiga.

Al día siguiente, 22 de febrero, con toda la expectación y toda la tristeza de un pueblo se celebran las solemnes Honras Fúnebres. Toda la ciudad vive de la grande tristeza. El comercio cierra sus puertas. La Catedral tiene un aspecto imponente. Un enorme pabellón desciende sobre el altar formando el fondo al grande crucifijo que extiende dolorido sus brazos misericordiosos.

Tanto el presbiterio como las amplias naves de la Catedral se vieron plenas de una enorme concurrencia de toda la sociedad.

La Catedral estaba preparada, no ya como pocos días antes, para recibir al Pastor que se presentaba entre sus hijos después de un destierro de ignominia, sino para dar el último adiós al Padre amadísimo.

Un solemne y austero catafalco esperaba la llegada del Pastor.

Los negros cortinajes en combinación con los de color morado y grandes coronas con las insignias pontificias imponían a la Catedral una solemnidad majestuosa.

A las ocho de la mañana el Excmo. señor Garibi, acompañado del V. Cabildo, de los miembros de la Curia, de una representación del V. Clero y de la sociedad, procedió a la traslación del féretro a la Catedral. Acto continuo, dieron principio los solemnes Funerales. La tristeza, ambiente, la solemnidad del acto, los recuerdos vivos de una vida ejemplar hacían de aquella multitud como una sola alma. Se cantó la Misa de difuntos de tres voces viriles, obra de Perosi, bajo la dirección del P. Aréchiga. Terminada la Misa, siguió la Oración Fúnebre a cargo del Excmo. señor Obispo de Zamora Dr. D. Manuel Fulcheri y Pietrasanta. Fue una pieza de corte académico, sereno y solemne.

El acto principal había terminado. Pero antes de conducir a nuestro amado Pastor al lugar de su último reposo era preciso que el corazón también dijera su secreto. El Ilmo. Mons. Dr. D. Narciso Aviña Ruiz, con voz clara, distinta, lee a toda la Iglesia de Guadalajara el documento que debe depositarse en la caja que guardará los despojos mortales del Excmo. señor Orozco. Al terminar la lectura nadie puede contenerse. La Iglesia de Guadalajara da su último adiós al Padre muerto: **"Adiós Padre amadísimo, y ahora cumple cerca de Dios,**

como Protector de tu querida grey, los oficios que entre nosotros, ejerciste como Pastor". Estallan los sollozos...

Se ordena el cortejo hacia el cementerio de Belén. Aquello era un mar humano. No era posible que en las plazas pudiera caber aquella enorme muchedumbre. Nunca había visto Guadalajara algo semejante. No menos de sesenta mil personas en apretada masa, recorrieron las calles que conducen al cementerio.

El Excmo. señor Garibi, ayudado de dos sacerdotes y acompañado del V. Cabildo, presidió el cortejo. Aquel mar humano aumentaba con las corrientes que de todas las calles desembocaban en la Av. Alcalde. El desfile se continuaba por manzanas y manzanas, hasta terminar con el desfile de más de trscientos automóviles que fueron siguiendo el cortejo hasta el cementerio.

De nuevo la disciplina del pueblo se manifestó con evidencia. Todo se hizo en orden admirable y con recogimiento solemne.

Al llegar al cementerio y mientras se inhumaba el cadáver, un obrero, con toda la espontaneidad propia del pueblo, y en representación de éste, manifestó con la elocuencia propia del alma popular lo que Mons. Orozco representaba para la Iglesia y para la Patria: **Lábaro de la fe de Cristo.**

Aquélla despedida era un símbolo......!

Pbro. Rafael Regalado.



Exuviae Excmi. ac Revmi. Dni. Dni. Doctoris et Magistri

Francisci Orozco et Jiménez

Archiepiscopi Quinti Guadalaxarensis et Pontificio Solio Assistentis

Natus Zamorae, in Mechoacanensi Provincia, die 19 novembris anni 1864; Presbyter ordinatus Romae die 17 decembris anni 1887; Episcopus de Chiapas renunciatus die 29 maii anni 1902; Archiepiscopus Guadalaxaraensis promotus die 2 decembris anni 1912; Solio Pontificio Assistens nominatus die 13 augusti anni 1927; pie decessit Guadalaxarae die 18 februarii anni 1936.

Jurium divinorum et Ecclesiae vindex acerrimus, eoque quinquies pro Christo exilia passus et diutinis ac gravissimis aerumnis afflictus et ad necem usque perquisitus, placido tamen fidentique animo in adversis serenus; indefessus pastor et sollicitus praesul; divini cultus et Tepeyacensis Virginis honoris amplificator magnificus; seminariorum, causarumque piarum et pro beneficentia munificus largitor; litterarum et bonarum artium maecenas insignis; pius et humanissimus, benedicendo et indulgendo, ut vixit, in Domino quievit.

Vale, amantissime Pater, et quae inter nos officia ut Pastor gerebas, nunc apud Deum carissimae gregis ut Protector adimple.

Guadalaxarae, die 20 februarii anni 1936.



El cadáver de Mons. Orozco revestido con sus ornamentos Pontificales.



Las Honras Fúnebres. En el momento de la Consagración.



ORACION FUNEBRE

pronunciada por el Excmo. Sr. Obispo de Zamora,

Dr. D. Manuel Fulcheri y Pietrasanta.

Excelentísimos y Reverendísimos Señores;
Muy Ilustre y Venerable Cabildo;
Venerables sacerdotes;
Amados hermanos en el Señor:

Un doble sentimiento de justificado temor me invade al subir a esta Cátedra. Primeramente la consideración de la larga serie de varones ilustres que la han ocupado, impartiendo desde ella las genuinas enseñanzas de la fe y de la moral católicas, me hacen pensar que otra preparación de la que yo he podido tener se hubiera requerido para no ocupar indignamente cátedra tan esclarecida.

Por otra parte, el hablaros del asunto que aquí me trae y que vosotros conocéis, hubiera exigido largas horas de profunda meditación para presentaros al menos un bosquejo, en el que pudiera reconocerse el original. Ardua tarea, como todos sin duda comprendéis, en cualesquiera circunstancias, mucho más en la angustia del tiempo de que he podido disponer.

Y sin embargo aquí me tenéis. Por una parte, la honra inmerecida que me hacía este Ilustre y Venerable Cabildo y, por otra, los impulsos de mi corazón, que me impelía a decir algo sobre un sentimiento que lo llena, me han hecho aceptar invitación tan halagadora, aunque no ciertamente con el propósito de presentaros un cumplido elogio fúnebre. Muy lejos de eso. Habré de limitarme a una serie de recuerdos perso-

nales y ligeras consideraciones, y será en esta forma como ocupe vuestra atención acerca del Excelentísimo y Reverendísimo señor Doctor y Mtro D. Francisco Orozco y Jiménez, primero obispo de Chiapas, después arzobispo de Guadalajara y Asistente al Solio Pontificio.

Es fama, por todos reconocida, que el cielo de nuestra patria es de de los más hermosos. La limpieza de su atmósfera hace que en él luzcan los astros con particular brillo, y es espectáculo que encanta ver cómo nacen en el horizonte, culminan en el cenit y se ocultan finalmente, en gran número y variado brillo, formando un adorno propio e incomparable de la tierra mejicana.

Si del cielo material pasamos al espíritu, y especialmente al cielo de la vida eclesiástica en México, tendremos que convenir en que han sido numerosos y de brillantes resplandores los astros que lo han adornado. Uno de ellos fue el Excmo. Sr. Orozco.

Cuando en el año de 1894 dejaba yo los estudios civiles para seguir los eclesiásticos, me encontré en el Seminario de Méjico con un sacerdote joven, lleno de entusiasmo y de caridad, que desempeñaba diversas cátedras y otros cargos, y se distinguía por su pericia en la lengua del Lacio. Este sacerdote era el entonces Padre Orozco. Desde aquella remota fecha hubo de manifestarme una especial estimación, por la que le viví siempre profundamente agradecido.

Al año siguiente se verificó ese acontecimiento de incalculable significación y trascendencia que fue la coronación de la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. En él tomó parte muy activa el P. Orozco. Distinguíale con particular afecto el señor Abad D. Antonio Plancarte y Labastida, alma de aquella coronación, y escogióle como uno de sus principales ayudantes para la realización de aquella grande obra. Allí, arrodillado al pié de la Sagrada Imagen, en aquel momento verdaderamente inolvidable para todos los que tuvimos la dicha de presenciarlo, cuando ponían áurea corona en las sienes de Nuestra Madre de Guadalupe los prelados de Méjico y Michoacán, empezó el P. Orozco a tomar parte en acontecimientos de gran trascendencia para la Iglesia Mejicana.

Un año después lo hacía en un hecho de diverso orden. La antigua Universidad Pontificia de Méjico había quedado definitivamente extinguida. Entonces, ante la necesidad de dar mayor desarrollo a los estudios eclesiásticos, el Excelentísimo señor Alarcón, a la sazón arzobispo de México, con aquella mente tan admirablemente abierta a todo lo bueno que parecía la de un joven, pensó, o quizá acogió la insinuación que muy bien pudo partir del P. Orozco o del entonces Padre Leopoldo Ruiz, nuestro actual dignísimo Delegado Apostólico, de obtener de la Santa Sede la fundación de una Universidad Pontificia. Tomó parte tan activa en estos trabajos el P. Orozco, que una de las primeras borlas de la reciente Universidad fue a adornar su frente, como honroso y merecido premio.

Muy poco después partí para Roma, a terminar mis estudios en el Colegio Pío Latino Americano, a instancias y por gestiones de varios sacerdotes, entre los cuales se contaba el P. Orozco. El año de 1899 le vi llegar, acompañando al Excmo. Sr. Alarcón, quien iba a tomar parte en el Concilio Plenario Latino Americano. En esa asamblea, en la que la sabiduría del Papa León XIII unió, en la parte que le tocaba, a toda la América Latina, el P. Orozco sobrellevó, como uno de los notarios del Concilio, gran parte de lo que pudiéramos llamar el "pondus diei et aestus", el trabajo de redactar actas y cosas semejantes, para lo que le servía admirablemente su profundo conocimiento de la lengua latina. Y fue tanta la satisfacción que de su obra tuvieron los Padres del Concilio, que quisieron premiarla adornando su negra sotana con reflejos violados, y yo escuché a uno de los Padres lamentarse de que la humildad del P. Orozco les hubiera impedido su deseo.

El año de 1902 se fijó la mirada del Padre Santo en el P. Orozco, ya tan particularmente preparado por haber tomado parte en actos de tanta transcendencia para la Iglesia Mejicana, para ir a regir la lejana diócesis de Chiapas. En aquel entonces era largo y penoso el viaje a aquella región. Esto no fue en modo alguno obstáculo para que el nuevo obispo hiciera todo lo que requería su ministerio, visitando además con frecuencia todo su extenso obispado. A esta actividad se unieron otras, no menos intensas. El cuidado del Seminario, en el que ya desde entonces empezó a verse en el Excmo. Sr. Orozco la predilección tan especial que le merecía el enviar alumnos al Colegio Pío Latino Americano; el fomento de las casas religiosas, la fundación de colegios y todo lo que pudiera ayudar para hacer cada vez más cristiana la vida en su diócesis, ocuparon completamente los diez años que estuvo al frente de ella, años que transcurrieron todos en aquella época de relativa libertad de que gozó la Iglesia de Méjico.

Debo hacer mención de un recuerdo que dejó el Excmo. Sr. Orozco en la diócesis de Chiapas, que requirió no pequeños gastos y esfuerzos, al obsequiar y al hacer que se llevara hasta el mismo S. Cristóbal una hermosa estatua de mármol de Fray Bartolomé de las Casas.

Y llegamos ya a la segunda época de este largo episcopado, época que se desarrolló en circunstancias de todo punto especiales, por todo extremo difíciles, que todos conocéis.

Para juzgar de la obra de un obispo, lo mismo que de la de cualquier hombre que ocupa un puesto importante en la sociedad, es necesario considerar el cuadro en que se han desplegado sus actividades. Porque éstas o aquellas circunstancias piden tales o cuales dotes; otras exigen cualidades diversas y, habiendo sido tan especiales las que rodearon el gobierno del Excmo. Sr. Orozco en esta arquidiócesis bien podemos preguntarnos qué cualidades serían de desear en un obispo que se encuentra en una época semejante.

Cuál haya sido éste no tengo necesidad de decíroslo. Vosotros no

solamente la habéis presenciado, sino que la habéis vivido y por consiguiente, os habéis dado perfecta cuenta de las cuestiones, de los problemas que presentaba, en lo que mira a la parte religiosa. Ante este conjunto ¿no es verdad que el obispo debe tener una firmeza inconmovible en la fe, aun delante de los mayores peligros, una generosidad sin límites para todo esfuerzo, para todo desprendimiento que requiera la defensa, la propagación del cristianismo? Las tuvo el Excmo. Sr. Orozco.

Responded vosotros mismos; vosotros los que le visteis inflexible en la fe que representaba, propagándola con una actividad que sólo terminó con su vida, defendiéndola con grande ardor, aunque siempre dentro de los límites que su ministerio exigía. Porque es el caso de decirlo, a pesar de lo que en contrario se haya afirmado. El grande entusiasmo que toda su vida profesó el Excmo. Sr. Orozco hacia el Jefe de la Cristiandad, el Sumo Pontífice, la docilidad nunca desmentida a sus menores insinuaciones, hicieron que su conducta se ajustara sin la menor desviación a las normas que de Roma le venían, y nos le presentan, ahora que ya ha terminado su carrera, como un digno colaborador del Padre Santo en el gobierno de la Iglesia.

Y ¿qué diremos de su generosidad? Bástame citar dos cosas que comprueban a la vez lo que por otra parte es universalmente reconocido, es a saber, cómo el episcopado católico no solamente se dedica a las cuestiones religiosas, sino que es a la vez un insigne promovedor de estudios de otro género, especialmente de todo lo que se refiere a las Bellas Artes. El conjunto de los templos católicos en nuestra patria dan de esto un elocuente testimonio.

Todos sabéis, o habéis visto con vuestros propios ojos lo que debe al Excmo. Sr. Orozco el Santuario de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos. En diversas ocasiones y con grande entusiasmo hizo en él grandes mejoras, lo dotó de notables obras artísticas. Allá, en las orillas del Tíber, la Capilla del Colegio Pío Latino Americano guardará del mismo Prelado imperecedera memoria, y hablará de su munificencia, a todos los que la visiten, la efigie que allí, con debido homenaje, se ha erigido.

Pero no solamente se fijaba vuestro llorado Arzobispo en la parte material y artística de los seminarios, sino muy principalmente en la espiritual y constitutiva fundando becas y ayudando, por cuantos medios estaban a su alcance, a los que querían seguir la carrera eclesiástica. Decidlo, jóvenes levitas, que gracias a esta generosidad de vuestro prelado, habéis podido hacer vuestros estudios en diversos seminarios de Europa y América y principalmente al lado mismo del Padre Santo.

A todo esto habría que añadir que el entusiasmo del Excmo. Sr. Orozco por los estudios históricos, lo llevaba a inspeccionar él mismo las

bibliotecas, sobre todo aprovechando sus residencias en la Ciudad Eterna, y a fomentar estos estudios ayudando a los que a ellos se dedicaban y costeando la publicación de diversas obras.

Llegamos ya al ocaso del astro que habéis visto nacer, culminar a grande altura y descender finalmente a ocultarse.

No puedo lisonjearme desgraciadamente con que el bosquejo haya salido digno del original. Pero vosotros supliréis todo lo que le falta, y convendréis conmigo en que, en este momento en que ha terminado la carrera mortal del Excmo. Sr. Orozco y ha empezado la que no tendrá fin, podemos, al ver cómo tuvo a Dios como fin en todas sus obras y en El puso su esperanza, declararle feliz, aplicándole las palabras del Salmo: "Bienaventurado el varón cuya esperanza es el nombre del Señor. Beatus vir cuius est nomen Domini spes eius".

Al acompañar mi débil voz sus restos mortales, en el momento que descienden al sepulcro, yo siento que resuena en ella la voz de la Iglesia Universal, que reconoce a un sucesor de los Atanasios y de los Crisóstomos, la voz del Padre Santo, que en estos momentos nos acompaña exclamando: Requiescat in pace!

Resuena también la voz de la Iglesia Mejicana toda, y en especial la de esta Iglesia de Guadalajara, que al ver que ha terminado una vida tan llena de generosidad, tan llena de sufrimientos, al desear al inolvidable prelado el merecido premio, exclama también: Requiescat in pace!

Resuena finalmente la voz de la Iglesia de Zamora, por medio de este indigno representante, la voz de las risueñas márgenes del Duero, que le vieron nacer y siguieron siempre con mirada ansiosa su carrera; la voz personal del discípulo, del hermano en el episcopado, que con un acento lleno de sinceridad y afecto exclama a su vez: Requiescat in pace!



CORONA FUNEBRE

In Memoriam

I.

Solvite perpetuos lacrymarum, solvite, fontes!
En! Pater exanimis tumulo, nunc dormit inermi,
Fortis qui quondam timidos erexit ab imis,
Agnosque intrepidus Pastor deduxit ad arva.

Martyris, a quoties! frontem exornasse coronis
Vidimus innumeris.. Insontem palma triumphi
Te canit, usque tuas volvens ad sidera laudes.
Quae tibi supplicium mala, quid tibi carceris horror
Attulit?.. Exilium numquid conferre dolores
Nunc poterit, coelestia dum canis aethere mira?

II.

Terrigenae cuncti narrent tua maxima facta:
Mexicus insignen civem Te laudet in aevum,
Teque inter magnos Ecclesia Sancta reponens
Usque tuo reddat grates sic nomine dignas.

Qui modo versaris coelestes inter honores
Aeternaeque tenes Superûm jam munera vitae,
Respicias Patriae curas, miseratus, amaras,
Quidve fide precibusque potes, dulcedine comple.

III.

En vide, quot lacrymas, quot ducunt pectora voces
Clamantes coelo auxilium, quod terra negavit!!
Conspice templorum respersos sanguine muros,
Cerne Sacerdotes errantes morte minari:
Pastor ovesque simul jactantur fluctibus irae! . . . .

IV.

VIRGINIS heu! Sanctae, Pastor Francisce, favorem,
Quae TEPEYACATL rupem Regina sacravit,
Impetret in praesens tua vox clamorque, benignum,
Qui modo pro nobis majori NUMINE gaudes. . . .

Sac. Raphaël Dávalos Mora





El Augusto Pontífice, afligido por la muerte del Arzobispo Orozco, pide el eterno descanso del alma del CELOSO PASTOR y paternalnalmente bendice a toda la diócesis.

Cardenal Pacelli. Roma.

* * *

Lamento profundamente, con la Iglesia de México, la pérdida de tan digno y santo Arzobispo.

† *Leopoldo Ruiz, Arz. de Morelia, Delegado Apost.*

* * *

Sus amigos le amaron, sus enemigos le odiaron, pero le admiraron: los buenos y aún los malos, arrepentidos, vieron en él la sencillez y dulzura de un niño; los perversos y empedernidos en el mal temblaron en su presencia, ya que no supo doblegarse ante sus amenazas y persecuciones: hizo el bien siempre que pudo, aún a quienes le hicieron males; murió tranquilo sin odios ni rencores: su nombre será siempre bendito.

† *José Garibi Rivera, Arz. de Guadalajara.*

* * *

Heroico Pastor!

† *Martín, Arz. de Yucatán.*

* * *

Que el Señor reciba en el cielo al Excmo. Sr. que tantos trabajos padeció por el Reino de Cristo.

† *J. Guadalupe, Arz. de Monterrey.*

* * *

Virtuoso prelado que tan hermosos ejemplares de heroísmo cristiano nos dejó, como una preciosísima herencia.

† *Pascual, Arz. de México.*

Fiel servidor de Dios y distinguido Pastor de la Iglesia.

Alberto Mendoza, en nombre del Sr. Arz. de Puebla.

* * *

El Arzobispo Orozco ha escrito su nombre con grandes caracteres en la Historia de Méjico, principamente en ese período crítico. Aquí, en California, era verdaderamente amado y su presencia fue siempre una bendición.

† *John J. Cantwell.*
Obispo de Los Angeles y San Diego, E. U. A.

* * *

El Señor corone al heroico y mártir Arzobispo, honor y gloria de la Iglesia Mexicana, por tantos sufrimientos y tribulaciones magnas soportadas con fortaleza apostólica.

† *Mateo, Obispo de Vitoria, España.*

* * *

Santo e ilustre Pastor, a quien me unían lazos, no de una simple amistad, sino de amor y respeto verdaderamente filiales.

† *Juan Navarrete, Obispo de Sonora.*

* * *

Padre cariñoso y Hermano bondadosísimo.

† *Agustín, Obispo de Sinaloa.*

* * *

Con la muerte de tan egregio Príncipe de la Iglesia, la Iglesia Mexicana ha experimentado una inmensa pérdida.

† *Serafín, Obispo de Tampico.*

* * *

Ha dejado un gran vacío en el Episcopado Mexicano. Sus virtudes y energías han sido admiradas por todos y nos deben servir de ejemplo para no desmayar en la titánica lucha que se ha emprendido contra la Iglesia.

† *Jesús, Obispo de Tehuantepec.*

El alma de Mons. Orozco estuvo adornada de grandes virtudes, de ciencia y de celo por el amor de las almas.

† *Manuel Pío, Obispo de Tacámbaro.*

* * *

Con abnegación digna de toda alabanza trabajó por defender los derechos de la Iglesia, dando con ello grande gloria a Dios y dejando un admirable ejemplo.

† *Anastasio Hurtado. Obispo de Tepic.*

* * *

Nuestra trabajada Iglesia Mexicana ha perdido un corazón que la amó con ternura hasta el sacrificio y que bebió, hasta las heces, tribulaciones en todo su apostolado, principalmente en sus últimos días.

† *Francisco, Obispo Tit. de Doara.*

* * *

El Episcopado pierde uno de sus más esclarecidos Obispos, la Causa Guadalupana uno de sus más entusiastas sostenedores y a un Bienhechor.

Feliciano Cortés, Abad de la Basílica Nacional.

* * *

Devotísimo y muy confiado de la Sma. Virgen de San Juan, consiguió de la Santa Sede que su santuario fuera erigido en Colegiata.

Pbro. Juan N. Martín.
Abad de la Colegiata de San Juan de los Lagos.

Insigne Guadalupano.

Cabildo de la Basílica Nacional.

* * *

Creo sinceramente que aquellas palabras del Espíritu Santo en elogio y panegírico de Samuel: "Placebat tam Domino quam hominibus", se pueden aplicar a Mons. Orozco, cuya muerte arrancó tantos suspiros a los corazones y tantas lágrimas a los ojos de sus fieles hijos: "Era agradable tanto a Dios como a los hombres". ¡Rara prenda, principalmente en estos tiempos, la de saber agradar a Dios, sin perder la estimación de los hombres,y ser grato a éstos, sin caer en la indignación de Dios!

Concedióle el Señor los dones de la firmeza en los principios de nuestra Sta. Religión y de la fortaleza para sufrir persecuciones y destierros, y el haber merecido ser, como su Divino Maestro "Signum cui contradicetur".

Pbro. Alejandro Navarro, Vic. Gen. de Guadalajara.

* * *

Esta Diócesis se llena de profundo dolor por la muerte del Ilustre Desaparecido, a quien tanto estimó por los grandes bienes que en todo sentido le hiciera durante su Pontificado en Chiapas.

L. Pacífico González, Vic. Gen. de Chiapas.

* * *

PADRE cariñosísimo de su clero: siempre tuvo francos su mano y su corazón. ESPOSO fidelísimo de su adorada Esposa, nunca la abandonó en los días tremendos de persecución y de amargura; con intrepidez y valor heroicos permaneció firme a su lado y su mayor dolor, que al fin rindió las fuerzas de su organismo delesnable, era la obligada separación que varias veces soportó, mas dejando en las entrañas de Ella, la suya propia, a semejanza del Maestro.

Cango. Antonio Correa. Maestreescuelas.

* * *

Yo no olvidaré a mi Venerable Prelado, recitando conmovido, momentos antes de recibir el Sagrado Viático, las suavísimas estrofas de los Himnos del Smo. Nombre de Jesús. ¡Así mueren los santos!

Cango. Martín Quintero.

* * *

Fue todo amor para sus ovejas y todo generosidad para sus gratuitos enemigos. Reunió en su corazón la sencillez del niño, el celo del apóstol, la abnegación del padre, la intrepidez del héroe, la constancia del atleta y la mansedumbre del mártir.

Cango. Amando J. de Alba, Magistral.

* * *

El lema de su escudo "In Fide et Lenitate" fue la norma invariable de sus actos: guardián fidelísimo de los intereses de Dios y de su Iglesia y todo suavidad para sus ovejas; quien lo trataba una vez quedaba prendado para siempre.

Mons. Narciso Aviña Ruiz, Srio. de la Sda. Mitra.

Pastor amado y virtuoso que sufrió con virilidad y fortaleza las múltiples vejaciones de los enemigos de Cristo.

Cango. José D. Cueva. Zacatecas.

* * *

Esclarecido Pastor y amadísimo Padre! Tuviste corazón de niño y alma grande, semejante a los Atanasios y Crisóstomos. El Señor, viendo tu corona completa, te llevó al Cielo, dejándonos a nosotros en un mar de lágrimas. Ruega por tus hijos, para que no naufraguemos ahora que se avecina tremenda tempestad.

Mons. Manuel Diéguez, Cango. Hon. de Guadalajara.

* * *

Para nosotros fue un verdadero Padre y para todos, el Baluarte de la Fe Católica.

J. Jesús Ramírez. Cango. Hon. de Guadalajara.

* * *

Fue siempre para nosotros mucho más que un amigo y que un Bienhechor.

Enrique M. del Valle S. I. Praep. Prov. Mexic.

* * *

El Colegio Pío Latino consternado llora al insigne exalumno, al bienhechor y al padre.

Angelo Tomé, Rector.

* * *

La Iglesia pierde a uno de sus Príncipes más ilustres; la Ciencia y el Arte uno de sus Mecenas más generosos; los pobres y desvalidos, a un padre lleno de caridad; y la Católica Patria Mexicana, a uno de sus mejores ornamentos.

Mons. Orozco no tuvo indiferentes: o hijos y amigos apasionados, o encarnizados enemigos, los enemigos de la Iglesia de Cristo. De veinticinco años a esta parte ha sido el Prelado mexicano más combatido y más amado.

Mons. Belisario Trejo. Guatemala.

* * *

Grande es mi dolor y el de toda esta población (Arsoli, Roma) por la muerte de nuestro Benefactor.

Sac. Pietro Assanelli. Párroco.

Yo no recuerdo persona a quien haya estimado y admirado más, que al Arzobispo de Guadalajara.

Robert O' Longhran. Cobh, Irlanda.

* * *

"Hacer el bien"; éste fue el Lema de su preciosa vida sembrada de tantas penas y amarguras, por eso en su bondadoso corazón de amante padre siempre tenían eco nuestros dolores.

Presb. Julio Luis Agraz.

* * *

Murió el Apóstol que por Cristo y su Iglesia sólo un placer en su dolor tenía: arrebatar los corazones para llevarlos a los pies de Cristo.

Murió el Atleta que siempre derrotó al impío con mano férrea y corazón valiente, llevando en recompensa la auréola del Mártir y del Héroe.

Murió el Prelado cariñoso. ¡No le despierte sino el murmullo de nuestras frecuentes oraciones!

Pbro. Antonio Aguilar.

* * *

Con toda verdad el Excmo. Sr. Arzobispo Francisco Orozco y Jiménez fue como la roca colocada en medio del mar. Cubierto por las terribles olas de la adversidad reaparecía más limplio, más fuerte y lleno de gallardía.

Pbro. Lino Aguirre.

* * *

Cayó como valiente en el campo de la lucha, abrazado a su bandera y oprimido bajo el peso de su gloria; ante sus restos mortales, lloran los buenos y tiemblan sus enemigos.

Pbro. Joaquín L. Aguayo.

* * *

El Señor lo separó de nosotros para que le amáramos más. Porque el amor verdadero se aumenta con el recuerdo de las grandes virtudes.

Pbro. Jesús Alatorre.

* * *

Hombre sabio, prudente, emprendedor y enérgico que gobernó

con fuerza y suavidad la Arquidiócesis de Guadalajara, que la amó con todo su corazón y hasta el sacrificio.

El pueblo le ama, respeta su memoria y confía en su intercesión.

Pbro. Antonio Alba.

* * *

Al amanecer de su pontificado esparció copiosa la celestial semilla, para fecundarla luego con las lágrimas que le arrancaran la ingratitud y la calumnia; en el medio día de su existencia, trabajó con labor inquebrantable; al atardecer de su vida, fue el labrador bíblico, que cargado con los manojos de abundantísimo fruto, llegó al ocaso, para sepultarse en los esplendores de la inmortalidad y de la gloria.

Pbro. Gabino de Alba.

* * *

Pasó por en medio de nosotros, siendo honra del Episcopado, padre amoroso de sus hijos, terror de los impíos y mártir del deber.

Pbro. J. de Jesús Alba.

* * *

En su generosa caridad sufría mucho por cualquier peligro que le amenazara a sus sacerdotes o a sus fieles; en tanto que él, deseoso del martirio, nada temía lo que personalmente le amenazaba.

Pbro. J. Miguel Alba.

* * *

"Si alguno me dijese —dice San Juan Crisóstomo—: Elige, ¿quieres ser el ángel que libertó a Pedro, o Pedro entre cadenas? Prefiero, respondería yo, ser Pedro". Esta gloria que prefería el Crisóstomo la tuvo el Excmo. Sr. Orozco, juntamente con el destierro. Mi patria no fue digna de él.

Pbro. Inocencio Alvarez.

* * *

Posuit heic animan Pastor: fuit alacris ille, vindex et pacis iuris et auctor heri.

Sac. Aloysius Alvarez.

* * *

Siempre han sido las tribulaciones el patrimonio de las almas grandes; en sus horas de amargura en el destierro, tuve la dicha de

compartir sus penas, recoger sus lágrimas, recibir sus consejos paternales y admirar su heroísmo y su grandeza.

Pbro. Tiburcio M. Alvarez.

* * *

Su martirio por defender los derechos de la Iglesia, aunque incruento, fue muy cruel y prolongado; su paciencia en sufrirlo, constante, invencible y ejemplar. Su trono debe estar muy cerca del Cordero.

Pbro. José Alzaga.

* * *

¡Hay que aprender siempre de esas almas nobles, de carácter fuerte y equilibrado!

Pbro. Antonio Arias.

* * *

¡Egregie Pastor, Venerande Praesul, Pater et Magister, in pace Christi Requiescas!

Sac. Liberatus Arreola.

* * *

Fue Pastor infatigable en el cuidado de su Grey, Mártir invicto en el dilatado período de su misión pastoral y tierno Padre de sus inconsolables diocesanos.

Pbro. Pascual de G. Arreola.

* * *

Como a Padre amantísimo lo amamos; como a Pastor celoso lo escuchamos y respetamos; como a Mártir lo admiramos.

Pbro. Juan Avelar.

* * *

Humilde y manso como débil corderillo y muy astuto cual la más sagaz serpiente.

Pbro. J. de Jesús Barbosa.

* * *

El Excmo. Sr. Orozco fue un hombre de personalidad mundial que se impuso por su virtud y saber.

Pbro. Francisco M. Cabral.

La serenidad que caracterizó al Sr. Orozco en medio de las persecuciones, la resignación con que las sufrió y la caridad que para todos tenía, fueron testimonio de la unión tan estrecha que tenía con Dios, fuente de verdadera paz y caridad.

Pbro. Atanasio P. Caloca.

* * *

Con su vida y sus obras escribió la página más interesante de la historia contemporánea de la Iglesia en México.

Pbro. Ramiro Camacho.

* * *

¡Oh Mártir, oh Padre cariñoso, ruega por el último de la familia sacerdotal!

Pbro. Emigdio Carrillo.

* * *

Columna firme de la Iglesia Mexicana.

Fr. J. María Casillas, O. F. M.

* * *

Supo darnos una vida llena de heroísmos.

José S. Castellanos y G.

* * *

Perfumó el ambiente de su amada Diócesis con el aroma de su ciencia y sus virtudes. Los sacerdotes y los niños lo lloran, porque a ellos, como a la porción escogida de su rebaño, dedicó especialmente su celo y cariño.

Pbro. Vicente Castro.

* * *

Tu pueblo, como oveja abandonada, llora al Buen Pastor.

Pbro. Doroteo Celis.

* * *

Admirabilia sunt quae fecit et dixit.

Sac. Aloysius Cervantes.

* * *

A imitación de Jesúscristo, estuvo devorado del celo por la Igle-

sia. Por eso lo abrumaron los ultrajes de los que insultan a Nuestro Divino Redentor.

Pbro. Ramón Cervantes.

* * *

Su personalidad fue respetada aún de sus mismos enemigos; si sufrió desprecios de éstos, fueron el desahogo de la impotencia.

Pbro. J. Refugio Cervantes.

* * *

Obró conforme a su lema: "In Fide Et Lenitate"; puesto que era fácil en conceder cuanto dentro de la razón y de la justicia se le pedía; mostrábase, empero, inflexible cuando estaban de por medio los derechos de la Iglesia.

Pbro. Jesús Cortés Susarrey.

* * *

Fue nuestro celosísimo Pastor, nuestro carísimo Maestro, nuestro fidelísimo Amigo y nuestro amantísimo Padre: por esto pudo decir, como Jesús: "Ego sum pastor bonus.—Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis".

Pbro. Cornelio de la Cruz.

* * *

Vivió y murió firme y sereno; vivió haciendo el bien y murió querido y llorado de sus hijos. Supo siempre amar y perdonar.

Pbro. Antonio Chávez C.

* * *

Vuestra generosidad y heroica gratitud me distiguieron en toda circunstancia. En angustiosa situación supisteis defenderme y derramasteis bálsamo sobre mi dolorido corazón. Os admiré como mártir; os venero como Santo.

Pbro. Nicolás Dávalos y Origel.

* * *

Impávido caminó en la defensa de sus ovejas, sin permitir que le fueran dispersadas y permaneció firme como héroe hasta que el Angel de la Paz con su esplendorosa espada señalóle el camino hacia la ciudad celestial.

Pbro. Pedro Delgadillo.

Ejemplar admirable por su prudencia en el gobernar, por su amor a la Iglesia, por su fortaleza en el sufrir, por su resignación en el morir.

Pbro. Zacarías Delgadillo F.

* * *

Le venero en verdad como mi Padre espiritual: de sus manos recibí los sagrados órdenes.

Pbro. Alejo Delgado.

* * *

Padre y Pastor amado, tu vida ejemplar de virtud, resignación y heroicidad vivirá siempre en el corazón de tu Grey.

Pbro. Ramón Díaz.

* * *

Los modernos escribas le ultrajaron......

Pbro. Víctor Díaz Sandi.

* * *

Como hombre, asombró con su inquebrantable virilidad, como Sacerdote trabajó con edificante virtud. como Arzobispo, gobernó con prudente acierto, como mártir sufrió con heroica firmeza.

Pbro. Felipe de Jesús Escoto.

* * *

Su vida puede sintetizarse en estas pocas palabras: amó el bien odió el mal.

Pbro. Arturo Espinosa.

* * *

Hiciste el bien a ejemplo del divino Jesús. Sufriste persecución por la justicia: tu casa es el cielo y tu herencia es Dios.

Pbro. Luis Espinosa.

* * *

Como el ciprés eleva su verde ramaje a lo alto del espacio, así el gigante espíritu del Excmo. Sr. Orozco se elevó a la más grande perfección, en su pastoral ministerio, dejando en pos de su paso por la tierra una memoria luminosa.

Pbro. Francisco Fernández Hermosillo.

Sus hijos aun lloran al Varón preclaro, al Egregio Prelado, al sapientísimo Maestro y Padre cariñoso, y esperan que desde el cielo los siga bendiciendo.

Pbro. Atanasio P. Figueroa.

* * *

Príncipe valiente que fue admirado por propios y extraños, por amigos y enemigos como patriota insigne, y que tuvo su corazón lleno de la caridad de Cristo.

Pbro. Juan José Flores.

* * *

Como Padre bondadoso y tierno derramó todo género de bienes y llenó nuestras almas de esperanza y amor.

Pbro. Rafael Flores Elizalde.

* * *

Cuando nos visitó en las parroquias de Toluquilla y Tapalpa, me imaginé ver en él a Ntro. Señor Jesucristo en Jerusalem o Galilea seguido de las multitudes ávidas de oír su palabra.

¡Como un imán atraía los corazones!

Pbro. Salvador Flores.

* * *

De alma inocente y pura, grande y enérgica, no retrocedió en la prosecución del bien ante ningún peligro. No cabiendo su grandeza en este mundo, voló a las alturas inconmensurables de los cielos.

Pbro. Severo Flores.

* * *

Mi queridísimo Prelado fue un grande santo: como un meteoro de primera magnitud brilló con sus heroicas virtudes.

Pbro. José Refugio Galindo.

* * *

¡Padre misericordioso y fiel!

Pbro. J. Leopoldo Gálvez.

* * *

Nos enseñó a llevar sin murmuraciones la cruz de los trabajos y aflicciones sufridos en obsequio de la fe, sabiendo que son las per-

secuciones el único premio que el Señor prometió en esta tierra a los que le siguen.

Pbro. J. Isabel García de Alba.

* * *

Poseyó el dón de gobierno, uniendo a la caridad una exquisita prudencia. Tuvo una generosidad que le llevó hasta morir en el cumplimiento del deber y una entereza en la defensa de los derechos de Dios que puede servir de modelo a todos.

Pbro. Antonio Gómez Delgadillo.

* * *

En medio del dolor, tu amor paternal y tu labor apostólica se realzan y destacan más y más.

Pbro. Enrique Gómez Villalobos.

* * *

Acerrimus vir qui minas hominum non timuit ut exemplum praeberet ovibus suis.

Sac. Modestus Gómez del Castillo.

* * *

Sabía el Excmo. Sr. Orozco que el Pastor que ama a sus ovejas como él las amaba no debe temer el ser inmolado. Por ello sufrió persecuciones, a imitación del Soberano Pastor inmolado.

Pbro. J. Guadalupe González.

* * *

Llevaré para siempre en la entraña de mi vida tu voz santamente apasionada en la hora de tu Santísimo Viático: "¡Oh mi dulcísimo Jesús, esperanza del alma que te anhela: las tiernas lágrimas te buscan, y el gemido de lo íntimo del alma!" Fue la síntesis de tu vida: buscaste a Cristo y su Reino; más de una vez tus gemidos de Pastor se resolvieron en ardientes lágrimas.

Pbro. Ignacio González Vázquez.

* * *

Apóstol infatigable en buscar siempre la gloria de Dios por medio de magníficos y esplendorosos cultos litúrgicos.

Pbro. J. Jesús González.

* * *

Queridísimo Padre: tus hijos llorarán mucho tiempo tu muerte

Pbro. José R. González.

Los escritos y la larga actuación del Ilmo. Sr. Orozco son el propio material de su historia. Es la Crítica el crisol que la purificará.

Pbro. Agustín Gutiérrez.

* * *

Toda empresa generosa halló siempre acogida en el entusiasta corazón de Mons. Orozco; por eso vivirá no sólo en el corazón de sus hijos que tanto le amamos, sino también en sus obras que continuarán pregonando a las generaciones futuras la amplitud de miras y el celo ejemplar del Excmo. Sr. Orozco y Jiménez.

Pbro. Higinio Gutiérrez López.

* * *

Summe Sacerdos et vere Pontifex, virtutum opifex, bonus miles Christi, exemplar fortitudimis, non mortuus es, sed vivis et in cordibus filiorum vives!

Sac. Ignatius Gutiérrez.

* * *

Desplegó un valor heroico. Era todo corazón para sus hijos; y si sus enemigos hubieran tenido conocimiento claro de su bondad. el odio lo hubieran trocado en grande veneración.

Pbro. Ramón R. Gutiérrez.

* * *

Aunque no murió en los destierros y persecuciones, me atrevo a decir que fueron ellos los que le causaron la muerte. Puede llamársele con todo derecho el Gran Mártir Mejicano, émulo de San Gregorio VII y de San Atanasio.

Pbro. Gregorio Guzmán R.

* * *

Fue el gran dón del cielo para la Iglesia, fue Cristo dado a los que El ama: enseñó la verdad, mostró el camino y dió la vida. Pudo exclamar al fin de su carrera: "Exemplum dedi vobis".

Pbro. Juan N Guzmán.

El corazón del Excmo. Sr. Orozco es un volcán de fuego sagrado siempre en erupción al que ninguna tempestad, ni aún la misma muerte pudo apagar.

Pbro. Gabriel Hernández Navarro.

* * *

Heros iuris Ecclesiae, qui pertransiit benefaciendo; ac proplerea non moritur sed requiescit.

Sac. Ioannes Hernández.

* * *

El Excmo. Sr. Orozco nos legó una ruta espléndida iluminada maravillosamente con la luz del buen ejemplo en el cumplimiento del deber.

Pbro. Matías Hernández.

* * *

Padre, a quien debo en gran parte mi sacerdocio, tu memoria en mi corazón será, como aquél, eterna; porque la vivifica la gratitud que no reconoce límites del tiempo.

Pbro. J. Trinidad Hernández.

* * *

El Ilmo. Sr. Orozco tuvo el carácter esencial del verdadero apostolado: saber amar y hacerse amar; por eso fue su apostolado eminentemente fructífero.

Pbro. Vicente Hernández.

* * *

El Excmo. Sr. Orozco, a imitación del Divino Maestro, pasó su vida haciendo el bien y enseñó con su palabra y ejemplo el cumplimiento del deber hasta el martirio.

Pbro. Eduardo Huerta.

* * *

Sólo la violencia de sus enemigos y la muerte pudieron apartarlo de su Grey.

Pbro. Emeterio Jiménez.

Estudiante modelo, sacerdote santo, varón insigne, eminente prelado, ferviente guadalupano, mártir del deber.

Pedro María Jiménez S. I.

* * *

Murió porque era necesario que pagara el tributo a la naturaleza, pero su memoria vive y vivirá siempre en el corazón de su clero y de sus ovejas, como la memoria del justo: "In memoria aeterna erit iustus".

Pbro. Severo Jiménez.

* * *

El Escudo Heráldico de Mons. Orozco fue la más alta distinción de su parte hacia el suelo de Jalisco: el campo azul, la diafanidad de su alma; las aspilleras rojas, las pulsaciones de su amor; los trascoles, el follaje que ocultó su humildad; y los demás elementos nobiliarios, la presea de su fructífero apostolado.

Pbro. J. Trinidad Laris.

* * *

La memoria de Mons. Orozco es símbolo de amor para sus hijos y es faro que les alumbra en su camino. ¡Bendita sea!

Pbro. Feliciano Leal.

* * *

¡Oh despiadada muerte! Cómo has venido a herir millares de corazones dejándolos sumergidos en la más triste orfandad, tronchando la preciosa vida del cariñoso Padre, celoso Pastor, y Prelado santo.

Pbro. J. del Refugio Lepe.

* * *

El Dogma de la Resurrección es un nimbo de gloria en que cintilan todas las virtudes. En esa apoteosis hemos de ver a nuestro Ilmo. Sr. Arzobispo.

Pbro. Juan Lomelí.

Supo adunar a la entereza viril que todos conocimos, la sencillez de niño que Jesús pidió a los que quieran entrar al Reino de los Cielos.

Pbro. Daniel Loweree.

* * *

Como el Buen Pastor, siempre fue en busca de la oveja perdida.

Pbro. José L. Lozano.

* * *

Cual otro Atanasio, murió lleno de méritos defendiendo con denuedo los derechos de Dios y de la Iglesia.

Daniel Luna S. I.

* * *

Su vida fue la de un Padre amoroso y celoso Pastor; su muerte, apacible y serena, la de un Santo.

Pbro. J. de Jesús Luna..........

* * *

Tuvo mucho que padecer....; pero siempre se mostró grande en medio de las persecuciones y destierros.

Pbro. Timoteo Martín del Campo.

* * *

Como abnegado Apóstol de Cristo, pasó la vida impartiendo el bien y afrontando persecuciones por los intereses de la Iglesia y por amor a sus ovejas. Lamentamos la pérdida no de un buen Pastor, sino más bien, la de un amoroso PADRE.

Pbro. Francisco L. Mendoza.

* * *

En toda mi vida sacerdotal fue para mí el Padre cariñoso y bueno; siempre me recibió como a hijo. Es una gran figura del Episcopado Mejicano.

Pbro. José C. Mercado.

* * *

Mons. Orozco vivirá eternamente en sus obras. ¡Misionero infatigable de la Verdad y de la Justicia!

Pbro. Rafael Meza Ledesma.

Mi Padre querido peleó hasta la muerte por la justicia en favor de su pueblo. Dios peleó por él contra sus enemigos.

Pbro. Manuel Miranda.

* * *

Pastor egregio y abnegado que, aún en vísperas de tu muerte, levantaste tu voz llamando a tu Grey al buen camino. ¡Bendito seas!

Pbro. Ireneo Monroy.

* * *

Dejó por donde pasó una huella luminosa de estrellas: sus virtudes.... Murió un mártir. Lo sentimos como a un Padre.

Pbro. Eulalio Montero.

* * *

Muchos de los peligros de muerte, trabajos y fatigas que el Apóstol de las Gentes soportó y que enumera en la II. Epístola a los Corintios, fueron muy semejantes a los de nuestro amadísimo Pastor. El Señor lo llamó para colocar en sus sienes la inmarcesible corona de la inmortalidad.

Pbro. Antonio Montero.

* * *

¡Oh Padre querido, sacrificaste tu vida por legarnos "la libertad de los hijos de Dios"!

Pbro. Demetrio Mora.

* * *

Halló su dicha y gloria en complacer a sus hijos; por esto se granjeó el cariño y la estimación de propios y extraños. Con razón lo llamábamos Padre.

Pbro. José I. Morales.

* * *

Personalidad extraordinaria, supo ganarse con la sencilla humildad de su corazón el amor que sólo las almas grandes pueden conquistar en el corazón de las masas populares.

Pbro. Salvador Morán.

* * *

El Excmo. Sr. Orozco vive por su ejemplo de valor cristiano.

Pbro. J. Jesús G. Morones.

Corazón magnánimo, temido de sus enemigos, amado de sus hijos y respetado por todos.

Pbro. J. Jesús Muñoz.

* * *

Fue hombre, fue mártir: será santo.

Pbro. Salvador Neri.

* * *

Todo era grande en Mons. Orozco: amplísimo en sus miras, muy delicado en sus afectos, firmísimo en sus resoluciones, espléndido en sus obras.

Pbro. Javier Nuño.

* * *

¡Oh Dios! Te ruego con humildad por el descanso del alma de mi muy amado y venerable Prelado Francisco... ¡En vano lloro... Permitid, Señor, que venga para consolarme y decirme, como en Lagos: "Padre Ocampo ¿qué le falta?"

Pbro. Salvador Ocampo y Cortés

* * *

Sobre la gloriosa tumba del Excmo. Sr. Arzobispo depositamos reverentes y conmovidos las humildes flores de nuestro amor eterno que llevan el rocío de nuestras lágrimas y el perfume de nuestra oraciones.

Pbro. Antonio Ochoa Mendoza.

* * *

Como en incensario de penas y dolores se fue consumiendo lentamente su vida y esparciendo la fragancia de su acrisolada caridad.

Pbro. J. R. Ochoa.

* * *

Fue para mí un modelo de amabilidad.

Pbro. Jesús T. Orozco.

* * *

Fue un sabio por su doctrina, un padre por su bondad, un mártir por su heroismo y un santo por su virtud. Estos títulos forman su corona inmortal.

Pbro. Margarito Ortega.

En su frente se destacó la ciencia, en su corazón arraigó la santidad y en su gesto vivió el perdón admirable del cristiano, la entereza indomable del mártir y el ejemplo sublime de Jesucristo.

Pbro. Librado Padilla.

* * *

Al elevarme al sacerdocio en los postreros días de tu Pontificado, grabaste en mi alma las palabras que entonces nos dirigiste. Tu recuerdo será perpetuo en el corazón del Benjamín de tus hijos.

Pbro. Fidel R. Palacios.

* * *

Amó entrañablemente a Jesucristo, a la Virgen del Tepeyac y a la Iglesia; por esto su recuerdo y sus obras serán inmortales.

Pbro. Salvador Palomino.

* * *

Nunca tuvo miedo a los hombres; no conoció más miedo que el temor del Señor, cumpliendo las palabras del mismo: "Nolite timere eos qui occidunt corpus...." Todos unánimemente repiten: "Dilectus Deo et hominibus".

Urbano Pautard, S. I.

* * *

¡Nos dejaste, Padre querido! Desde el cielo ruega por tus hijos.

Pbro. Albino Pelayo.

* * *

De su carácter quisiera copiar la amable virilidad; de su acrisolada virtud, la fina delicadeza; de su intenso amor a Dios y a las almas, el encendido fuego; ser copia fiel, en fin, de su espíritu sobrenatural.

Pbro. Feliciano Pérez y Pérez.

* * *

Amaba la justicia: por eso era enérgico en sus disposiciones; aborrecía la iniquidad: por eso fue desterrado; ambicionaba la paz: por eso fue manso.

Pbro. J. Lino Pérez.

* * *

Sufrió prolongado martirio, aunque su magnanimidad obligó a

sus enemigos a respetar su vida. Y triunfó de ellos cuando, después de la muerte, su amada Grey le honró dignamente hasta el sepulcro.

Pbro. Luis Pérez.

* * *

Con todos fue amable y expresivo. ¿Os extraña que el Eterno lo haya levantado a tanta altura?

Pbro. José Pudenciano Plasencia.

* * *

Fortissime dux Christi! Tu densas erroris nebulas vicisti et sicut sol inter sidera in coelo Ecclesiae refulges.

Sac. Florentinus Ponce.

* * *

Celoso guardián de su querida Grey, unió la dulzura propia de un padre a la legítima severidad de un juez. Su grandiosa personalidad es el símbolo de un pueblo que lucha por su libertad.

Pbro. Francisco Ponce.

* * *

Verdadero Padre, Bienhechor y Amador de los Pasionistas, a quienes trajo en 1925 a Guadalajara. Su recuerdo queda imborrable en los anales de la Congregación. Como verdadero seguidor de Cristo, pudo decir con toda verdad lo del Crisóstomo: "El destierro, la cárcel, la muerte, sí; hacer traición a mi oficio, jamás.

Manuel de S. José Prieto C. P.

* * *

Pasó su vida mortal —lo más frágil del hombre—; su memoria quedó entre nosotros, y su alma empieza a vivir en Dios la vida que no pasa.

Pbro. José P. Quezada.

* * *

"In Fide el Lenitate". Entregó a Cristo todo su sér, como oblación que exigían su grande fe y su ardiente caridad. Ni la tribulación, ni la angustia pudieron separarlo de Cristo. Fue su muerte libación suprema del gran sacrificio.

Pbro. Salvador Quezada.

Libraste el buen combate; por eso los ángeles condujeron tu alma hasta Dios, donde fue coronada con la corona de la justicia. Y porque mil veces saliste vencedor, los hombres condujeron tu cuerpo exánime, a despecho de tus enemigos, en imponente manifestación de triunfo hasta su última morada en donde espera la gloria de la resurrección.

Pbro. Francisco Quintana.

* * *

A través de su conversación y trato, como en fuente cristalina, se descubría en él el candor e inocencia de su vida.

Pbro. Agustín Ramírez.

* * *

Sus obras fueron tales que, aunque haya muerto, vive en la memoria y en corazón de sus hijos.

Pbro. Justino Ramos.

* * *

Oí decir al Excmo. Sr. Orozco que, en esta época de ateísmo, Dios había querido escoger una nación que diera ejemplo de fe a todo el mundo, defendiendo hasta el martirio los derechos de Cristo y de su Iglesia.

Y quiso Dios que México fuera la nación escogida, y que Mons. Orozco fuera el Hombre Providencial que representara a la Iglesia Mexicana en la defensa de estos derechos.

Pbro. Rafael Regalado.

* * *

Un hombre lleno del espíritu de Dios. Signo de contradicción y luz del mundo, como Cristo. Paciente, misericordioso, conocedor del corazón humano y de las miserias humanas.

Pbro. Antonio Rico.

* * *

El amor más decidido a la Sta. Iglesia y la dedicación constante a sostenerla en sus doctrinas y derechos, fueron incuestionablemente los rasgos más salientes del carácter de nuestro amado Pastor.

Pbro. Marcos Rivera.

El recuerdo de tu benemérita y sacrificada vida y los vigorosos y santos ejemplos que en ella nos legaste, serán imperecederos. Ruega, Pastor amado, por el rebaño que apacentaste en la fe y gobernaste en la caridad.

Pbro. Norberto Rodríguez.

* * *

No descansó jamás por salvar el rebaño que Cristo le confió.

Pbro. Pedro R. Rodríguez.

* * *

Fue Pastor para sus diocesanos, Padre para sus sacerdotes, Amigo generoso para sus verdugos y Guardián infatigable de los derechos de la Iglesia.

Pbro. Víctor R. Rodríguez.

* * *

¡Amado Padre! El más pequeño de sus hijos dulcifica su orfandad con la esperanza de encontrarte en el cielo; y, resignado a su dolor, ruega a Dios llene de loores su boca para cantar eternamente tu gloria y tu grandeza.

Pbro. José Rojas.

* * *

Desde que lo conocí, su genio me sostuvo, obligándome su grandeza a respetarlo y, enseñándome a amarlo, lo amé como a mi padre.

Pbro. Leocadio Román.

* * *

Conocidas son sus obras de caridad, religiosidad, magnanimidad; por lo cuál, además de vivir en ellas, vive en la memoria y en el corazón de los que amamos.

Pbro. José Rosas.

* * *

Fue Mons. Orozco y Jiménez varón de Dios, lleno de ciencia, virtud y valor civil.

Pbro. Donaciano Ruvalcaba.

IN FIDE iura Ecclesiae strenue propugnavit; IN LENITATE omnes etiam inimicos valde dilexit.

Sac. Beniaminus Ruelas.

* * *

Su figura será colosal e imperecedera porque las encrespadas olas de los mares que intrépido surcó se encargaron de enaltecerla. Murió, pero su sombra nos guirá por los senderos escabrosos de esta vida.

Pbro. J. Tomás Ruelas.

* * *

Cautivó hondamente mi corazón y vivirá su memoria en él para siempre.

Pbro. Ildefonso Ruiz.

* * *

Al morir nos legó aquel rico tesoro de los tres amores: el ferviente a Ntra. Sra. de Guadalupe, el inquebrantable a la Sede Apostólica y el tiernísimo a sus ovejas. Fructifiquemos con tal herencia hasta llegar a ser hijos dignos de tal Padre.

Pbro. J. Jesús Ruiz Vidaurri.

* * *

Su obra pastoral es un argumento de la perenne vitalidad de la Iglesia; una apología viviente de los derechos de Cristo.

Pbro. José Salazar.

* * *

Fue nuestro verdadero Padre.

Pbro. José Santana García.

* * *

Como hombre fue un sabio; como cristiano un mártir; como sacerdote un apóstol; como pontífice un santo; y como Cristo.... llenó de bendiciones a los suyos y murió perdonando a sus enemigos.

Pbro. Miguel Sánchez.

* * *

Murió el Padre cariñoso y bueno; vivirá en el Cielo. Ahora a nosotros nos resta seguir su ejemplo e imitar sus heroicas virtudes.

Pbro. Justo Silva Díaz.

Vivió con la laboriosidad de los genios; hizo el bien con la fecundidad de los apóstoles; murió con la muerte de los justos.

Pbro. Alberto Soiné.

* * *

Su alma de niño —que con entusiasmo infantil cultivaba las plantas— fue campeón de la Cruz y magnánimo defensor de los derechos de la Iglesia, hasta exponer impávido su vida.

Pbro. José de la Torre.

* * *

El Sr. Orozco fue tan necesario y benéfico para su diócesis, como la sangre para el organismo humano.

Pbro. José Guadalupe Torres.

* * *

Como sacerdote modelo sembró el bien, como incansable obispo lo cultivó y como celosísimo arzobispo, trabajó porque nosotros sus hijos lo recogiéramos.

Pbro. Ignacio Torres.

* * *

Como lluvia continua y mansa empapaste de fe al corazón humilde; como tempestad furiosa asombraste al corazón indiferente.

Pbro. J. Salomón Tovar.

* * *

Quam pulchri super montes pedes praedicantis pacem: annuntiantis bonum, praedicantis salutem! (Is. c.52,v.7).

Sac. Donatus Udave.

* * *

El ilustre arquitecto de las más grandiosas obras de Londres no tiene monumento: sobre su loza se lee este epitafio: "Monumentum si quaeris, circumspice". El Excmo. Sr. Orozco no necesita monumento: el pesar que ha causado su muerte, las lágrimas que en ella se han derramado son el monumento del más amado y venerado de los padres.

Alberto D. Urdanivia. S. J.

* * *

En él reconocimos un Padre amantísimo y un Bienhechor insig-

ne. Llamados por él los Pasionistas, compartimos la ardua labor de su viña mística en Chiapas, donde nos quiso siempre. Nos reiteró en Guadalajara su ilimitado aprecio y favor.

Gerardo Urteaga de M. V. C. P.

* * *

Ni ultrajes, ni calumnias, ni tormentos, ni la muerte misma pudo vencerle; el vivir separado de sus hijos fue lo que más sangró su corazón de Padre.

Pbro. José Valadés S.

* * *

Siempre que pienso en la fortaleza con que el Excmo. Sr. Orozco defendió a sus ovejas aun en medio de los peligros o desde el destierro, me viene a la memoria el Apóstol de las Gentes y el gran obispo San Anastasio.

Pbro. J. Angel Valdés.

* * *

Como el Hildebrando de la Historia de la Iglesia, fue el "Fuego de las batallas" y, como Gregorio VII, luchó por los fueros de la Iglesia.

Pbro. José Isabel Valenciano.

* * *

Defendió a la Iglesia; por eso Ella lo exaltará como exaltó a los Ambrosios y Atanasios. Todo el clero sintió al padre bueno y generoso; por eso el amor de los sacerdotes jaliscienses lo ha canonizado ya levantándole un altar en lo íntimo de sus corazones.

Pbro. Fernando Vargas.

* * *

Mons. Orozco en toda su vida fue un príncipe, un apóstol, un padre y un santo.

Pbro. Macario Velázquez.

* * *

Lo amé como se ama un padre. Por sus méritos espero bendiciones del cielo.

Pbro. Vicente Velázquez.

La vida de Mons. Orozco fue la realización de las palabras de Jesucristo: "Bonus pastor animan suam dat pro ovibus suis".

Pbro. Luis Villalpando.

* * *

Al Sr. Orozco véolo como a la nubecilla del Carmelo, que a su fin llegó a colosal grandeza.

Pbro. Jesús Villaseñor

* * *

Amó con ternura a sus hijos, con solícita fidelidad apacentó sus ovejas, defendió palmo a palmo los derechos de la Iglesia y murió perdonando. Su recuerdo vivirá entre nosotros iluminado con la aureola del amor, de la gratitud y de la veneración.

Pbro. J. Guadalupe Yáñez.

* * *

Excoluit sanctos, sanctior ipse viros.

Sac. Franciscus Zambrano. S. I.

* * *

La Iglesia Mexicana está de duelo..... Ojalá que los seglares tengamos siempre a Mons. Orozco como un modelo de virtud y de valor cristiano.

Luis G. Bustos.
Presidente de la Acción Cat. Mexicana.

* * *

Viertan los niños en tu cripta flores.....
sus lágrimas los viejos, bien amado....
¡Yo clavaré, bañada de fulgores,
la Bandera inmortal de tres colores
sobre la tumba del viril Soldado!
Por eso, que cobije mi Bandera
tus sagrados despojos cual trofeo,
como gloriosa clámide guerrera....
Descansa ya de la batalla fiera,
tú, de la Libertad gran Macabeo!

Pbro. Maximino Pozos.

He tejido coronas para tu altar;
Humildes siemprevivas vengo a dejar.

El ostracismo duro te hizo gemir. . . .
El amor a tus hijos te hizo venir.
Despreciaste el peligro con gran valor.
No fuiste mercenario. . . . ¡fuiste Pastor!
Te aflige el ver tu aprisco y te conmueve;
temes que al contarlas.... salgan noventinueve.
Pasaste el mar revuelto de Tiberiades
y dominaste, altivo, las tempestades.
Ya que fuiste tan bueno como Jesús,
Padre, también llevaste, como El, tu cruz!

Pbro. Pudenciano Sánchez Madrigal.
Sac. Zamorano.

Vivirás en tu grey, aún cuando muerto,
al pasar la borrasca tu figura
brillará como el sol que está cubierto
por denso velo de la nube obscura.
Por salvar a tu grey tu nívea frente
permites la taladren las espinas ..
y cual lluvia de rubís tu sangre viertes,
y al Gólgota sangriento te encaminas. . . .
Horadados tus pies y santas manos,
y abierto tu costado con la lanza,
en verjeles conviertes los pantanos
y brotan el amor y la esperanza!
Vivirás en tu grey porque sufriste
calumnias y crueles sinsabores;
energía indecible tú le diste,
cual frescura el rocío da a las flores.
Con dolores curaste sus dolores;
con tus llantos suavizas su agonía,
y con tu sed calmaste sus ardores;
y detiene tu fe. . . . la apostasía!
Vivirás en tu grey, varón preclaro
que fuiste sin igual guadalupano;
nuestra Reina brilló cual lluvia de oro;
su nombre resonó en el Vaticano. . . .
Allá llevaste con amor sus rosas.
y quedaron las almas arrobadas,
que no ha visto la Europa más hermosas
ni más frescas, gentiles y aromadas.
Vivirás en tu grey; que no estás muerto!
y será tu memoria bendecida
cual oasis encantado en el desierto
aunque la muerte te segó la vida. . . .

Pbro. Manuel Rábago Béjar.

Semblanzas

1

Filial Devoción a la Sta. Sede

El Excmo. Sr. Orozco fue un apóstol: se multiplicó en obras para la gloria de Dios y provecho de las almas que lo eternizan. Tal apostolado no se concibe sin una estrecha unión del Pastor con la Sta. Sede, como lo comprueba la historia de los grandes apóstoles, quienes hallaron en el Sucesor de Pedro su centro de unidad, su maestro, su guía en las gloriosas empresas que llevaron a cabo, confirmando con esto el célebre axioma de San Ambrosio: **Ubi Petrus, ibi ecclesia,** donde está Pedro, allí está la Iglesia; axioma expresivamente traducido por Mons. Masquelier: "Para cosechar con Jesús, es necesario sembrar con Pedro".

Para mayor orden de este trabajo, veamos primero la adhesión de Mons. Orozco a la Sta. Sede en la perso-

na del Romano Pontífice, y, después, las muestras de estima y de confianza que Roma dió a su insigne admirador y súbdito fiel.

I.

Con la tenacidad de su privilegiada memoria recordaba Mons. las impresiones juveniles que dejó en su ánimo el conocimiento de los papas Pío IX y León XIII, y gustaba referir detalles y circunstancias de estos grandes Jerarcas de la Iglesia, manifestando su admiración y entusiasmo por ellos y por los actos de sus Pontificados; y era de ver cómo rechazaba la explicación fortuita y humana en los hechos relacionados con sus gobiernos; cómo reconocía la intervención de la Providencia en la dirección de sus Vicarios.

Prueba de su amor a Roma era el ardiente deseo de implantar en la Iglesia Mexicana la disciplina eclesiástica que había conocido en el tiempo de su formación sacerdotal a la sombra del Pontificado: la introducción del espíritu romano en el funcionamiento de los Seminarios, que le trajo, en su diócesis de origen, la primera e injusta persecución, la cuál lo relegó como a un elemento inútil y olvidado por algún tiempo. Además, la Liturgia romana lo cautivaba y de ella se declaró vindicador, escribiendo acerca de las falsas costumbres que la deformaban entre nosotros, ensayando y dirigiendo personalmente funciones litúrgicas y formando en su espíritu a seminaristas jóvenes y a sacerdotes, al grado de merecer el elogio que de él hizo el Excmo. Sr. Fulcheri al hablar conmigo: "Mons. Orozco debe considerarse como el Renovador de la Liturgia Romana en México".

Su respeto al Romano Pontífice se extendía a sus representantes en México: Visitadores y Delegados, a quienes servía con lealtad y aún a costa de sacrificios, manifestándoles sus respetos y protestando virilmente por los atropellos de que los Delegados fueron víctimas.

Nombrado obispo, era necesario que su amor y adhesión al Papa se manifestaran más esplendentes, y así aconteció en el Sínodo Diocesano celebrado en Chiapas en 1908, cuya publicación impresa es a mi ver la obra más genuina y original de Mons. Orozco y la que más claramente lo retrata. Así, en el Cap. I., n. 3, después de confesar el Primado y Magisterio universales del Vicario de Cristo, dice: "Nada más grato a todos nosotros, a todo el Clero y fieles de esta Diócesis que declararlo solemnemente, así como promover la obediencia, veneración, respeto, amor y sumisión al Romano Pontífice". Y en el postulado dirigido a S. S. por el V. Cabildo y Clero se lee que "para honra del Pontífice Inmortal que definió dogmáticamente la Concepción Inmaculada de María, se digne S. S. elevar, si a bien lo tiene, al honor de los altares al Sr. Pío IX de santa memoria".

En su primera visita al Papa, como obispo, a fines del año de 1909, grande era su anhelo de ofrecerle sus respetos, de darle cuenta de su ministerio pastoral, de pedirle su dirección. En el entusiasmo y pleno vigor de sus energías, ansiaba presentarle el informe de su Sínodo Diocesano y dos obsequios que habían sido el objeto especial de su vigilancia y cuidado durante el viaje: una **marimba** fabricada con extraordinario esmero en Chiapas y que al fin logró que se tocara en presencia de Pío X; (marimba que por disposición de este Pontífice pasó a ser del Colegio Pío Latino); y una mitra hecha por los indios de su diócesis, de vistosas plumas de aves ra-

ras. Me parece que en esta ocasión le regaló también una estera de finísima paja que en colores naturales reproducía el nombre del Pontífice. ¡Con qué satisfacción Pío X llamaba a Monseñor **Mi querido Monseñor Orozco,** agradeciéndole sus bondades!

Si para Mons. Orozco fue el Papa el Superior Supremo a quien obedecía y obsequiaba en la prosperidad, en los momentos de aflicción fue el Papa su consuelo. Por esto, el año de 1914 cuando se desencadenó la terrible persecución antirreligiosa en nuestra Patria, teniendo que abandonar su país contra su propia voluntad, prefirió dirigirse a Roma y buscar en el Romano Pontífice su refugio y su guía; y al terminar su misión providencial en favor de su patria al lado de Benedicto XV, cuando quiere emprender la vuelta a su amada grey, arrostrando todos los peligros y exponiendo su heroica vida, no lo hace sin antes haber obtenido la plena aprobación de Benedicto XV. Cosa igual hizo en 1934 con Pío XI.

Hay un hecho muy hermoso y edificante en aquella época de persecución de 1917-1918, en que tuvo Mons. que salvar su vida ocultándose en una cabaña perdida en la calurosa barranca de Bolaños (al norte de su Diócesis): en medio de mil privaciones, enfermo algunas veces y careciendo otras hasta de alimento, fue su consuelo, después de la oración, en aquella vida de eremita, el escribir su "diario" en latín para enviárselo al Papa.

Más tarde, cuando se llevaron a cabo "los arreglos" o "Modus Vivendi" Mons. Orozco, desterrado con el destierro más doloroso de los cinco que padeció, según confesión que él públicamente hizo, y viendo el desconcierto y división entre los católicos que murmuraban de los que habían tenido parte en los arreglos y aún algu-

nos se atrevían a censurar al mismo Romano Pontífice, prohibió que de ello se hablara, y más, que se censurara; haciendo a un lado cualquier parecer personal, recomendó la sumisión y docilidad a los Superiores; y castigó con energía a quien, llevado de reprobable impulsivismo, había injuriado a la Autoridad Eclesiástica.

El retrato del Papa siempre ocupó el lugar preferente en todas sus residencias episcopales.

En la imposibilidad de referir todos los hecho que más evidencian la fidelidad de S. Excia. a la Sede Apostólica, recordamos finalmente la Solemne Conmemoración del Patronato Guadalupana sobre la América Latina, celebrada en Roma en diciembre de 1933. Si el fervor de Mons. Orozco hacia la Virgen del Tepeyac se desbordó entusiasta y avasallador de todo obstáculo, hasta ta llevar su obra a una de las más grandes y trascendentales apoteosis guadalupanas, fué al mismo tiempo tal apoteosis la expresión del grande respeto y del profundo afecto del insigne Prelado al Soberano Pontífice.

Así sembró Mons. Orozco en su apostolado la semilla de sus santas empresas: al calor de su amor al Papado.

II

Concretándonos a las manifestaciones de aprecio con que la Sta. Sede distinguió a Mons. Orozco públicamente, encontramos en primer lugar la de haberlo elevado a la dignidad episcopal. Después. siendo aún muy joven, cuando una parte de su diócesis se encontraba agitada por el entredicho que él lanzó a causa del atentado contra su persona, la Sta. Sede, en vez de relegarlo al

olvido, a lo menos por algún tiempo, para que los ánimos se calmaran y para no tener que enfrentarse con la parte interesada, lo promovió a la importante sede de Guadalajara; como sancionando su conducta y dando un voto de confianza a su labor pastoral.

Muy poco tiempo pudo estar al frente de su arquidiócesis. La persecución despiadada de 1914 lo hizo salir de su Patria, como a la mayoría de los Prelados, y buscar asilo a la sombra del Pontífice. A Benedicto XV, recién exaltado a la Cátedra de Pedro, habían llegado persistentes rumores, esparcidos arteramente por los enemigos de la Iglesia, de que el Clero y especialmente los Obispos habían sido la causa más influyente del caos surgido en México. De aquí la frialdad con que Benedicto XV recibió a Mons. Orozco en la primera audiencia. Más luego que sondea y conoce al Prelado, sus prevenciones se desvanecen, lo mira desde entonces como el representante del Episcopado mexicano; por él se entera de los acontecimientos; de él se aconseja para conceder gracias y extraordinarios favores durante las difíciles circunstancias porque atravesaba nuestra Patria; y era de admirar la solicitud del Pontífice por nuestra Patria y la confianza en Mons. Orozco al enviarle diariamente al Colegio Pío Latino al entonces Secretario de la Congregación de Negocios Extraordinarios, el que es hoy Cardenal Secretario de Estado, para saber qué noticias había recibido de México y qué facultades creía oportunas, para concederlas S. S. A tal grado llegaron las muestras de afecto y confianza del Pontífice, que frecuentemente su recuerdo hacía exclamar a Mons. Orozco: "Ese Papa, Benedicto XV me robó el corazón".

Quien conoce más a fondo la vida del Excmo. Señor, bien sabe que no faltaron entre las espinas de su corona

los desengaños aún de aquellos a quienes él favoreció. Hondamente hirieron su corazón las intrigas que en tres ocasiones principalmente, según se asegura, llegaron hasta Roma y quisieron arrancarlo de su Sede, tramadas por algunos de entre sus hijos, por quienes tantas veces ofreció su vida, a quienes prestigió con su nombre y colmó de favores. Pero también sabe cómo la Sta. Sede, salvando la justicia, proclamó la inocencia y ensalzó al calumniado Arzobispo.

Prueba también de confianza fue el haber encomendado a S. Excia. la reorganización y aprovisionamiento de Clero en favor del Vicariato Apostólico de la Baja California; empresa que halló generosa acogida en el Prelado y en el Clero tapatíos.

Permítaseme referir un hecho de que fui testigo personal y que confirma cuanto he venido exponiendo. Era un día estival de principios de julio de 1927 y el sol abrasaba a Roma con ardientes rayos; después de doce años volvía yo a la casa del Padre Común, recordando las escenas imborrables que presencié en los pontificados de Pío X y de Benedicto XV; me encontraba anheloso de presentar mis humildes homenajes a quien había conocido como bibliotecario vaticano. Aprovechándome de la llegada de Mons. Tritschler, Arzobispo de Yucatán, le pedí me admitiera en su séquito el día de la audiencia; cosa que de buena gana me concedió. Terminada la audiencia privada con Mons. Tritschler, se nos llamó al escritorio del Papa, quien de pie y apoyado en el escritorio departía festivamente con el Excmo. Sr. Arzobispo. Como preguntara quién y de dónde éramos los que acompañábamos a S. Excia., al oír que yo era de la Arquidiócesis de Guadalajara, me preguntó: "Hijo, ¿qué me dices de tu Arzobispo? Santísimo Padre, le contesté,

se encuentra oculto y en medio de gravísimos peligros". Quedóse pensando S. S. un momento; y luego, en ese fondo de majestad que le es peculiar, me dijo: **"Dile que el corazón del Papa están con él"**

En octubre siguiente regresaba yo a México trayendo cuidadosamente la carta del Papa y el nombramiento de Asistente al Solio Pontificio para el Excmo. Sr. Orozco, con ocasión del XXV aniversario de su episcopado.

En varias ocasiones se rumoró con insistencia que Mons. sería condecorado con la púrpura cardenalicia. Las circunstancias de México parece que se opusieron a este hecho que vendría a ser la repetición del honor concedido a San Juan Fisher por los heroicos trabajos apostólicos y por la fidelidad a la Sta. Sede. Pero si el Arzobispo de Guadalajara no se sentó entre los miembros del Sacro Colegio, su nombre quedará, sin embargo, entre los de aquellos que más se han distinguido en la obediencia, sumisión y fidelidad a la Cátedra de Pedro.

Pbro. José Villaseñor Plancarte.

2

El Arzobispo Martir

Devotamente nos hemos acercado al túmulo que contiene el cadáver venerado del atleta gigante y vigoroso que, desde los primeros años de su Pontificado, nos diera el ejemplo del luchador incansable, que llegó hasta la cumbre de la gloria, y se ciñó laureles de triunfo, aun sobre sus cabellos blancos!

Al contemplarlo inmóvil, yerto y frío, ha pasado por nuestra mente la queja del Libro de los Reyes: "¡Cómo cayeron los fuertes en el combate!......

Y cuando queremos besar la espada de sus luchas, el casco de su defensa y su escudo invulnerable, no encontramos sobre su cadáver sino una cruz, arma formidable que despide fulguraciones, que son al mismo tiempo golpes para el enemigo y luz que ilumina los senderos mismos por donde va el rebaño; encontramos un anillo que significa el místico desposorio del Prelado, gema preciosa que se levantó con su mano, unas veces para bendecir, otras para perdonar y otras para vivificar el ademán enérgico contra los detentores de los derechos

de su Santa Iglesia de Guadalajara...... ¡Cómo cayó el fuerte en el combate!......

El Excmo. Sr. Orozco tuvo un carácter que no forjaron las circunstancias dolorosas en las que tuvo que intervenir, sino que era de ésos, especiales, que en cualquier época de la humanidad hubiérase significado y enriquecido con las mismas virtudes con que tejió su manto de nobleza en medio de las persecuciones que sufrió.

El gesto de su alma-príncipe durante su Pontificado de más de cuatro lustros, da al recuerdo que de él nos queda, claridades no sólamente de un hombre grande, venerando, de héroe, sino exactamente le hace un mártir ante la conciencia de todos.

No me extraña la actitud de las multitudes que llenaban de bote en bote las amplias naves de la Basílica Nacional Guadalupana, cuando al verlo ingresar llevado por su ardiente amor guadalupano, hicieron vibrar el cálido aplauso y de sus pechos brotó la exlamación de un apoteósis bien merecido: **"¡viva el Arzobispo Mártir!"**; no me extraña, digo, porque cuando este Prelado, relativamente joven, vino a sentarse sobre el trono de la Arquidiócesis de Guadalajara en el año de 1913, el pueblo de Jalisco había ya vislumbrado en su frente la corona del mártir, pues venía ya ungido con el oleo del dolor que le causaran sus enemigos en las tierras chiapanecas.

Veintitrés años de Pontificado ilustre, abrillantado por la gloria que da el dolor, van forjando la guirnalda de la inmortalidad; no me extraña aquel apoteósis de la Basílica Guadalupana porque ya en 1913, al presentarse en esta tierra tapatía en los lugarres públicos, en las calles, en los teatros, en los templos y catedrales, el sentimiento popular, que tiene una base infalible para co-



Mons. Orozco en el año de 1918 en que, perseguido, no abandonó el desempeño de sus altas funciones en su amada Arquidiócesis.



Mons. Orozco rodeado del V. Clero y miembros de la alta Sociedad de Guadalajara, en el Arzobispado (hoy Presidencia Municipal) el día de su llegada, 9 de febrero de 1913.

nocer el mérito de los hombres, le había aclamado ya con delirio.

Esas multitudes trocaron ayer sus aplausos y sus loas, en oración, lágrimas y pena; y ceñidas con el manto del dolor condujeron sus restos venerables a su última morada.....

No es posible, no hay derecho, mejor dicho, para que la memoria de este hombre de talla gigante y majestuosa, se pierda lentamente entre los hombres; es necesario modelar sus gestas en bronce; es preciso imprimir en pergaminos indistructibles para el tiempo, sus luchas, sus triunfos y sus apoteósis, para que todo junto, sea una enseñanza al carácter moderno, amigo de los efeumismos y de los fáciles acomodamientos.

Comprendo perfectamente que no soy el indicado para examinar la personalidad del Excmo. Señor Orozco y Jiménez en este aspecto de su dinamismo maravilloso; pero al ser solicitado para éllo, no podría negarme sin ser ingrato para el que decía con sus hechos: **¡así se lucha!**; y cuando bregaba en las barrancas, fatigado y sudoroso, paréceme que sobre su cabeza veía el penacho blanco de Enrique IV, cuando en Ivry, en 1590, arrojándose en las filas enemigas enmedio de un bosque de lanzas, clamaba: **"Si perdéis las banderas, seguid mi penacho blanco que encontraréis siempre en el camino del honor y de la gloria".** El invicto Prelado, llevando sobre la frente su Mitra fulgurante, podía decir lo mismo a sacerdotes y fieles.

I.

PROCLAMACION DE LA REALEZA DE CRISTO.

El ideal más bello de los tiempos presentes, el que interesa a las naciones más cultas de la tierra, el que arrastra con frenesí vehemente a las multitudes, engendrando heroísmos en los pechos humanos, el que cierra los labios sonrientes de los mártires del siglo XX, es el que encierra la divina prerrogativa de la **Realeza de Cristo.**

A pesar de las tendencias democráticas e igualitarias del momento, preciso es confesar que la Iglesia, con la Encíclica **Quas primas** de S. S. Pío XI, dió a conocer al mundo las divinas credenciales, los títulos hereditarios, los derechos de conquista con que Jesús se nos manifiesta como el Rey eterno de los siglos.

No parece sino que sobre las ruinas de los tronos que se van desplazando en los tiempos actuales, quiere Dios levantar el trono para Cristo, como principio de autoridad y de orden que domine las rebeldías de la razón humana, que a diario se levanta contra los dictados de la Divinidad.

No obstante las manifestaciones anárquicas que caracterizaron los movimientos políticos mundiales de fines del siglo pasado y en los principios del actual, era preciso que se proclamara en todos los pueblos, en todos los lugares y por todos los hombres, la Realeza de Cristo; y luego de proclamarse, hacer efectivo en la sociedad, en la familia y en el individuo, reinado tan soberano.

Llegó el año de 1913, y el Episcopado Mexicano se prepara para consagrar a la República al Sagrado Co-

razón de Jesús, impetrando de la Santa Seda la autorización para colocar a los pies de las imágenes del Sagrado Corazón la corona y el cetro. Su Santidad el Papa Pío X, en Letras del 12 de noviembre de 1913, aprueba la idea, y se expresa en los términos siguientes: "Desde hace mucho tiempo que con grande solicitud hemos considerado a vuestra Nación y a vuestros asuntos perturbadores por graves desórdenes, y bien sabemos que para conservar y sostener la salud y la paz de los pueblos, es de todo punto preciso conducir a los hombres a este puerto seguro de salvación, a este sagrario de la paz que Dios, por su infinita benignidad, se dignó abrir al humano linaje, en el Corazón Augusto de Cristo, su Hijo. De ese Corazón brote para vosotros, Venerables Hermanos, y para vuestra Nación entera, agitada rudamente por incesantes discordias, la gracia que habéis menester para la salvación eterna y la paz que, como fuente inagotable de todos los bienes, con tan indecible ansia anhelan a una voz vuestros conciudadanos".

Fíjase entonces para la solemne consagración de la República al Sagrado Corazón de Jesús, el día 6 de enero de 1914, y el Excmo. Sr. Orozco y Jiménez, desbordando sus ansias de paz y de amor de que se hallaba pleno su corazón, expide su Segunda Carta Pastoral de 18 de diciembre de 1913, ordenando los cultos que deberían practicarse en toda la Arquidiócesis.

Con entusiasmo siempre creciente se llevó a cabo la consagración al Sagrado Corazón de Jesús, en la fecha mencionada; las solemnidades efectuadas llenaron de un franco optimismo a todos los espíritus y sonrió la esperanza de días mejores para nuestra patria.

Para dar gracias a Dios por el suceso se acordó hacer una manifestación pública de alabanza y honor, por

todo el pueblo católico, al Corazón Deífico. El Excmo. Señor, en Circular de 8 de enero invitaba a la manifestación que debería tener lugar día 11 del propio mes.

El primer trámite que hubo de correrse, fue obtener del C. Gobernador del Estado, Lic. D. José López Portillo y Rojas el permiso correspondiente, el cual se concedió en vista de que la manifestación no violaría las Leyes de Culto entonces en vigor. Comenzó a hacerse la propaganda y toda la ciudad de Guadalajara, con todas las clases sociales respondió admirblemente a la invitación; previamente se habían designado las calles que ocuparian los manifestantes, quienes a la hora de la cita, las tres de la tarde, llenaban por completo las calles de Alcalde y Pedro Loza, así como las transversales comprendidas en las antes mencionadas. A las cuatro, una ola humana invadía la plazuela de la Catedral y llegaba hasta el Santuario de Guadalupe, esperando la orden del desfile.

La jornada debia ser bella!

En todos los rostros se manifestaba la satisfacción más honda; la compostura era sin igual; el Prelado tendría que desfilar rodeado de su clero en una manifestación sin precedente: Asociaciones piadosas, Centros de Estudios, Colegios Obreros, Estudiantes, Damas, Caballeros y Clerecia se unirían en el solo grito de amor en alabanza del Rey Eterno de los siglos.

Las cuatro de la tarde!

El conjunto era verdaderamente brillante: sólo faltaba la voz de mando, cuando, los enemigos eternos de Cristo, los que viven en las sombras y en éllas fraguan sus ataques arteros, arrancaban del Lic. López Portillo y Rojas, una orden para impedir la manifestación, con el pretexto de que se llevaban insignias religiosas: cosa

enteramente falsa. La orden se presenta al Prelado quien jamás conoció miedo ante las acometidas; se buscó una Comisión que entrevistara en el momento al C. Gobernador y más de cien damas de nuestra mejor sociedad se ofrecieron para el caso; todas fueron al domicilio del Lic. López Portillo, quien, pasando sobre la gentileza de estas tierras, solamente permitió que entraran cuatro: las Sras. Camarena de de la Mora, Cues- de Corcuera y las Sritas. María Casillas y Guadalupe Quevedo.

Las Damas encuentran al C. Goberndor en compañía del Procurador de Justicia en el Estado, D. Juan Pérez Rubio, fusilado por las fuerzas constitucionalistas cuando hubo la primera escisión entre las huestes revolucionarias; además, se hallaban con él otros dos individuos de reconocida filiación anticlerical.

Sucédese un diálogo entre la comisión y el Gobernador en el que, a pesar de lo enojoso del asunto, se guardaron las fórmulas sociales; mas al intervenir el Procurador de Justicia, señaló una medalla de oro que llevaba una de las damas, pendiente de una cadenilla en el cuello, y se dijo que eso violaba la Ley de Cultos.... Entonces ya fue otra cosa. Después de discutir cada vez con más calor el asunto, de manifestar la Comisión al C. Gobernador lo impolítico que sería dar contraorden cuando todo mundo estaba en la calle, se permitió que desfilaran solamente las señoras.

Vuelve la Comisión ante el Prelado a dar cuenta del resultado de la entrevista, y se ordena que desfilen las mujeres; mas los esposos desean cuidar a sus esposas y también desfilan; los hermanos cuidan de sus hermanas y también desfilan; los hijos siguen a sus padres y también desfilan; los obreros siguen a sus hijos y también

desfilan: es decir, que las multitudes son incontenibles, y cuando les asiste el derecho, no hay fuerza humana que las detenga.

Cuando llega el momento oportuno, el mismo Prelado, no reconociendo quién legalmente pudiera impedirle asociarse a sus diocesanos, se echa a la calle, rodeado de sus sacerdotes que forman en su derredor un círculo apretado, para demostrar su unión con el Padre, en el solemne acto de la proclamación de la Realeza de Cristo.

En el trayecto, un grupo de rojos incitado por los enemigos del nombre cristiano, quiso disolver la manifestación; vano empeño, pues la sola presencia de los obreros les espantó y hubieron de retirarse avergonzados.

Como la libertad no se pide, sino se arrebata, alguien, dejándose llevar de un entusiasmo muy legítimo, inició el canto del Himno al Sagrado Corazón; las calles atestadas de gente respondieron al himno, cuya melodía se repitió primero quedamente; pero a poco creció el ánimo y se caldearon los corazones y el himno estalló vibrante en aquella columna humana que se dirigió a la Catedral; y en la hora quietecente y fervorosa, cuando el sol se ocultaba en su lecho de fuego en los horizontes tapatíos, ese cántico: **"Corazón Santo, Tú Reinarás"**, se repitió como un eco de armonías sublimes que fortificaron los corazones.....

La Catedral se llenó materialmente de fieles, siendo imposible que entraran todos los que iban en la manifestación; subióse al púlpito el S. P. Crivelli, S. J., quien dió a conocer en un discurso bien cortado y emocionante, los títulos de la Realeza de Cristo.

El Prelado, revestido con sus ornamentos pontifi-

cales, ciñendo su cabeza con su Mitra fulgurante y teniendo en su mano el Báculo Pastoral, entonó un Te-Deum solemne que ejecutó la Capilla de la Catedral, magistralmente, llenando las naves del Alma Mater, de una religiosidad no conocida hasta entonces, por el entusiasmo que la provocaba.....

Finalmente, sucediéronse los aplausos y los vivas a Cristo Rey, Rey Inmortal de los siglos, **Ipsi et imperium in saecula**....!

* * *

Cerca de las 9 de la noche se desparramó por toda la ciudad aquella muchedumbre que caldeó en una cuantas horas su corazón, su alma, sus facultades todas en el amor de Cristo Rey.....

¡Yo no sé si en aquella tarde se forjaron las almas de los mártires que andando los tiempos deberían de derramar su sangre! ¡Yo no sé si entonces se templó el corazón de los hombres, de las mujeres y de los niños, que el día 3 de agosto de 1926 dejaron de latir en el Santuario de Nuestra Sra. de Guadalupe, bajo la mirada augusta de la imagen bendita y venerada!

Pero sí sé que el corazón del Prelado se templó entonces para sus heroicidades, para sus sacrificios, y adquirió la fortaleza que debía de sostenerle en todas las persecuciones.

El **"tímido Gobernador del Estado"** como graciosamente lo calificó en 1929 el mismo Excmo. Señor, apenas pasada la manifestación lo consignó ante los Tribunales, acusándolo de rebelión.

Esta es la primera vez que se levantó contra el dignísimo Obispo Católico, quien consagró toda su misión a la paz y a la caridad, la calumnia de rebelde; y no solamente como un rebelde aislado, sino excitando a sus

súbditos. Empezaron a correrse los trámites de un juicio criminal; sucediéronse las citas a diversos testigos; llamóse a las damas que hablaron con el Gobernador del Estado, quienes declararon en casa particular sobre el asunto; fue amontonándose papel, diligencia tras diligencia, declaración tras declaración, testigo tras testigo y el mes de abril, cuando el Exmo. Señor Orozco y Jiménez se encontraba en la parroquia de Tototlán, celebrando las festividades de la Ascensión del Señor, se tuvo conocimiento de que se trataba de aprehenderlo por vez primera; de aprehender al Prelado que debió conocer todas las amarguras de los destierros y de los alejamientos forzados.

Naturalmente tuvo que librarse del peligro, no por temor ciertamente, sino por que las circunstancias del momento no aconsejaban otra cosa.

Fue la primera vez que partiéndose su corazón de Pastor y de Padre hubo de alejarse de su grey, de sus hijos, a quienes encomendó a las ternuras y cuidados del Corazón de Cristo, cuya Realeza había proclamado en una forma caballerosa y valiente, ante la rabia de los infiernos que vieron venir en su contra una era de santidades y de sacrificios que los confundirá eternamente.

Por lo demás, la retirada era necesaria, dado que las huestes revolucionarias, como aluvión que descendía del norte, iba acercándose a esta capital, caracterizándose su marcha por una persecución tenaz, sangrienta y dolorosa en contra de todo lo que era cristiano.

En efecto, apenas llegadas las fuerzas revolucionarias a esta ciudad, fue reducido a presión casi todo el clero de la ciudad de Guaalajara, en número de unos 82 eclesiásticos, incluyendo entre éllos al Excmo. Señor Plascencia y Moreira, actual dignísi-

mo Obispo de Zacatecas; el motivo no fue otro sino un pretexto de conspiración y de ocultación de armas; entonces incautaron las autoridades, la Catedral y todos los demás templos: los presos sufrieron crueldades y no se tuvo en cuenta ni la dignidad, ni los años, ni la enfermedad de muchos de éllos.

II.

LA SANTA VISITA.

El Excmo. Sr. Orozco y Jiménez salió de la Republica, pero después de algún tiempo, contrariando la prohibición terminante del entonces Primer Jefe, C. Venustiano Carranza, que impedía a los Obispos entrar en México, se resolvió a entrar en 1916; y al efecto, estando en Roma, le manifestó a S. Santidad el Papa Benedicto XV sus deseos; el Santo Padre comprendió el peligro que en éste llevaba la vida del Prelado esclarecido, pero accedió a éllo, y con su bendición pudo penetrar hasta su Diócesis el día 20 de noviembre de 1916, dia en que llegó a la parroquia de Totatiche.

Considerada la fecha que acabo de expresar, bien puede imaginarse el caos que dominaba entonces en nuestra Patria, y sin embargo, el Pastor comenzó su Visita Pastoral, primero en la parroquia mencionada y después en otros lugares que constituyen una vasta región, apartada del centro y montañosa, que se compone de pueblos del Estado de Jalisco, de Zacatecas y Nayarit, y que pertenecen a esta Arquidiócesis.

En gira por caminos escabrosos, por pueblos casi asolados por la revolución y diezmados por la peste del

tifo, duró desde la fecha indicada hasta el día 28 de febrero de 1917, en que el Prelado debió ocultarse tres meses y medio para ponerse a salvo de la orden terminante de aprehensión, que se había dado en su contra, y que pudo conocer con toda oportunidad, dando lugar a que el tiempo y los hechos calmaran los ánimos.

El Excmo. señor Orozco y Jiménez debía llegar a la parroquia del Teúl el 10 de diciembre de 1916, pero se adelantó para el día 6; ese mismo día salió para Guadalajara un individuo de nombre Ezequiel Cervantes, que tenía el cargo de Delegado con el objeto de gestionar la aprehensión del Excmo. Señor, la que no verificó personalmente por haberse enfermado de tifo a su regreso, y muerto finalmente, pero con todos los auxilios de la Santa Religión Católica, a pesar de la oposición marcada que le hicieron sus compañeros y dando públicas señales de arrepentimiento y de reparación de escándalo.

Como resultado de las gestiones iniciadas, el 28 de diciembre del propio año llegaron de Colotlán, al Teul, 100 soldados con órden de aprehensión para el Prelado, dirigidos por el Capitán Miguel C. Robles, quien después aprehendió al Excmo. Señor de la Mora, Obispo de Zacatecas, mientras Mons. Orozco pocos días antes había salido para lugares a donde nadie suponía, que fueron los de La Yesca. Por esos rumbos continuó su Visita Pastoral; las fuerzas encabezadas por el Gral D. Francisco de P. Santiago, hicieron un movimiento envolvente en esa región, pasando por el Puente de Camotlán, Huajimic, Amatlán de Jora, etc. con el destacamento de Colotlán; y las fuerzas de S. Martín, dirigidas por el Mayor Espinosa, se dirigieron a Florencia, Huitzila, Jalpilla, etc. y se reunieron en Hostotipaquillo.

El General Santiago dejó en El Puente, al Capitán, una órden de aprehensión en contra del Excmo. Señor Orozco, y el Mayor Espinosa capciosamente tomó en Florencia informes acerca del lugar en donde se encontraba el Prelado; providencialmente no cayó en manos de sus perseguidores, hallándose él a dos horas de distancia de éllos en la Yesca.

El 24 de febrero se libró otra órden de aprehensión cuyo texto es el siguiente: "Al márgen un sello que dice: División de Occidente. — 2ª Brigada de Caballería. 35 Regimento No. 39. — Comandancia".

"Ha llegado a conocimiento del C. General Manuel M. Diéguez, Gobernador y Comandante Militar del Estado, que por los pueblos de ese cañón, bajo la zona de operaciones de usted, se encuentra el Arzobispo del culto católico, Francisco Orozco y Jiménez, responsable ante el Gobierno del delito de alta traición a la Patria. Siendo como me consta que son verdaderos los informes datos al C. C. M., ordena por mi conducto le trasmita la terminante, como lo hago, a fin de que proceda inmediatamente a la detención del citado Orozco y Jiménez, tomando al efecto las debidas precauciones, y anteponiendo la comisión que se le confiere, a cualquiera otra, por importante que sea. El C. Gral. espera se servirá Ud. cumplir lealmente la comisión que se le encomienda exponiendo que cualquiera evasiva, en favor del citado Arzobispo de parte de usted, la hará de su inmediata responsabilidad.

Una vez detenido el individuo de que trata, se servirá remitirlo con las seguridades debidas a esta Comandancia, que, a su vez, lo hará a donde corresponda.

Protesto a usted mi consideración. — C. y Reformas. — Colotlán 24 de febrero de 1917. — El Mayor Jefe del Regimiento, Saturnino C Espinosa. — Al C. Tente. Coronel Fortunato Martínez, S. Martín."

Parece que interesaba demasiado la aprehensión del Excmo. Señor Orozco, ya que se dictaron otras órdenes que son del tenor siguiente:

"Al margen un sello que dice: "División de Occidente. 2ª Brigada de Caballería. 35 Regimiento. Comandancia. "Dentro el texto: No 40. El General Comandante Militar del Estado, ratificando órdenes que en mi anterior oficio relativo le trasmití a usted, y en vista de la impor-

tancia del asunto, me dice en telegrama, que a la vista tengo, lo siguiente: "De Guadalajara el 25 de febrero de 1917, a Colotlán.—C. Mayor S. C. Espinosa. Ruégole ordenar Teniente Coronel Martínez, aprehenda al Arzobispo Orozco y Jiménez tan luego tenga conocimiento donde se encuentre. Afectuosamente.— Gral. C. M.—M. M. Diéguez. "Lo que transcribo a usted para su debido cumplimiento, por instrucciones especiales que sobre el particular tengo recibidas, y en virtud de tener noticia fidedigna, que el Arzobispo de que se habla se encuentra en ese Cañón, esperando lo detenga en el acto y lo remita bajo segura custodia a esta Comandancia para los fines a que haya lugar. Protesto a usted mi consideración. — Constitución y Reformas. — Colotlán, 27 de febrero de 1917. — El Mayor Jefe del Regimiento, S. C. Espinosa. C. Tte. Coronel Fortunato Martínez, San Martín, Jal."

"No. 48. Del contenido de su oficio número 24 de fecha 15 de los corrientes, se desprende que usted no verificó la aprehensión del Arzobispo Orozco y Jiménez, manifestándole que tanto el Gral. Jefe de la División, como yo, extrañamos esa falta de cumplimiento, porque sabemos claramente y aprobado, que hasta usted mismo en persona le sirvió de compañía y de escolta en el viaje que hizo el referido Arzobispo de S. Martín a Chimaltitán. Lo comunico a usted para su conocimiento, haciéndole ver que tanto yo, como el expresado General, no carecemos del conocimiento de esa región que es a su cargo.—Constitución y Reformas.—Colotlán, Jal., marzo 19 de 1917. El Mayor Jefe del Regimiento S. C. Espinosa. Al C. Tte. Coronel Fortunato Martínez. San Martín Jal."

Ahora bien, cabe preguntar ¿cuál es el motivo que se tuvo para dictar las órdenes de aprehensión en contra del Excmo. Señor Orozco y Jiménez?

Respondo con las palabras del mismo Excmo. Señor Orozco en un Memorandum: "debo advertir que el motivo expresado para mi aprehensión no lo entiendo y supongo que no fue más que un pretexto".

Sería imposible narrar uno por uno los incidentes, las privaciones y penas que en toda esta peregrinación tuvo que sufrir el V. Prelado.

¡Cómo se agigantó su alma de Pastor! ¡Cómo se templó su alma de Mártir!

III.

UNA CARTA PASTORAL.

Hubo un intervalo en la tragedia bélica que ensangrienta nuestro suelo desde hace muchos años.

La era preconstitucional escribió páginas horrorosas en la historia de muchas pueblos y de muchos hogares, dejando como saldo las lágrimas, la orfandad y la miseria.

Todos los corazones sintieron las ansias de la Ley, norma de los pueblos para que prosperen las ciencias, las artes, las industrias y la agricultura. Los hombres de la Revolución la calcaron sobre la antigua, adaptándola a las evoluciones que juzgaron provechosas para la marcha triunfal de sus postulados.

Al efecto, se convocó un Congreso Constituyente que hubo de celebrarse en la histórica ciudad de Querétaro; todavía en sus discuciones hubo algunas manifestaciones de los antiguos moldes, que son los buenos, por ejemplo, en lo referente a la enseñanza, ya que las sugestiones del Ingo. Palaviccini, apoyadas por el mismo C. primer Jefe D. Venustiano Carranza, en lo que se refiere a la enseñanza, ambicionaban horizontes más amplios de libertad en esta materia.

Pero no fue así. La revolución iba en marcha y debían consignarse en los artículos de la Constitución. principios avanzados y radicales.

El día 5 de febrero de 1917 se promulgó la nueva Constitución Política de la República Mexicana. Todos sabemos cuales son sus artículos relativos a la Iglesia, a las Comunidades Religiosas, al matrimonio, a la libertad de conciencia y a la libertad de enseñanza. Apenas co-

nocido el documento, levantáronse las protestas, no sólo en el territorio nacional sino también en el extranjero. Inmediatamente lanzaron su Protesta los Obispos Mexicanos, residentes en los Estados Unidos, con aprobación dlel Sr. Delegado Apostólico y del Santo Padre. El numeroso Episcopado Americano, compuesto de 100 Prelados, encabezados por tres Cardenales, envió a todo el mundo también su solemne Protesta; lo mismo hizo posteriormente el Episcopado del Perú y varios Obispos Sudamericanos se ocuparon de ésto en sus Pastorales.

El Excmo. y Revmo. Sr. Orozco y Jiménez, a pesar de encontrarse en las barrancas, en las sierrras, constantemente perseguido, y extendiéndose a cada paso órdenes de aprehensión en su contra, dada su energía espiritual y perfectamente consciente de sus obligaciones de Obispo Católico, no pudo menos que escribir en la soledad y en el silencio, muy retirado de los apasionamientos de las capitales, una Protesta serena y mesurada en contra de la Constitución, firmándola el día 4 de junio de 1917.

"No se podía menos, dice, dada la excepción odiosa que allí se hace a la Iglesia y sus ministros, convirtiendo a aquélla en esclava de caprichos y a éstos en verdaderos parias".

En estas palabras está expresado el motivo que lo indujo a escribir la famosa CUARTA CARTA PASTORAL de Protesta contra la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

¡Sus ideas son claras y breves; son lapidarias como las expresiones del genio; son vibrantes como de un apóstol, son sublimes como de un santo!.....

Antes de que se publicara, dispuso el Excmo. Señor que personas prudentes la revisaran, facultándolas para quitarle cualquier término inconveniente; y no encontrando nada en ese sentido,se publicó, sin temor de siniestras interpretaciones, leyéndose en los templos de la Arquidiócesis el 24 de junio del mismo año de 1917.

Se juzgó muy mal, por parte de los enemigos, el contenido del documento memorable,y dió ocasión para que se cometieran inumerables atropellos, por ejemplo, la clausura de los templos principales, la prisión de sacerdotes y la apertura de un proceso por sedición contra Monseñor Orozco y todos los sacerdotes que lo leyeron.

Antes de dar a conocer el proceso que se abrió por este motivo, he de consignar las palabras del mismo Mons. Orozco acerca de este asunto: "Afortunadamente, mis palabras de protesta contra la nueva Constitución están estampadas, y, fuera de éllas, nadie puede probar haberme oído otras que haya proferido ni contra las leyes, ni contra las autoridades, ni en materia alguna de política: así ni remotamente habrá fundamento para hacerme decir lo que nunca hubiera pensado. Es de creerse, pues, que la revolución armada, causa la misma excitación de ánimos que la propagación del cólera morbus; en la cual se juzga infestado a todo el que se queja de cualquier dolor del cuerpo".

¡Qué fina ironía empleó Mons. Orozco en el párrafo anterior y con cuánta verdad lo dice!

So pretexto de la conspiración que se atribuye a la Carta pastoral y a sus lectores, el Sr. Gobernador del Estado recibió de la Policía una nota en que se marcaban ocho templos en que se había dado lectura al documento, designando por su nombre a los que la leyeron, y, con esta nota y el texto de la Carta, se consignó el he-

cho al Juez de Distrito de Guadalajara, Lic. Luis Pintado, quien abrió un proceso de sedición contra el Excmo. Sr. Orozco, mandó aprehender a los sacerdotes anotados como lectores y al M. I. Sr. Vicario General, Br. D. Miguel Cano, a título de cómplices del autor de la sedición, y además, se mandó catear las casas de los sacerdotes y los templos señalados en la nota policíaca.

Se acusó a los sacerdotes de haber hecho comentarios a la Pastoral, subversivos a la ley y al gobierno, lo cual, absolutamente falso, los haría, si fuera cierto, no cómplices sino autores o coautores de sedición.

El 16 de julio del propio año se fijó un decreto en las puertas de los templos mencionados, en el cual reprochando injustamente el proceder de los sacerdotes, se decretó el cierre de los mismos, retirándolos del culto público.

Pero volvamos a recoger la personalidad de nuestro V. Prelado a quien hemos dejado en una reclusión de tres meses y medio que juzgó necesaria para esperar que se calmaran los ánimos; el proceso por sedición está abierto; pero él necesita continuar su Visita Pastoral, y en tal virtud, se presenta en Huitzila, y en seguida en Atemanica y el Salvador, comenzando esa Visita el día 12 de junio de 1917.

En la parroquia del Salvador recibió la visita cariñosa y respetuosa de algunos Capitulares, párrocos y sacerdotes. Los días 7, 8, 15, 16, y 22 de julio confirió órdenes, tanto en el Salvador como en Atemanica.

A fines del mes de julio, el Jefe de la Acordada del Salvador, recibió el siguiente oficio de la Comandancia Militar a que está sujeto:

"Un sello algo ilegible": "Ejército Constitucionalista, 2ª División del Noroeste, Batallón de Sonora. Comandancia. Núm. 323. — Tengo

conocimiento que de distintos puntos del Estado, han llegado a esa o con ese rumbo, huyendo de la justicia, varios frailes que conspiran contra el Gobierno legalmente constituído y por temor al castigo consiguiente; he de agradecer a usted que con toda reserva y diligentemente se informe del paradero de los curas de referencia a los cuales aprehenderá y remitirá a ésta a mi disposición. Protesto a Ud. mi atenta consideración. Constitución y Reformas. Magdalena, Jal., Julio 19 de 1917.

El Teniente Coronel J. del B. Carlos T. Robinsón. Al C. Jefe de Acordada. S. Salvador Jal."

En otro oficio se le decía: "En respuesta a su oficio del 26 de julio manifiesto a usted que me extraña mucho me diga usted que no hay en ese lugar ningún sacerdote, puesto que me han informado que estuvo en ésa el Arzobispo Orozco y Jiménez, dando confirmaciones, acompañado de varios sacerdotes, los que vinieron en propaganda revolucionaria. Le advierto que para lo sucesivo no se deje sorprender. Sírvase decirle al Teniente Coronel Flores que violente su venida y que a marchas forzadas se dirija a Magdalena. Por el Coronel L. Esquivel, subteniente Juan Alvarez Chávez".

El día 20 del mencionado julio aparecieron en San Cristóbal de la Barranca cerca de 300 soldados, capitaneados por el Teniente Coronel Flores, quienes se encaminaban al Salvador, según parecía de las medidas que tomaban, y seguramente en persecución de Monseñor; pero en cambio, desorientados, se fueron con rumbo diverso, al Teúl: allí estuvieron sin dar a conocer el objeto de su llegada hasta el 16 de agosto.

Aprehendieron entonces a cuatro sacerdotes, algunos de los cuales fueron conducidos presos hasta Guadalajara.

El mismo Gobernador del Estado y Comandante Militar D. Manuel M. Diéguez apareció el día primero de septiembre en S. Cristóbal de la Barranca sin aparato de fuerzas, pero a los pocos días apareció en el Salvador, sin previo aviso, una fuerza de 100 soldados que regresó al día siguiente a S. Cristóbal.

El General Diéguez anunció a su salida de la Capi-

tal que iba a visitar el octavo cantón, como efectivamente lo hizo, llegando hasta la cabecera que es Colotlán. Se juzgó que se ocupó también del señor Orozco: y se confirma esto porque, entrevistado por una de las principales damas de Guadalajara, cuando emprendía este viaje, le dijo que **ya le llevaría al Arzobispo.**

Después de tres meses completos de haber estado cerrados los templos en que se leyó la Pastoral, fueron entregados por el Jefe de Hacienda del Estado, al M. I. Sr. Deán Dr. D. Manuel Alvarado.

Llegó el año de 1918 y el Excmo. señor tiene que cambiar de rumbo y pasar del norte al oriente del Estado.

Desde fines de 1917, un personaje de la alta sociedad de Guadalajara, residente en México, vino para comunicarle de parte del Vicario General de México, una intimación del señor Presidente de la República para que por razones poderosísimas, saliera del territorio mexicano cuanto antes; pero jamás el Excmo. señor obsequió esa disposición y sólo la coacción lo hubiera conseguido.

En los primeros meses de 1918 fue siempre perseguido por fuerza armada y siguieron expidiéndose órdenes de aprehensión. Sin embargo, pudo celebrar la Semana Santa en San José de Gracia, con asistencia de numeroso clero.

En seguida recorrió las parroquias de Arandas, Ayo el Chico, Degollado, Jesús María, San Julián, S. Juan de los Lagos, en donde celebró misa Pontifical en acción de gracias por la publicación del nuevo Código de Derecho Canónico, y, finalmente, pasó a la parroquia de Lagos, en donde, el día 5 de julio de 1918, a las 10 de la noche, fue hecho prisionero por orden del Gral. Diéguez,

según lo indicó el Jefe de las armas a una comisión que se presentó con él el día 7 del mismo mes en esta ciudad.

Ya la víspera, una comisión formada por las señoras Catalina Palomar de Verea, María García de Cañedo y Guadalupe G. de Quevedo habían pedido al Juez de Distrito, Lic. Zambrano, garantías para la vida de tan Ilustre prisionero, contestándoles el Juez, que él se hacía responsable durante 48 horas, y antes de cumplirse este plazo, fue trasladado el Excmo. señor a Tampico, misteriosamente, entre soldados y maltratos, violándose los amparos judiciales que se interpusieron en su favor; en Tampico le tuvieron preso algunos días; hasta que las hábiles gestiones hechas en su favor por Mons. Bonzano, Delegado Apostólico de los Estados Unidos, dieron por resultado que el Presidente Carranza cediera ante la representación que hizo el Ministro Japonés en Wáshington, quien tenía relaciones oficiales muy íntimas en aquel entonces con el Presidente de México.

Una comisión de damas logró arrancar del Gral. Diéguez la firma del mismo para un mensaje que se pondría al General López de Lara, diciéndole que se le guardara toda clase de consideraciones al prisionero; la contestación al mensaje, recibida el día 19 es como sigue: "Guadalajara, Jal., 19 de julio de 1918. Sra. María García de Cañedo. Ciudad. El Gral. López de Lara, en mensaje fechado ayer en Tampico, Tams., me dice: "Su respetable de ayer. Francisco Orozco y Jiménez a que se refiere encuéntrase en libertad. Desiste del amparo, ofreciéndome salir voluntariamente país lunes próximo, vapor "Monterrey". Lo que inserto a usted para su conocimiento y como resultado de las gestiones hechas sobre el particular, aprovechando la oportunidad para ofrecerme como su afmo. y S. S. Gral. M. M. Diéguez."

Todo mundo sabe que no fue otorgada así la libertad de Monseñor Orozco, quien tuvo que pasar ahí dos días más de prisión que le ocasionaron dolorosos sufrimientos, pasando por la terrible prueba del destierro una vez más.

Así escapó de la muerte que todos juzgaron inminente, o de la deportación a un islote abandonado del Golfo de México.

Como es lógico suponer, el luto de la Arquidiócesis, fue general.

* * *

Siguieron las hábiles gestiones para obtener el libre regreso del Excmo. señor Orozco, quien en el mes de agosto de 1919 volvió a la capital de la República.

El día 22 de septiembre, a las 6 de la tarde, tuvieron una entrevista con el Secretario de Gobierno del Estado, señor Lic. D. Francisco H. Ruiz, con el objeto de gestionar el regreso de Monseñor a esta ciudad, las señoras Palomar de Verea, Rivera de Blanco y Camarena de de la Mora, y el funcionario aludido respondió que ésto era de la competencia del Juez de Distrito.

Esa misma noche pasó la comisión nombrada con el Lic. Norma, quien ofreció fallar muy en breve con toda justicia.

El día 8 de octubre, el señor Lic. D. Manuel F. Chávez, Defensor del Excmo. señor Orozco, obtuvo un señalado triunfo: el C. Juez de Distrito declaró prescrita la acción en el proceso que se le abrió al señor Orozco desde el año de 1914, con motivo de la manifestación en honor de Cristo Rey; sentencia a la que se conformaron, tanto el Agente del Ministerio Público como el C. Gobernador.

Pudo, por lo tanto, Monseñor Orozco, regresar a su Diócesis.

Al siguiente día, martes 14 de octubre, por el tren de México, en la mañana, arribaba a esta ciudad el Excmo. Señor, el exiliado Ilustre, el denodado Defensor de los Derechos de la Iglesia, el que en medio de la soledad levantó su voz, como canto de alondra que parece que viene a despertar la aurora....

Todo mundo se echó a la calle; y numerosos carruajes fueron hasta la Estación de las Juntas.

Guadalajara estaba de fiesta. Fue una apoteosis que coronó al Mártir, los aplausos y los vivas repetíanse con frenesí.

La comitiva era incontenible; acercándose ya a la ciudad, las calles eran impotentes para contener aquel oleaje humano que se embriagaba de entusiasmo.

Monseñor Orozco y Jiménez sonreía...... pero el dolor había abierto un surco en su frente......!

Seis años habían transcurrido desde que se había alejado de su ciudad Arquiepiscopal, y entró como un vencedor a la Santa Iglesia Catedral, cuyas naves fueron testigos de las lágrimas, de la emoción, de los aplausos y de los vivas que se tributaban a aquél que volvía a la paz de su sede, coronado con los laureles inmarcesibles de la Victoria..........

IV

VISITA DE ALTA VIRTUD Y NOBLEZA.

El centinela se pasea tranquilamente frente a la puerta del Cuartel. En su rostro broncíneo se leen las

fatigas de la lucha fraticida, y en más de cien combates su arma vomitó la muerte en los campos de batalla. Dentro, los soldados se entretienen limpiando los cerrojos de sus armas.

De pronto el centinela detiene su marcha acompasada y se coloca junto a la entrada del Cuartel. El motor de un automóvil que se apaga. Descienden dos personajes y se encaminan a la puerta. El centinela da el grito de ordenanza; acuden los soldados de la guardia; toman sus armas y con aire marcial las colocan en su brazo, golpeando uniformemente los talones y formándose en guardia alineada y rígida Unos curiosos se extrañan de los personajes que descienden. Son Mons. Orozco y el caballero D. Ramón Garibay. Hablan con el oficial brevemente y son introducidos al interior del Cuartel, en una de cuyas prisiones está el Gral. D. Manuel M. Diéguez, quien en días pasados, en uno de los cambios de nuestra política versátil, había sido hecho prisionero en la Estación de los Ferrocarriles, de esta ciudad, y conducido a la prisión del cuartel del Carmen, por la calle de S. Francisco al norte, doblando al poniente por la de Juárez, hasta ser encerrado.

¿Qué va a hacer allí Monseñor? Desacato sería pensar que iba a alegrarse de la desventura de su adversario, formidable en otros tiempos.

Algo falto de nobleza sería pensar que iba a reprocharle las muchas órdenes de aprehensión que dictó y la misma persecución personal que él emprendió cuando se dirigió sin aparato de fuerzas, aparentemente hasta Colotlán. No fue tampoco a reprocharle la injuriosa expresión dicha un día por el Gral. Diéguez: "Orozco y Jiménez es un cobarde que se escuda tras de las faldas que me manda".

* * *

El oficial condujo a los visitantes hasta la prisión del Gral Diéguez cuya figura emerge de las sombras; levantóse cuando se acercó el Prelado, quien le tendió la mano a través de las rejas de la prisión; y si en las tinieblas fulguraron los brillantes de su pactoral, el brillante encendido de su caridad hubo de envolver al corazón decepcionado del mílite, quien entonces hubo de reflexionar sobre la inconstancia de las grandezas humanas......

Era una visita de alta virtud y nobleza que el alma grande de Mons. Orozco no podía menos que ejecutar; ya que el cristiano práctico, el Obispo Católico, el noble Prelado, no puede ser como los hombres que recibida la afrenta, no descansan sino hasta que hunden el puñal de la venganza en el pecho enemigo.....

Con serenidad y dulzura salieron las expresiones de consuelo de la boca de Mons.; estuvo conversando con el Gral. Diéguez, fortaleciéndolo en su prisión; y terminó la entrevista con estas breves palabras: "En cuanto a su familia, Sr. Gral. Diéguez, no tenga Ud. pendiente ninguno; yo me encargaré de élla como un padre......"

* * *

El Gral. Diéguez debió recibir en su corazón las palabras de Mons. Orozco como una enseñanza magnífica; las palabras de su Ilustre visitante debieron caer sobre su alma llena de tedio y desengaños como lluvia benéfica; y aquella palabra que siempre iba encendida de amor de Dios, debe haberle abierto horizontes más amplios en el terreno espiritual.

¡Ojalá y cuando el Gral. Diéguez encontró la muer-

te en las montañas de Oaxaca, haya recordado el ejemplo de virtud recibida en aquel día.....!

Voz de mando del Oficial..... Golpe de las manos en las armas de la guardia..... Se enciende un motor y se arranca..... Y el centinela, inicia nuevamente con su paso acompasado, su marcha frente a la puerta del Cuartel.....

V.

TRES AÑOS DE ANGUSTIA.

1926-1929

Sucedióse una época de calma relativa en el pontificado de Mons. Orozco y Jiménez, después de su regreso en 1919.

Inmediatamente comenzó a restaurar las Comunidades Religiosas y el Seminario, Damas Católicas, A. C. J. M., y a preparar la celebración de un Congreso Nacional Obrero que tuvo lugar en 1922.

Los elementos radicales lo vieron con desagrado y lo atacaron por medio de la prensa y hojas sueltas en términos muy duros, dirigiendo amenazas al Exmo. Señor, precisamente en vísperas de su celebración.

Los elementos católicos solicitaron de las autoridades locales las garantías necesarias, así como el Prelado lo había hecho con el C. Presidente de la República, consiguiéndose que nada hicieran en su contra, ya que el Gobierno local tuvo una manifestación de deferencia, como fue colocar una guardia de soldados de caballería en la puerta del local del Congreso, que saludaban respe-

tuosamente al Prelado cuando pasaba y cuidaron el orden.

No haremos mención de la permanencia forzada del Excmo. Señor en los Estados Unidos a donde fue con motivo del Congreso Eucarístico de Chicago; pudo regresar al país inadvertidamente, evitando que se lo impidiera el Gobierno de México, como lo hizo con varios sacerdotes.

¡Soplaban entonces vientos de tormenta para la iglesia de México!.....

El Gral. Plutarco Elías Calles, Presidente de la República tenía una actividad cada día más adversa para los intereses católicos, culminando su criterio filosófico con la publicación de la Ley de Cultos de 16 de junio de 1926.

Era una ley para toda la República, que surtiría sus efectos inmediatos y de un tenor humillante; factores todos que decidieron al Episcopado nacional a tomar una actitud que, aprobada por la Santa Sede, resultó gallarda y admirable, a saber: la suspensión del culto público.

En este asunto, delicado por su naturaleza, quiero mejor transcribir los conceptos del Excmo. Sr. Orozco y Jiménez, que constan en su Memorandum del mes de octubre de 1929, para que se conozca el criterio de Mons.: "El Episcopado, o más bien el Comité Episcopal estuvo reuniéndose con frecuencia, y yo, como miembro permanente del mismo, tuve que hacer varios viajes a la Capital. El criterio que allí se sostuvo al principio fue de cierta condescendencia con el Gobierno; por mi parte estuve por la resistencia, y al final se tomó el acuerdo unánime de suspender el culto público, si lo aprobaba el Santo Padre; obtenida su augusta aprobación, se suspendió en toda la República. Se suplirían las necesidades

del pueblo fiel con el culto privado, aunque hostilizado. A la vez se llevó a cabo el Boycott, en el sentido de no comprarse en el comercio sino lo indispensable y nada a los comerciantes anti-católicos. Se atirantaron las cosas de parte del Gobierno, que comenzó a llevar por la fuerza a los Obispos a la Capital además de tomar otras represalias".

En efecto, la decisión del Comité Episcopal, que juzgó deberían tomar todos los Obispos era: la de mostrarse intransigentes en absoluto usando como medio la suspensión del culto en toda la República desde el día 31 de julio, como se hizo.

Continúa el Excmo. y Revmo. Señor: "El día 24 de Octubre de 1926, se me presentó un sacerdote Jesuíta, enviado de México por el Ilmo. Sr. Díaz, para notificarme de parte del Ministerio de Gobernación, que me presentara en la Capital espontánamente, para no ser llevado por la fuerza; poco antes había sabido de fuente enteramente cierta que habían llegado a Guadalajara cuatro agentes secretos de la Secretaría de Gobernación con instrucciones reservadas respecto de mí. Reuní entonces una junta de consulta, y todos los que la formaban, incluído el P. Jesuíta, que me había traído el recado de México; estuvieron de acuerdo en que no acatara esa intimación, ya que era un atropello, violaba las mismas leyes que se pretendía hacer cumplir y estaba encaminada al mal de la Iglesia. La conducta posterior del Gobierno con los Prelados que se presentaron en México, justificó plenamente mi actitud. La experiencia del tiempo de Carranza me hizo entender que mi negativa significaba el tener que ausentarme de la ciudad episcopal, y vivir condenado por varios años a privaciones, enfermedades y peligros, con el agravante sobre aquellas

fechas, de que pesaban sobre mis espaldas diez años más.
Tomé la resolución de hacerlo así, resignado a lo que viniera; de hecho, en tres años, por más diligencias que hizo el Presidente Calles y los suyos, nunca pudieron dar conmigo"

De esta manera vemos al Excmo. Señor alejarse tristemente de su Sede Episcopal para acogerse a la discreción de 15,000 diocesanos suyos, habitantes de la región en donde se ocultó, desempeñando al mismo tiempo su oficio de Pastor y de Padre.

Prosigue así el Prelado: "Entre tanto, fue tomando incremento el movimiento en varios estados de la República, sobresaliendo el de Jalisco, y en la forma de guerrillas revistió un carácter serio y alarmante para el Gobierno, pues cuando menos el desequilibrio de sus finanzas fue notorio y alarmante y sus quebrantos ruinosos. Ocasiones sin cuenta tuvo el Gobierno en todo tiempo para cerciorarse de las falsedades que los mismos elementos suyos lanzaban contra mí en la prensa, en el sentido de que yo no solamente apoyaba, sino que dirigía personalmente este movimiento; y el "Daily Express" de Londres, después de haber enviado un corresponsal suyo, a pesar de que afirmó que no era cierto, por las averiguaciones hechas, sin embargo, declaraba que tenía yo toda la responsabilidad por mi sola presencia en mi Diócesis, que producía una inquebrantable resistencia de los beligerantes. En unas declaraciones que yo hice en la prensa norteamericana, puse en claro la falta de lógica y de justicia con que se me trataba; declaraciones que transcribió la prensa de México.—Puedo alegar todavía más para confirmar mi dicho; y es que, interrogado el Gral. Piña, Sub-secretario de Guerra en México, sobre si era efectivo que anduviera yo levantado en

armas, como lo afirmaban los periódicos, contestó categóricamente que el Gobierno no tenía datos para poder afirmar aquello..... Se necesitaba, pues, absoluta falta de entendimiento y de lógica para creer que un "lider" tan famoso, como se quiso hacerme, no se hubiera evidenciado, ni siquiera por las huellas que hubiera dejado en tan largo y azaroso tiempo. La verdad es que estuve amparado por el silencio bondadoso y religioso de unos quince mil diocesanos míos, sabedores de todo, quienes vivían dispersos en una región pobre y montañosa, y a quienes bendigo constantemente".

En esta época aciaga es cuando el Excmo. Señor Orozco se libró en muchas ocasiones de ser aprehendido, como sucedió en la Parroquia de S. Cristóbal de la Barranca, en dode materialmente salió entre los soldados que le buscaban.

En este tiempo también fue cuando en fuerza de las privaciones y pobrezas, expuesto a todas las intemperies y lleno de amargura, contrajo una breve enfermedad, a tal punto, que en cierta ocasión habitando una humilde chosa, preso de una fiebre altísima, recitaba en su delirio el himno al Santo Nombre de Jesús, el mismo con que de rodillas y devotamente recibió al Sagrado Viático pocos dias antes de morir:

O Jesu mi dulcíssime,
Spes suspirantis animae!
Te quaerunt piae lacrimae,
Te clamor mentis intimae.

En esta ocasión también fue cuando el furor de los infiernos se desató en forma terrible contra el Sacerdocio Católico, y el martirologio tapatío se enriqueció con los nombres de sacerdotes ilustres que derramaron su

sangre en una persecución de odio refinado, que tal vez no tuvieron los Nerones ni los Diocleciaños.

Todos esos sacerdotes mártires forman un timbre glorioso no sólo para la iglesia de Guadalajara sino para la misma Iglesia Universal.

¡Que estas almas santas purificadas en el martirio, hagan todavía más brillante la corona que ciñe en los cielos el Ilustre Mitrado........!

La relación de este período, la termino, con la siguiente narración de la víctima: "Ya estando él, (el Excmo. Sr. Delegado Apostólico) en la Capital de la República, en oficio particular me insinuaba la conveniencia de que fuera cuanto antes a la misma ciudad con el objeto doble, de que así pronto pudiera reanudarse el culto público y de que tuviera una entrevista con el Sr. Presidente de la República, a fin de desvanecer ciertas prevenciones en mi contra, para regresar tranquilo a mi Diócesis. La segunda parte de esta comunicación, como era natural, me produjo honda desazón, previendo entre líneas, lo que sucedió después. Tan luego como recibí dicha comunicación, rompí el velo de mi escondite, tomé el tren, y llegando a México sin ostentación, después de visitar al Sr. Delegado, presenté al Ministerio de Gobernación la lista de Sacerdotes que deberían de ejercer en mi Diócesis, según las instrucciones que me comunicó el Ilmo. Sr. Ruiz, y que resultaron ser quinientos cincuenta A los dos días, en la fiesta de S. Pedro Apóstol, se abrió solemnemente el culto público en Guadalajara, a la vez que en la Capital. El mismo día tuve la audiencia con el Sr. Presidente Portes Gil, acompañado por indicación mía por los Ilmos. Sres. Delegado Apostólico y Arzobispo de México; tuve yo la palabra durante una hora, haciendo ver que si hasta la fecha, había habido diver-

gencias de criterio sobre la manera de obrar en las relaciones con las autoridades civiles, de ahí en adelante, dadas las nuevas normas de la Santa Sede que yo, al igual de los demás Prelados acataba con todo respeto, esperaba no habría temores de malas inteligencias. Fui oído con excesiva serenidad, o más bien frialdad de parte del Presidente, y como conclusión de todo lo que dije, lo único que él expresó fue, que **estando convenido** que saldría del País, debería abandonar la República, el día que yo quisiera; pero que no fuera a ocultarme. —He aquí la razón de porqué me encuentro en este destierro, que como es natural, yo califico de injusto e ilógico. Dios así lo permite. ¡Bendito sea!"

¡Sí, V. Prelado, es un destierro injusto; pero recordad vuestras palabras dichas en otro tiempo en momentos de prueba: "Pido justicia, siquiera a los lectores, y siento un consuelo al pensar que la justicia es eterna y la victoria de los enemigos de la iglesia no es razón para nadie para desconfiar de aquella; los católicos oprimidos por leyes inicuas no deben olvidar que la osadía humana puede llegar hasta querer pretender cambiar el curso de las estrellas. ¿No es lo mismo atacar la constitución divina de la Iglesia? Por nuestra parte, entre tanto, nos conviene y debemos acercarnos a Dios!"

Y el Excmo. señor, aceptando resignado y con entereza la nueva prueba que los cielos le envían, abordó el tren que con su ruido monótono y sus silbidos que repercutieron en las montañas de la patria que abandonaba una vez más, le llevó al extranjero, en un destierro, como él lo calificó después: **injusto e ilógico.**

* * *

Por el mes de abril de 1930, un buen día, la ciudad

de Guadalajara se despertó con la agradable sorpresa de tener consigo a su invicto Prelado, quien luego se dedicó a la reorganización de las obras católicas, con el dinamismo que le era peculiar.

Cuando se presentó en público, los hijos vimos, con tristeza, que había empezado a caer la nieve de los años sobre su cabeza venerable..........!

VI

AL OSTRACISMO EN AVION.

¡Los calendarios marcaban el día 24 de enero de 1932!

Día de agobiamiento y de tristeza para Monseñor.

No obstante los sentimientos íntimos que dominaron su corazón desde el primer momento de ese día, a las 6.30 horas, revestido con sus ornamentos Pontificales y desplegándose toda la solemnidad de la liturgia católica en la Santa Iglesia Catedral, confirió Ordenes Sagrados.

Después, las horas matutinas del trabajo oficial. Al medio día, confirmaciones en número excesivo en la Santa Iglesia Catedral, debido a la alarma que duraba ya varias semanas, sobre que se suspenderían los cultos públicos en la República. Después, comida sencilla en la casa de un neo-sacerdote.

Por la tarde, absolutamente solo, se dedicó a ver sus asuntos personales. A las 6.30 p. m., con sumo desgano salió Monseñor para ir a dar la bendición con el Santísimo en la iglesia de Nuestra Sra. de la Paz.

Inició su marcha el coche por la calle de Av. Corona

hacia el norte y al doblar al poniente por la de Madero, alguien detuvo el auto y a renglón seguido, tres individuos abrieron la puerta y se introdujeron, otro mandó al P. Maurilio Estrada que pasara del asiento del chofer al del Prelado, para sentarse el nuevo ocupante, quien dispuso al del volante que tomara las direcciones que le ordenaba; de esta manera se emprendió una caminata de seis kilómetros hasta llegar al campo de aviación.

¿A qué se debe esta captura de Monseñor Orozco?

Desde hacía algunas semanas se tenía aviso, de personas que no faltan, que algo se iba a atentar en contra del Prelado; pero cansado él de esas noticias, le causaban enfado y continuaba siempre adelante, sin temores de ningún género.

Ciertamente las cosas religiosas, en la política de aquel entonces, iban tomando un aspecto grave y rumorábanse mil cosas entre las gentes. Como siempre, era la oportunidad para lanzar sobre el Excmo. Sr. Orozco las calumnias de ser instigador de grupos levantados en armas contra el Gobierno.

Las autoridades militares de México en combinación con las de la ciudad de Guadalajara habían tramado la muerte de Monseñor, y el C. Presidente de la República D. Pascual Ortíz Rubio, queriendo salvarlo de este desastre, dispuso que en un avión "Douglas", piloteado por el Coronel Gustavo León, fuera desterrado de la República.

Todo mundo ignoraba el detalle de la aprehensión efectuada; pero cuando se notó su desaparición, como después de una hora, empezaron a hacerse las investigaciones del caso por toda la ciudad: timbraron todos los teléfonos de los templos, de las casas que solía visitar,

se pidieron informes por todos lados, resultando una búsqueda infructuosa.

Es de suponerse la amargura que embargó a todos los sacerdotes que conocieron el acontecimiento, así como a todos los fieles que estaban al tanto de la desaparición del Excmo. señor, sabiéndose hasta el siguiente día, que lo habían llevado al hangar y lo habían deportado.

En efecto, el Coronel Adalberto Torres Estrada, quien fue el comisionado por el C. Presidente de la República para ejecutar la deportación, llegó el mismo día 24 a las 10 de la mañana al campo militar. Inmediatamente se comunicó con el Gral. Andrés Figueroa, Jefe de la Zona Militar y con los Generales Bobadilla e Izaguirre, tratando inmediatamente sobre la manera cómo capturarían al Excmo. señor; el Coronel Torres quería que se verificara pacíficamente, en el palacio episcopal; pero los otros lo disuadieron, asegurándole que en el palacio episcopal había constantemente una docena de jóvenes armados, y que el mismo Prelado portaba siempre una pistola Thompson........ Apenas puede explicarse el desconocimiento total del carácter de un Prelado por parte de sus enemigos........

En el campo de aviación, el Excmo. Señor fue despojado de todos los objetos que llevaba: unos pañuelos, cigarros y cerillos, como $3.50; luego, al tocarle el pecho, sintieron algo duro que no era más que la pluma fuente; el Coronel Torres le aseguró que era católico, que había sido seminarista en Morelia y otras muchas confidencias.

El Excmo. Señor, a pesar del momento crítico en que se encontraba les dijo, cuando le comunicaron que iba a ser deportado al siguiente día: "Mejor prefiero

que me quiten la vida y no me arranquen de mis hijos, condenándome al destierro, que viene a ser como una muerte lenta; fíjense en la excomunión lanzada por la iglesia en estos casos; por mi parte les perdono a todos"…….

La noche la pasó el Excmo. señor en un pequeño cuarto que hay en el campo de aviación, acompañado de su familiar y el chofer; su cama, naturalmente, era el suelo; se le permitió comprar dos velas de parafina que ardieron una después de la otra toda la noche. De alimentos, nada.

La ciudad tapatía durmió tranquilamente mientras su Pastor y Prelado se encontraba en una pequeña pieza, preso de la angustia más terrible.

Llegó una patrulla de soldados que hicieron sus maniobras, y después se echaron a dormir, reanudándose la guardia de dos en dos, a los lados de la puerta, cuidando al Ilustre Reo……..

Rayó la aurora del día 25. Al amanecer le dispusieron que saliera, y le acompañaron algunos de éllos al aereoplano, cuyo motor trepidaba…… Eran las 6.30 horas; le proporcionaron un limón y le dijeron que no se impresionara por las sacudidas del aereoplano de cuando en cuando.

El Excmo. señor dice en su relación: "En mis adentros le ofrecí mi vida a Dios Nuestro Señor y entonces dí por seguro que me la iban a quitar. Puedo así asegurar que Dios me dió valor, y ni por un momento perdí la calma, ni me infundieron miedo."

Corrió el avión por el suelo como ave herida, y después de algunos metros de carrera se arrancó del suelo suavemente y describiendo un medio círculo, y elevándose al mismo tiempo como a 300 metros, rasgó el azul

purísimo del cielo de esta perla tapatía, y enfiló su proa para las tierras del norte, llevando al ostracismo a un Prelado invicto e inocente........

Como una cinta cinematográfica fue observando el Excmo. señor cómo pasó por la Capilla de Nuestra Sra. de Guadalupe, de la Estación de las Juntas, que en breve iba a inaugurar al culto público; dejó atrás la ciudad semi-dormida, destacándose sobre el horizonte matutino las agujas blancas y marfilinas de su Catedral; advirtió las tierras casi azules de los magueyales del Arenal, Amatitán y Tequila; un punto hacia la izquierda le señaló la parroquia de Magdalena, y otro la de Hostotipaquillo; vió la hondonada negra del Plan de Barrancas, límite de su Arquidiócesis y entró a las tierras nayaritas, y contempló las calles alineadas de Tepic, y pudo admirar el paisaje soberbio del Pacífico que se tendía bajo las alas del avión, el cual siguió la vía del Sud Pacífico, que pareció al Prelado una línea negra, interminable, que le llevaba al destierro........

Aterrizó en Mazatlán a las 9 horas, más o menos, y y después de proveerse de combustible, a las dos horas se elevó nuevamente, teniendo oportunidad de admirar paisajes primorosos de las extensas siembras de caña, de hortalizas y demás, descubriéndose los canales y los ríos y los pardos caseríos; a las dos y media de la tarde aterrizó en Mochis; tomado el combustible volvió a elevarse, pero vientos contrarios que soplaban hizo elevarlo a una altura en que el Prelado sintió frío, a pesar de ir encerrados todo el tiempo. A las 5.30 p. m. se dió por terminada la excursión aérea en Hermosillo, habiendo sido tratado con cortesía de parte de sus compañeros de viaje.

El Excmo. señor dió las gracias a los pilotos y les

pidió escusas de no poderles gratificar de alguna manera o de darles un recuerdo, debido a las circunstancias en que se encontraba.

Quedaron solos Monseñor y el Coronel Torres con quien lo condujo a un cuartel mientras llegaba la hora del tren: el Jefe del cuartel designaba una pocilga para Monseñor, pero imponiéndose el Coronel Torres con órdenes de la Presidencia, le trataron de mejor manera y le señalaron una pieza decente: al pasar por el patio, los soldados limpiaban sus armas, y al ver entrar al Prelado con su hábito talar, su cruz pectoral y su capa, se levantaron todos, lleváronse la mano a la frente, le saludaron militarmente y otros se incaban, los más, para recibir la bendición Pastoral.

Esa noche el tren fué reforzado con una guardia más numerosa, porque el Prelado había preguntado a qué distancia se encontraba la Estación "Magdalena", lo cual sirvió para que el Jefe diera órdenes de que al llegar a la Estación, se disparara sobre cualquier grupo que se encontrara allí.

Llegó a Nogales el día 26 a las 6 de la mañana y después del desayuno cruzó la frontera y se internó en el país de su destierro. Antes de despedirse, el Coronel Torres se arrodilló delante del Prelado, lo cual hizo delante de todos los que allí estaban, para recibir la bendición, indicándole el Prelado que bien la necesitaba por los muchos peligros en que se encontraba; le besó la mano, él le dió las gracias y un retrato de los que acababa de sacar, con una carta que le escribió al Presidente de la República dándole las gracias por el buen tratamiento que había recibido por órden suya.

Todavía el caballeroso Prelado preguntó cuánto se debía por el viaje y como el Coronel Torres le asegurara

que lo había hecho por cuenta del Gobierno, no quedó ningún pendiente de conciencia en Mons.

La tarjeta que llevaba era de Turista, y hacía un viaje de estudio, según lo decía el Gobierno de la República.

Empezaron a hacerse gestiones para su regreso, lo cual no fue de resultado alguno satisfactorio. Mons. andando los meses fue a Europa; asistió a las solemnidades Guadalupanas en la Basílica de S. Pedro; volvió a los Estados Unidos; se enfermó de bastante cuidado y se encamó por varias semanas o meses en el Hospital Columbus de Chicago; pero su residencia principal fue la ciudad de Los Angeles, Calif.

* * *

Sus años aumentaban; sus enfermedades se agravaban; los sentimientos de cariño para sus hijos, jamás fueron menguados por el destierro, sino que los acrescentaba con las penas; por esto decidióse un día a entrar inadvertidamente a la República, para lo cual tomó todas las precauciones del caso.

Fueron horas de angustia para los que estaban al tanto de su regreso.

Cruzó la frontera; tomó el gabinete de un Pullman, y como sus enfermedades le habían hinchado su rostro, aparecía como robusto, de mucha sangre y el camarero del Pullman decía, según contaba Mons.: **"ese gringo nunca sale del gabinete".**

Llegó a Guadalajara, casi sin advertirlo nadie; llegó a su casa de la Av. Corona, después fue a S. Pedro, en donde estableció su residencia, como si nada pasara. Era el mes de agosto de 1934.

¡Cuánto hace en el hombre la confianza que depósita en Dios!

Sociable como siempre y cariñoso, empezó a visitar a sus sacerdotes y demás amistades; a muchos invitaba a comer y poco a poco se fué dando cuenta la sociedad de que el Prelado estaba en su Sede.

Así fueron naciendo la tranquilidad en los corazones y la confianza en días mejores. Pero entre tanto, su corazón de Padre iba latiendo ya muy difícilmente, vigorizando con deficiencia un organismo que había sufrido mucho........

La frente de Mons. Orozco y Jiménez tenía ya muchas arrugas que le abrió el dolor.....

VII.

JUSTICIA FRENTE A LA MUERTE.

Comenzó una vida de cierta tranquilidad pero siempre con zozobras; buscando el disfraz más conveniente, la hora más oportuna para salir, el lugar más seguro para sus funciones episcopales; todo lo cual daba idea de que no se tenía ninguna seguridad para que pudiera vivir con calma, como lo requerían sus enfermedades.

Iniciáronse actividades rebeldes en algunas partes de la República en contra del Gobierno, y con ésto se tiene ya la oportunidad para lanzar nuevos cargos en contra de Monseñor Orozco.

Empiezan los rumores de que se trata de perjudicarlo, de aprehenderlo, y en fuentes bien informadas, súpose que se trataba aún de asesinarlo.

El Excmo. Señor Garibi Rivera empleó siempre los recursos más persuasivos para inducir a Mons. a que guardara más reclusión, más aislamiento, con el objeto de evitarle un atropello de fatales consecuencias.

Los rumores fueron creciendo de día en día: díjose que se iba a practicar un cateo en su residencia de S. Pedro Tlaquepaque, y el Excmo. Señor, como medio prudencial salió y buscó refugio en otra parte.

Los acontecimientos no se hicieron esperar. El día 29 de octubre de 1935, a las 8 de la noche, más o menos, llegó una fuerza de cien soldados federales que pusieron sitio a la manzana en que está ubicada la residencia y tomaron las alturas, subiendo a las torres del Santuario de Nuestra Sra. de la Soledad.

Esta fuerza no se sintió segura y pidió un refuerzo a la Jefatura de Operaciones llegando poco después cincuenta hombres más; una vez reforzados de esta manera, catearon la casa contigua, de D. Federico Paulsen, de donde sacaron dos escopetas que se empleaban siempre en la caza.

Ya en la Quinta de Monseñor, registraron todos los rincones buscando subterráneos, donde, según éllos, se encontraban las armas y el parque; al no encontrar nada sospechoso, levantaron el sitio al filo de la media noche.

Este hecho reveló a las claras que había una inquina nuevamente en contra de Mons., y el Excmo. Señor Garibi Rivera concibió la idea de publicar una Carta Abierta al C. Presidente de la República, Gral. Lázaro Cárdenas, en la cual, entre otras cosas, decía lo siguiente: "que se impartan garantías al Excmo. y Revmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Francisco Orozco y Jiménez, a las que

tiene derecho todo ciudadano; Ud. recordará, Sr. Presidente, que hace unos meses el mismo Excmo. y Revmo. Sr. se dirigió a Ud. exponiendo que estaba de nuevo en Guadalajara, (de donde no ha salido desde su regreso al país, dígase lo que se quiera en contrario) y pidiendo garantías; no expresó la Sría. de Gobernación que hubiera inconveniente en que se le impartieran esas garantías, y sin embargo, en los últimos días se trata de proceder en contra de él con lujo de fuerza; repito, Sr. Presidente, que estoy en la mejor disposición de demostrar su inocencia y estoy seguro de que se podrá desvenecer cualquier cargo que se le haga en el sentido indicado".

Esta carta que se publicó profusamente, provocó la contestación del C. Presidente de la República a una comunicación que Monseñor Orozco le había dirigido en el mes de junio, demandándole garantías.

En efecto, con fecha 12 de noviembre del dicho año de 1935, la Secretaría particular del Presidente de la República envió a Mons. Orozco un oficio que en su parte conducente dice así: "El C. Presidente de la República me encarga decir a usted que tomando en consideración el contenido de su última nota dirigida a él, con la que se sirve manifestarle que no hace usted ninguna labor de agitación ni de carácter subversivo en contra de las Instituciones de la República, ya libró órdenes a la Secretaría de Gobernación para que se le impartan a usted garantías en Guadalajara o en cualquier otro lugar del País en que quiera residir. — INSTITUCIONES Y REFORMAS. — México, D. F., noviembre 12 de 1935. — El Secretario Particular. Lic. Luis I. Rodríguez".

Tres meses después de la fecha en que se firmó el documento anterior, Mons. Orozco se encontraba en el

lecho del dolor, sufriendo la enfermedad que le llevó al sepulcro.

Sólo ante la muerte se le administró justicia, no total, puesto que al recibir las garantías consignadas, las autoridades inferiores no quisieron registrarlo para oficiar públicamente en su Arquidiócesis, aunque, a decir verdad, se guardó disimulo en su favor.

Le vimos nuevamente en público: en la Catedral; en el Santuario de Guadalupe, en donde se le anudó la garganta leyendo el acto de Consagración al Sacratísimo Corazón de Jesús; vímosle también en el Santuario de Nuestra Sra. de Zapopan, casi desfallecerse, el día 18 de enero; pero donde quiera que se presentaba era recibido con marcadas muestras de regocijo de parte de los fieles.

* * *

El día 18 de febrero de 1936, después de recibir la visita de la Imagen de Nuestra Sra. de Zapopan; después de haber recibido con singular devoción el Sagrado Viático, y los demás auxilios de nuestra santa religión, conforme al ceremonial episcopal, entregó plácidamente su alma al Señor.....

VIII.

POST MORTEM.

Con el capítulo anterior hubiera terminado mi cometido: de referir a grandes rasgos las glorias de Mons. Orozco y Jiménez, al ser perseguido, y ya hubiera hecho resaltar su triunfo moral para el perseguido.

Mas después de muerto, las autoridades inferiores se rehusaron a permitir el embalsamamiento del cadáver, su traslación a la Catedral, y el sepelio después de las 48 horas prescriptas en el ceremonial, alegando que el permiso lo tenía que dar la Secretaría de Gobernación, cuando todo podía haberse permitido, conforme a la ley.

Todos pensamos entonces que aún después de muerto se le persiguió. Era un hecho que no podía negarse; pero también fue un hecho que después de muerto triunfó............

La prensa publicó el texto del mensaje de la Secretaría de Gobernación al Excmo. Sr. Garibi Rivera, concediendo la autorización que era necesaria para la traslación del cadáver al Sagrario Metropolitano y despues a la Catedral para la celebración de sus honras fúnebres.

El Prelado que había amado intensamente a su iglesia no podía irse a la tumba sin antes despedirse de su esposa carísima; sin antes, yerto en los brazos de la iglesia, recibir el homenaje tristísimo de su clero y de sus fieles......

Todavía durante la celebración de las honras fúnebres llegó un recado: que se apresuraran las ceremonias porque el orden no se podía guardar en las plazuelas y en las calles........

La ceremonia augusta y grave terminó a su tiempo; se ordenó el cortejo; y entre aquel oleaje de cabezas humanas, como dice Alfonso Junco, "ondeaba el féretro como una bandera"........

Todavía más: antes de entrar el féretro a la cripta. un Agente del Consejo Superior de Salubridad tenía que hacer lo que no han hecho con ningún otro: cercio-

rarse de si los restos de Monseñor Orozco iban en aquel féretro, y la caja gris plata, se abrió......

Podemos decir que solamente después de que las rejas de la cripta se cerraron para mucho tiempo, se aplacó la saña de los perseguidores del **Arzobispo Mártir.**

Pbro. Benjamín Ruelas y Sánchez.

3

Mons. Orozco y el Clero

Al tratar punto de tanta significación en la vida del llorado Prelado, deberíamos dedicar dos párrafos a esta materia: el uno sobre el empeño y celo que desplegó para formar buen clero para su Diócesis; el otro sobre sus relaciones con los ya ordenados sacerdotes.

Tiene el primero tal significación en su vida episcopal, que no dudaríamos, si entre todas las actividades del preclaro Arzobispo se quisiera buscar una que fuera como característica de su vida, señalar como tal su genio emprendedor para formar su Clero: bastaría para confirmar nuestro dicho el haber dejado fundadas a su muerte 14 becas en el Colegio Pío Latino Americano de Roma (amén de otra para la Diócesis de Zamora y otra para la de Chiapas); haber llegado a tener de una vez 45 alumnos en el citado Colegio; haber desarrollado su Seminario al llegar a Guadalajara; destruído una vez en 1914, haberlo restablecido en 1918, mientras andaba por

las montañas; destruído de nuevo en 1924, haberlo abierto de nuevo; asaltado por tercera vez a mano armada y dispersado, continuar con él en medio de la persecución en 1925 y 1926 y después trasladar buena parte a España, a Roma otra y organizar la otra en medio de grandísimo peligro, logrando al morir dejar un Seminario que ha merecido alabanza y aplauso de los Superiores del Colegio Pío Latino Americano, por la formación con que se han presentado sus seminaristas.

Pero este punto deberá ser tratado por otro de los articulistas de esta Corona Fúnebre y así nos concretamos a tratar sus relaciones para con el clero.

Si el Obispo es padre y pastor de todos los fieles de su Diócesis, lo es muy en especial de sus sacerdotes y así hay vínculos muy estrechos que los unen, ya que uno y otros son trabajadores de la misma viña y procuran el mismo fin, salvar las almas para Cristo. Nadie podrá negar que el Excmo. Sr. Orozco fue un hombre dominado por una idea, enloquecido con una locura, la locura santa de Cristo y el triunfo de la causa cristiana; por tal motivo, como consecuencia lógica, hallaremos en él un grande cariño para sus sacerdotes.

Durante el episcopado del Excmo. y Revmo.. Sr. Orozco hubo otro título importantísimo para estrechar sus vínculos con sus sacerdotes: pocos obispos, si no es remontándonos a los tiempos primeros de la Iglesia, hallamos con un episcopado tan borrascoso como el del Excmo. Sr. Orozco: la lucha contra el catolicismo en nuestra Patria fue enconada, y al levantarse poderosa la borrasca contra la Iglesia, claro que los tiros más certeros debían ser en contra de los Obispos y del clero en general, y este odio que se tuvo al sacerdocio, esta serie

de calumnias, cárceles, ofensas de toda clase en contra de él, hasta quitar la vida a más de 20 eclesiásticos de la Arquidiócesis de Guadalajara, y si no al Prelado sólo por una Providencia muy marcada que salvó de tantos peligros, aún cuando se llegó a poner a precio su cabeza, todas estas persecuciones, decimos, no hicieron sino estrechar los lazos de unión de los perseguidores.

Al decir que el Excmo. Sr. Orozco estuvo unido con su clero, no vaya a creerse que él, olvidándose de su carácter de jefe de la Iglesia de Guadalajara, haya perdido en nada su autoridad: fue esencialmente un hombre de energías, por más que las revistieran con la más suave forma: "in fide et lenitate" fue su gobierno: supo imponerse, aunque unía su carácter enérgico con afabilidad, con cariño, pero siendo siempre él quien marcaba los derroteros a sus sacerdotes, sin permitir que se le arrastrara por otra senda, distinta de la que se había trazado en su anhelo de hacer el bien. Omitiendo muchísimos hechos a este respecto, me concretaré a citar la entereza con que sostuvo su criterio en lo referente al Seminario.

Nadie ignora que nuestro Seminario tenía tal o cual modalidad tradicional, que se había producido por las circunstancias mismas del ambiente en México, pero estaban algún tanto separados de la norma que había marcado el Sto. Concilio de Trento; como por ejemplo, el ser el Seminario un colegio abierto para toda clase de alumnos y para quienes pretendían seguir tales o cuales carreras prfoanas, cuando el Tridentino quiere que el Seminario sea esencialmente un colegio de preparación para formar a los futuros sacerdotes. Ya el Excmo. Sr. Ortíz durante su pontificado, ayudado eficazmente por

el nunca bien llorado Rector del Seminario, más tarde Obispo de Zacatecas y de S. Luis Potosí Dr. D. Miguel M. de la Mora y por algunas otras personas emprendió la reforma de su Seminario; pero como toda reforma debía hallar, como de hecho halló, fuerte oposición, al grado de que al morir el Excmo. Sr. Ortiz se vieron en Guadalajara los tristes sucesos que todos recordamos, como consecuencia del esfuerzo de esa oposición por desbaratar la obra de reforma indicada.

Apenas llegó el Excmo. Sr. Orozco como Arzobispo a Guadalajara, los elementos descontentos por tales reformas se aprestaron a acercarse al nuevo Prelado, esperando hallar apoyo para desbaratar lo ya realizado y para impedir que siguiera adelante dicho plan; motivo había para creer que Mons. Orozco se prestaría a la realización de los deseos de estos señores, por demás muy respetables al ver su grande amabilidad. Escuchó atentamente las primeras indicaciones, y por toda respuesta expresó a la Comisión que le hablaba que iba a pensar las indicaciones que le hacían: pasaron algunos días, y como el Prelado no daba muestras de hacer lo que se le había pedido ni contestaba cosa alguna sobre el particular, volvió la Comisión a interrogarle sobre sus designios: Mons. Orozco, informado de los fines de la citada Comisión, contestó con toda energía: "he dicho que voy a pensarlo, y yo sabré cuanto tiempo: la Comisión ha cumplido exponiéndome su parecer, lo demás a mí me toca". Con ésto quedó definida su actitud.

Pudiera parecer que con tales muestras de energía que manifestó desde el principio de su episcopado en Guadalajara se originara algún distanciamiento entre el Prelado y su Clero; pero nada de ésto, tras de la ener-

gía en el fondo de su gobierno, se seguía aquella afabilidad para recibir a todos sus sacerdotes, aún a los más humildes; el empeño en consolarlos en todas sus penas: la generosidad con que los socorría en sus necesidades materiales; la prontitud con que perdonaba cualquier desliz, cuando notaba arrepentimiento, y aún la facilidad con que oía cualquiera palabra que para sincerarse le dirigía algún sacerdote, y que le era bastante para desvanecer un cargo en contra de alguno. ¡Cuántas veces lo oímos, tras de alguna acusación contra algún sacerdote, que dijera: "no es verdadera tal cosa, el P. X. o hay que dar crédito a la palabra del sacerdote"! Pudiera quizá alguno tacharle de ingenuo a quien tal dice, pero el P. Z. me ha venido a hablar con toda sinceridad, y no hay que olvidar que el Superior muchas, muchísimas veces se ha de manifestar satisfecho, pareciendo que ignora las faltas de los inferiores, con tal de conseguir una reforma. Es mejor gobierno corregir perdonando, que castigar siempre a los culpables.

Con todas estas cosas los sacerdotes lo veían en realidad como a un padre, que si alguna vez es enérgico, algunas veces reprehende, lo hace guiado por el amor hacia sus hijos y deseoso del bien de los mismos hijos y de cumplir con un deber sagrado. Obsequioso por naturaleza, ya que en él era una verdadera pasión el hacer regalos a cuantas personas se le acercaban, no es extraño que al darse cuenta de las necesidades de sus sacerdotes, hiciera aún sacrificios para ayudarlos; citaremos sólo un hecho: debido a una prolongada enfermedad de un Sr. Capitular y dada la penuria de la Iglesia en los últimos años, estaba éste en la más grande pobreza, al grado que no tenía ya elementos para pagar al

médico y comprar las medicinas; lo sabe el Excmo. Sr. Orozco y va, abre la caja donde guarda sus ahorros y regalos que le habían hecho por actos ministeriales que personalmente había ejecutado, y bacía el contenido de aquella bolsa para que se lleve ese dinero al Sr. Capitular enfermo. Ya se puede imaginar el efecto que produciría ésto.

Bien se daba cuenta el Prelado del afecto con que le veían sus hijos los sacerdotes, y así, en los momentos de la persecución siempre iba a buscar amparo con sus sacerdotes, y, a Dios Gracias, jamás se equivocó, hallando siempre en ellos cariño, respeto, abnegación y sacrificio para ayudarlo en medio de los más grandes peligros; consecuencia, también mayor amor y gratitud del Prelado para sus sacerdotes. No citaré sino a sacerdotes ya muertos: el P. D. Amado López lo recibe en nov. de 1916 en su casa de Aguascalientes con todo cuidado y solicitud, le insinúa cuál será su mejor itinerario para introducirse en su Diócesis para ejercitar su ministerio y él mismo va a acompañarlo hasta Calvillo, sin que amedrente ni al Prelado ni a su acompañante el presenciar a su paso la traslación de los cuerpos de unos pobres arrieros que habían sido asaltados, robados y asesinados el día anterior por el camino que ellos mismos seguían: un ángel de Guarda fue para él el señor Cura Cristóbal Magallanes, mientras anduvo en aquellas serranías del Norte y Noroeste de la Diócesis, como lo fue mas tarde cerca de Atotonilco el señor Jiménez, en Tepatitlán el señor Ramírez, en Jalostotitlán el señor Rodríguez, en San Juan de los Lagos el señor Ornelas y así otros muchos.

Cuando tenía el Excmo. Sr. Orozco algún descanso

en medio de las persecuciones que caracterizaron su Episcopado, y muchas veces en los momentos mismos de la persecución, su mayor satisfacción era reunirse con sus sacerdotes, conversar con ellos, comer con ellos, pasear en su compañía; cuantos lo fueron a visitar a los diversos lugares de sus escondites, ya en los años de 1916 a 1918, ya en 1924, ya en los tres años cruentos de 1926 a 1929 lo recordarán, sintiendo verdadera satisfacción de haber ido por haber proporcionado al buen padre unos momentos de contento ¿Para qué decir nada del último penosísimo período de su vida? El día 4 de octubre de 1935 celebró con grandísima satisfacción su Santo, en medio de los suyos, comiendo en su mesa 4 Obispos y 36 sacerdotes, por más que al siguiente día tuvo que ocultarse violentamente, porque se le perseguía con mayor encono.

Bien sabe el Obispo católico que lo más importante para su clero es la conservación del espíritu sacerdotal y así el Excmo. Sr. Orozco era celosísimo de ello, procurando con cuidado que sus sacerdotes practicaran los ejercicios espirituales, y cuando los hacían tenía empeño en ir él a celebrar la Sta. Misa y a estar en medio de los suyos en esos días de retiro y recogimiento; pero hablará por todos un hecho a este respeto.

Era el año de 1916, el mes de diciembre, cuando el Excmo. Sr. Orozco llegó a visitar la parroquia de S. Juan Bautista del Teúl, a pesar de que algunos elementos anticatólicos del lugar habían asegurado que no permitirían que el Arzobispo fuera a esa población; antes del tiempo anunciado, a fin de evitar cualquier exceso y cuando menos se pensaba, entró a la población; los enemigos inmediatamente destacaron a un individuo de

apellido Cervantes para que viniera a Guadalajara a denunciar el hecho al Gral Diéguez, Jefe entonces de las armas en ésta, y no hallándose el Gral. en la ciudad, sino en Chapala, hasta allá fue el dicho Cervantes a comunicarle lo que pasaba. Cervantes volvió al Teúl después de su delación, y al siguiente día cayó enfermo de tifoidea, se auxilió recibiendo los Stos. Sacramentos y a los pocos días murió. El Gral. Diéguez disgustado destacó luego una fuerza para que fuera a perseguir al Excmo. Sr. Orozco a la dicha población del Teúl: afortunadamente tuvo conocimiento de todo oportunamente el Sr. Vicario Gral. Dr. Alvarado, quien envió un propio al Excmo. Sr. Orozco noticiándole el peligro que había, y cuando el propio llegó al Teúl, lo halló tranquilamente dirigiendo él personalmente una tanda de ejercicios para sacerdotes; recibió serenamente la noticia, sin querer interrumpir los ejercicios que dió hasta su terminación, y al siguiente día de terminados, salió el Prelado de manera furtiva para Apozolco, sin que nadie supiera para donde había salido, perdiendo de esta manera la pista los soldados de Diéguez que llegaron antes de 24 horas después de su partida. Esta misma tropa fue la que siguió adelante, llegando a Monte Escobedo, Est. de Zacatecas y aprehendiendo allí al Excmo. Sr. Obispo de la Mora en los primeros días de enero de 1917.

Para sus sacerdotes perseguidos era un sostén y un aliento: muchas veces y de distintas maneras procuraron los enemigos de la Iglesia alejar a algún sacerdote de determinada población, y se valían de influencias y promesas ante el Excmo. Sr. Orozco, no hallando en todos esos casos sino una resistencia inconmovible en el valiente Prelado. En los primeros años de su Pontifi-

cado premió con una canongía al Sr. Retolaza, el párroco calumniado, perseguido y encarcelado en Lagos; inútiles resultaron todos los esfuerzos encaminados a remover al párroco de Arandas que no les agradaba por el grande ascendiente que tenía en la parroquia, y así de algunos otros.

Y cuando la inquina y el odio llegó hasta el asesinato de sacerdotes, como sucedió con el P. Crescenciano Aguilar en la vía entre la Capilla y El Castillo, buen cuidado tuvo el Prelado de que se arreglara convenientemente su sepulcro y que se conservara una grata memoria del humilde sacerdote que dió su vida por el cumplimiento de su deber. Apenas salidos de aquellos tres años de persecución y de sangre, el Excmo. Sr. Orozco fue el más empeñado en honrar la memoria de los sacerdotes muertos en testimonio de su fe, y se preocupó en seguida por nombrar los tribunales para que fueran desarrollando los trabajos que competen al Ordinario en preparación de las causas de Beatificación de los mismos, comenzando desde el P. David Galván, muerto en 1913 hasta los que murieron en 1929.

Es natural que también la serie de injusticias que contra él se cometieron y las persecuciones de que fue objeto con santa intrepidez de su parte, lo revistieron en concepto y ante su Clero de una especie de aureola de martirio: por éso el amor de los sacerdots hacia el Prelado fue tan grande, y la desolación que en toda la extensión de la Diócesis causó su enfermedad, era producida en gran parte por el sentimiento que experimentaban todos sus sacerdotes y que sabían comunicar a los pueblos, aparte del cariño que los fieles todos tenían a su padre.

Tuvo el consuelo de los buenos padres, que sus hijos se rodearan de su lecho para pedirle la bendición, y al saber los ausentes que moribundo ya alzó su mano para bendecirlos a todos, no hubo entre sus sacerdotes quien no sintiera correr las lágrimas por sus mejillas.

Su muerte fue motivo de general duelo, y se vió el grande número de sacerdotes de toda la Diócesis que corrió a presenciar esa manifestación de amor de los hijos a un tan cariñoso padre; y fueron los sacerdotes quienes se disputaron la satisfacción de hacer guardia ante el cadáver y llevarlo en hombros hasta depositar sus restos benditos en la tumba. Todos celebraron la Sta. Misa con lágrimas por el descanso del buen Padre y su memoria vive y vivirá en el corazón de sus sacerdotes que jamás dejarán de dar gracias a Dios por haberles concedido un tal Prelado, que fue para muchos el medio de que la Providencia se valió para formarlos, y que fue para todos un verdadero padre.

Sobre su tumba rodarán lágrimas y desde allí se alzarán plegarias al cielo y por muchos años desde todos los ámbitos de la Arquidiócesis de Guadalajara repercutirá la grave voz del sacerdote que dice: Descanse en paz el alma de nuestro Prelado el Excmo. Sr. Orozco y Jiménez.

† **José Garibi Rivera,**
Arzobispo de Guadalajara.

4

Mons. Orozco y su Seminario

El Seminario de Guadalajara, bajo el prudente y suave gobierno del Excmo. Sr. De la Mora, indudablemente que había llegado a una grande altura tanto en letras como en disciplina y piedad, siendo uno de los más numerosos y mejor montados de la República.

El Excmo. Sr. Orozco, magnífico Protector de las Letras y buenas Artes, no perdonó sacrificio ni escatimó gasto alguno para levantar aun más el nivel de ilustración y buena formación de su clero: su lema, respecto de sus sacerdotes, parecía ser éste: "Muchos y buenos". De entre los alumnos del Seminario, durante todo su gobierno, hizo escoger siempre los mejores para mandarlos oportunamente a Roma, a fin de que prosiguieran y terminaran sus estudios eclesiásticos a los pies de la Cátedra misma de la Verdad, bajo la mirada del Sucesor de

Pedro: el Pontificio Colegio Pío Latino American contó desde entonces con un numeroso grupo de alumnos de la Arquidiócesis de Guadalajara, que hacen sus estudios en la Pontificia Universidad Gregoriana. El resultado querido, intentado por el Excmo. y Munífico Sr. Orozco, no se hizo esperar mucho tiempo, pues pronto fue Guadalajara una de las Diócesis de la República que cuentan un mayor porcentaje de Laureados en Filosofía, Teología y Derecho: el Seminario a su vez con un Profesorado escogido y preparado, no inferior al que se pueda tener en las naciones más cultas.

En el año de 1913, Primero del Pontificado del Excmo. Sr. Orozco en Guadalajara, en el mes de septiembre, mandaba a Roma el primer grupo de sus seminaristas en número de ocho, entre los cuales se contaba el actual Digmo. Prelado de esta Metropolinata, Dr. D. José Garibi y Rivera. ¡Quién hubiera dicho que aquella primera providencia del Excmo. Sr. Orozco tenía por finalidad nada menos que prepararse a su mismo Sucesor!.... y así era ciertamente.

El quería tener muchos sacerdotes: y nunca se le veía más, y feliz y contento, verdaderamente de pláceme, que cuando hacía un Ordenación, cuando sus manos consagradas habían transmitido el poder sacerdotal a nuevos electos a la suerte del Señor: entonces sí que estaba contento. Cuántas veces, en un lugar humildísimo, en los profundos barrancos o en los pueblecitos pequeños o ranchos de Jalisco se verificó la divinísima e imponente "imposición de las Manos", con que se dá el Espíritu Santo y se ungen y hacen los sacerdotes de la Nueva Ley: "los Ministros de Cristo y dispensadores de los Misterios de Dios".... Aquel andar por montes y

collados del Buen Pastor, no era ocioso, que nunca lo fue: era siempre andar haciendo el bien y enseñando con la palabra y el ejemplo a los nuevos levitas y sacerdotes, cómo se ama y se sirve a Dios deveras en el sacerdocio.

¡Cuántos de los actuales sacerdotes de Guadalajara recuerdan ahora a su difunto Prelado en aquellos trabajos en que lo vieron exponiendo a cada paso su vida; tranquilo, sonriente, impertérrito, para darles los diferentes grados de la ordenación, hasta ungirlos sacerdotes, a pesar de todo y de todos los reveces de la furiosa inquina de que era objeto! Y nunca dejó de hacer ordenaciones; con qué pavor se veía a aquel hombre verdaderamente extraordinario, impávido pastor por enmedio de sus mismos enemigos y estárselos viendo, y muy cerca de ellos reunir a sus queridos seminaristas y darles la ordenación; a unos cuantos pasos de donde estaban sus enemigos, que parecía que casi no se cuidaba de ellos ni de su poder ni de su furia! Su réplica al desafío del mundo, de acabar con los sacerdotes, era hacer más sacerdotes! Mientras más, mejor. Alguno, el mismo día de su Ordenación de Diácono, Miguel Flores, recibió por la noche la palma del martirio.....

El Seminario era el objeto continuo de sus cuidados: en lo más recio de la persecución, mientras pudo, trajo muy cerca de si a sus seminaristas que con él vivieron en las barrancas y ranchos corriendo su misma suerte, viviendo sus mismos trabajos; cuando ya fue materialmente imposible ocultar y tener en seguro a sus **muchachos,** él mismo hizo que la mayor parte fuera a las hospitalarias playas de España, a buscar un refugio en las Provincias Vascongadas: allá vivió el Seminario de Guadalajara, desde 1928 a 30 madurando sus frutos en

tierra hermana, que no extraña puede llamarse la de la Madre Patria. Bilbao vivirá siempre en los anales del Seminario de Guadalajara, como la tierra hospitalaria que lo acogió, cuando en su Patria no encontró un palmo donde sustentar su vida!

Cuando pasado el primer rigor de la tormenta, la Iglesia gozó de algún descanso, volvió el Seminario a aparecer a la luz pública, si bien en las afueras de la ciudad, casi en el campo; en alegre morada con sus jardines y flores, cielo azul, bañada a torrentes por los rayos del sol y disfrutando en abundancia del aire oxigenado y puro. El lo quería así y su mano generosa no se paro en gastos ni se detuvo ante el temor de que también aquella campestre casa viniera a parar más tarde, como los cuatro edificios anteriores del Seminario, en las insaciables fauces del Estado. Sus visitas al Seminario volvieron a ser frecuentes y se veía verdaderamente contento y satisfecho en el seno de aquella familia, que era la suya, como Padre rodeado de sus hijos. Apenas dos años escasos pudo durar tanto bien: las vacaciones de 1932 cercaban el paréntesis de descanso y el nuevo año escolar se iniciaba en las catacumbas: la persecución tan furiosa como antes, revestida de ley, implacablemente seguía y sigue hasta hoy su curso, realizando un programa, de antemano bien estudiado en todos sus detalles y ejecutado escrupulosamente.

El Excmo. Sr. Orozco salió a su quinto destierro a los Estados Unidos consumiéndose allá de nostalgia y de tristeza de muerte; el Seminario siguió viviendo en la oscuridad de su nuevo Nazareth, el Nazareth de la penumbra y del silencio, pero fecundo en trabajo y creci-

miento en ciencia y gracia; produciendo sin mengua sus frutos cada año, mandando nuevos operarios a la Viña. tierro y con una resolución muy digna de su gran corazón, desafiando la muerte, vino a acabar sus días a su querida Guadalajara. Su presencia entre nosotros, por más de un año, fue oculta, casi para todos, menos para su Seminario; qué pasmo debieron experimentar los corazones de los jóvenes levitas, cuando se presentaban a recibir la ordenación, al ver que el Pontífice que les iba a iniciar en los diferentes grados de la Jerarquía, era el mismo Excmo. Sr. Arzobispo D. Francisco Orozco y Jiménez; qué lección tan objetiva e indeleble recibían de cómo debe el ministro de Cristo cumplir con las obligaciones de su oficio: hasta el sacrificio, hasta la misma muerte. ¡Qué bien comprobaba con hechos, el Excmo. Sr. Orozco, de que era el Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas, que cuando ve que viene el lobo, no huye, sino que le hace frente y defiende con su cuerpo su rebaño, hasta caer en tierra asido con su enemigo!

Guadalajara, julio de 1936.

Pbro. Luis Radillo.

5

Mons. Orozco y el Pontificio Colegio Pío Latino - Americano

Doce años contaba apenas Mons. Orozco (19 de nov. de 1876) y diez y ocho de fundado el Colegio Pío-Latino, cuando ingresó a este Plantel que forjó la firmeza de su carácter y modeló la grandeza de su personalidad. Lo acompañaban su hermano Luis, más tarde sacerdote, José Mora, después Arz. de México, Juan Herrera, actual Arz. de Monterrey y nueve jovencitos más. El R. P. A. Santinelli era entoces Rector del Colegio, situado en S. Andrés del Quirinal hasta nov. de 87 en cuya fecha se trasladó definitivamente ad Prata.

Modelando su alma en las ciencias eclesiásticas y en las reglas de la santidad pasó la lozanía de su juventud. Su índole de expansiva jovialidad despertó desde

luego en sus compañeros una singular estima. Fuéronle adictos en la amistad dos ilustres personas en la Iglesia: los Excmos. Sres. Francisco Plancarte y Adolfo Nouel y Bobadilla; aquel fue arzobispo de Monterrey; éste aun rige la arquidiócesis de Sto. Domingo en la República Dominicana.

Recibió la suprema predilección de Cristo con la unción Sacerdotal el 17 de dic. de 1887. Un año después dejó el hogar de su formación. !Doce años intensamente vividos! Con razón guardaba en su memoria con delicado cariño aquellos años de trabajo y de gloria.

Hubiera durado más en el Colegio; mas su amor exquisito de hijo lo arrancó de allí para recibir los postreros suspiros y caricias de su padre moribundo. Volvió a la Patria (9 de feb. de 1888) sin terminar el curso académico de Teología. Su alma de piolatino sintió hondamente el pesar de la separación: la nostalgia del Colegio.

Tuvo siempre a sus maestros y superiores en alta veneración: Cuando siendo ya obispo de Chiapas visitó al Colegio en la casa veraniega de Frascati, saludó conmovido al P. Luis Costa, S. J., su maestro espiritual durante su formación e imprimió en sus manos un ósculo efusivo.

Recordaba con visible contento a sus compañeros: Cuando el Sr. Cura D. José Villaseñor Plancarte, al partir al Congreso Internacional Eucarístico de Buenos Aires, fue a saludar a su Excia., recibió el encargo de entrevistar y saludar al P. M. Gabino de Calvalho, S. J., brasileño, compañero de Colegio del Exmo. Sr.

En 1932, septuagésimo quinto aniversario de la fundación del Colegio, se editó un catálogo conteniendo una reseña del plantel con los nombres y oficios de los Su-

periores y alumnos, comprendidos desde 1858 a 1831. El Excmo. Sr. con sumo interés repasaba plácidamente en sus ratos de descanso las páginas de ese catálogo. Su vida estaba estrechamente unida a la vida misma del Pío Latino, cuyo espíritu le seguía a todas partes acariciando su mente con el recuerdo de los días idos y, anidándose en su pecho, engendraba de su corazón los más generosos sentimientos de gratitud: ley de las almas nobles.

Las pruebas de su amor acendrado y efectivo al Colegio son palpables:

Siendo Vicerector en el Seminario de México, colaborando con D. Juan Herrera y Piña, emprendió una excelente reforma implantando el reglamento y costumbre del Colegio. Estaba penetrado de la fuerza educadora de esas direcciones y reglas.

Creado ya obispo de Chiapas, (mayo de 1902) contamos entre sus primeros celos de vida pastoral el envío de alumnos al Pío Latino, a pesar de la pobreza de su diócesis.

Durante su pontificado en la arquidiócesis de Guadalajara, (1912-1936) casi un centenar de alumnos, entre los cuales el primero fue su actual digmo. sucesor, recibieron el precioso don de estudiar y formarse en aquel plantel. Gloria será para él única el haber mandado mas educandos que ningún otro pastor de la América.

El celo de propagandista infatiglable, que rebullía en su espíritu, le impulsaba ahincadamente a conseguir subsidios para la fundación de becas, procurando extender este beneficio a las diócesis de Zamora y Chiapas, su primer sede. Con justicia es admirado como un apóstol del Colegio.

De la capilla del Pío Latino, precioso relicario que se yergue en el corazón del edificio actual, fue magnífico bienhechor; a su munificencia se debe la decoración del ábside: un mosaico riquísimo que representa la aparición de Sta. María de Guadalupe en el ayate de Juan Diego; el altar de S. Felipe de Jesús con el mosaico que representa al Protomártir mexicano y del Japón, expresión intensa de su piedad a dicho santo; el altar de S. Luis Gonzaga, perenne monumento de cariño a su hermano Luis Orozco, ex-alumno muerto en 1912; el espléndido pavimento de mármol tanto del presbiterio como de las naves, digno de las salas vaticanas, en cuyo centro brilla el escudo arzobispal del gran bienhechor. Todas estas obras compiten por la finura del trabajo y la policromía de los mármoles.

En sus varias visitas a la Ciudad Eterna, alojábase en el hogar Pío Latino como en su propia casa, siendo su presencia fecundada en enseñanzas y sus pláticas con los superiores, mezcladas con prudentes observaciones, impulsaban la ascendente marcha educativa de los colegiales.

El Pío Latino siguiendo punto por punto la vida ejemplarmente laboriosa de aquel veterano, ha reconocido que fue un modelo viviente de la formación eclesiástica de que está saturado su ambiente.

En la última visita del Excmo. Sr. al colegio, en otoño de 1933, fue ampliamente agasajado por los superiores y los alumnos. En el boletín de "MAYO-AGOSTO 1933" fue saludado con estos elogios: "EL ALMA MATER se alegra vivamente al recibir entre sus brazos al antiguo alumno piolatino que vuelve cargado de victorias, pero sobre todo de tribulaciones y trabajos. Es

muy justo nuestro gozo viendo entre nosotros al incansable apóstol de la gloria de Dios y de su santa Madre. Tan noble ejemplo de virtud y fortaleza, sea la más codiciada herencia que un veterano adjudica a los nuevos soldados piolatinos que, como su Excia., tienen el honor de señir la faja azul arrancada del manto de la Reina de la América Latina, Sta. María de Guadalupe.".

Tres años más tarde quizo el Señor de la vida y de la muerte llevarlo a la vida inmortal para adornar su alma de confesor intrépido con la inmarcesible corona de la gloria. Mas ántes, al sentir que su aliento se apagaba, declaró que si algo quedaba de sus alhajas episcopales fuera empleado en beneficio del colegio. Así aseguró aquel caudal de afecto al hogar donde cultivó la claridad de sus ideas y las energías de su corazón.

El dolor que oprimió al Colegio cuando supo la muerte de su exclarecido exalumno se palpa en el cable de condolencia: **"El Colegio Pío Latino consternado llora al insigne exalunmo, al bienechor, al padre".**

Su memoria imperecedera quedará plasmada por el pincel en un cuadro, que a la entrada de la sacristía de la capilla principal evocará la su magnificencia y piedad: y luego, como complemento, esta inscripción latina que compuso el P. L. Rocci, S. J., Humanista:

FRANCISCUS OROZCO ET JIMENEZ
Mexicanus et Archiepiscopus Guadalaxarensis
Collegii Pii Latini Americani olim Alumnus
Eiusdem postea amicus munificentissimus
Ob singularem amorem in B. Virginem Guadalupensem
Dum annus quater centesimus celebrabatur
Ex quo amanter in colle Tepeyac
Se spectandam praebuit
Arae Maioris in Sacello nostro
Marmoribus lectissimis strato pavimento

Absidis veteres picturas
Musivo effigendas curavit
Moderatores et alumni
Grati animi ergo A. D. MCXXXII P. C.

Forjada en mármol, bosquejando la fortaleza espiritual de gran luchador y desafiando los siglos, al lado de la estatua del venerado fundador, surgirá la noble figura del prelado, como un documento clarísimo de virtud y de gloria para la futura generación de alumnos piolatinos.

José Salazar. Pbro.

6

El Maestro

(La obra catequística de Monseñor Orozco y Jiménez)

Cuando el Hijo de Dios vino a salvar a los hombres, fuera de esta prerrogativa gloriosa debió tomar el nombre de Maestro, para enseñarnos los caminos de la salvación. El título de Maestro lo ejercitó con la palabra y, el ejemplo, dándonos una doctrina absolutamente celestial que sería un medio necesario e inevitable para conseguir la bienaventuranza eterna.

La doctrina que enseñó y predicó se continúa en el evangelio, que es al mismo tiempo su ley, la que el Espíritu Santo escribió primero en los corázones y que los apóstoles después predicaron por todo el orbe de la tierra; mas en el misterio de la Transfiguración Cristo fue declarado el Maestro Universal con aquellas palabras

que tronaron en medio de la claridad que bañaba el monte: **ipsum audite.**

El verdadero pastor de las almas no puede despojarse de esta prerrogativa de Maestro al frente de su comunidad, y en la actividad multiforme del Excmo. y Revmo. Sr. Arzobispo Dr. y Maestro D. Francisco Orozco y Jiménez, no falta esta brillante actuación en el campo de la enseñanza de la celestial Doctrina, o sea, en la obra Catequística.

Dar a conocer todas sus empresas y proyectos; referir todas sus fatigas y desvelos; sentir todas sus oraciones y votos hechos al cielo por el progreso de esta obra, aparte de ser imposible porque no los externó, sería difícil narrarlos, pues grave dificultad es colocarse en un plano de superioridad indiscutible, como en el que vivió.

Sin embargo, todos los proyectos que tradujo a la obra, nos dan a entender sus intenciones que siempre fundó en algo positivo para llevarlos a la práctica y obtener el resultado que esperaba.

Si esta cualidad de Maestro y Catequista fue sobresaliente en él desde que regresó del Pontificio Colegio Pío Latino Americano, a su Diócesis de Zamora, y que desarrolló con sumo aprovechamiento en la Universidad Pontificia de México, y le llevó a constituirse el émulo del Padre de las Casas en Chiapas, doctrinando y enseñando a la tribu de los chamulas, cuando el Código de Derecho Canónigo apareció con sus disposiciones y las obligaciones que impone a los Obispos para procurar por todos los medios posibles la catequización de los adultos y de los niños, el V. Prelado no se dió descanso alguno

para llevar a cabo las obras cuya existencia reclamaban las necesidades de los tiempos.

El Can. 1929 que dice: "Proprium ac gravissimum officium, pastorum praesertim animarum, est catecheticam populi christiani institutionem curare..." lo llamó a una actividad más amplia en una de sus persecuciones que sufría en la región norte del Estado, cuando habitaba en la cuenca del río Santiago, en una ranchería muy alejada de toda comunicación.

Como su compañero en esa época pude darme cuenta de que cuando le llegó el primer ejemplar del Código de Derecho Canónico, por el año de 1917, comenzó a trabajar todo lo que era necesario en este sentido; y como primer fruto de sus actividades tenemos el folleto que la Junta de Vigilancia, formada por el Excmo. Señor Dr. D. Manuel Azpeitia y Palomar como Presidente, como Vicepresidente el M. I. Sr. Cango. D. Faustino Rosales y como Secretario el Sr. Cura D. Agustín Aguirre y Ramos, publicó, titulándolo: **Guía Práctico y Reglamento para enseñar con fruto la Doctrina Cristiana.**

Nuestros trastornos patrios siempre fueron obstáculo para el desarrollo de las actividades de este Excmo. Prelado y Pastor, quien sólo en los momentos de tregua podía dedicarse con toda paz a las obras grandes que llevó a cabo.

Sus actividades en el terreno catequístico vinieron a descubrir sus nobles esfuerzos en el año de 1925, cuando trató de la reorganización catequística del Arzobispado.

En Carta Pastoral del 9 de noviembre de 1925 sobre la dicha reorganización, aparte de ser un documento erudito e histórico, fue una clarinada para el sacerdocio

y el elemento seglar amante de la instrucción religiosa de la niñez, para que se adelantara al famoso grito de Guadalajara, que diera un enemigo de la iglesia, declarando a los niños como propiedad del Estados.

Con el objeto de que la obra catequística produjera los frutos espirituales que de élla esperaba, reorganizó la **Dirección Diocesana** con los siguientes miembros: Presidente, el M. I. Sr. Maestrescuelas Dr. D. Gregorio Retolaza; Vicepresidente, el Sr. Cango. D. José Gutiérrez Pérez y como Consejeros, los Sres. Párrocos D. José R. Huerta, D. Manuel Yerena y D. Vicente Camacho, R. P. Toribio Bracho S. J., Pbro. D. Agustín Ramírez, Pbro. Dr. D. Narciso Aviña Ruiz y el Pbro. D. Jesús Ruiz Vidaurri; se decretó la publicación de una **Revista Catequística** mensual, que se encomendó al Sr. Pbro. Dr. D. Narciso Aviña Ruiz; que se diera el catecismo en todos los templos, por lo menos **dos veces** por semana, que se establecieran **Catecismos rurales** en las parroquias foráneas y que se dieran **conferencias** doctrinales y apologéticas en los principales templos de la ciudad.

De acuerdo con la Carta Pastoral mencionada, el día 6 de diciembre de 1925 se celebró una solemne misa Pontifical en la Iglesia de S. Felipe en honor de S. Pedro Canisio, quien fue declarado entonces Protector de las obras catequísticas del Arzobispado, se impusieron las medallas y distintivos a los catequistas y se bendijo la imágen del expresado Patrono del Catecismo.

Si la iniciación catequística del año de 1919 fue un paso seguro en esta obra, el adelanto que se obtiene en este de 1925, es incomparablemente de mayor trascendencia, puesto que se fijaron las bases para la difusión e intensificación de los Doctrina Cristiana en una forma

mejor definida, con el uso de los medios pedagógicos adecuados; además, se empezaron a publicar la Revista y Hojas Catequísticas y de propaganda, que indiscutiblemente sirven de mucho para el objeto.

Mas, bien pronto hubo de interrumpirse esta labor pues en el libro de actas del Consejo del Catecismo y en la página 26 vuelta, se dá noticia por el entonces Sr. Secretario Aviña que el P. Ruiz Vidaurri no pudo asistir a la sesión por haber sido detenido al ir a celebrar el Santo Sacrificio de la misa, lo cual quiere decir que se iniciaba una persecución, quizás la más dolorosa y sangrienta que hemos padecido en estos últimos tiempos. Por esta razón, desde el día 18 de noviembre de 1926 hasta el 7 de octubre de 1930, se interrumpieron las sesiones del Consejo Arquidiocesano del Catecismo.

Pasaron tres años de mortal congoja para los intereses cristianos de la amada Grey de Guadalajara, y al darse cuenta de la luminosa Encíclica de S. Santidad el Papa Pío XI sobre la Cristiana Educación de la Juventud, no pudo menos que meditar sobre las siguientes palabras de la Cátedra de Pedro: "Urgimos pues, por las entrañas de Jesucristo, a los pastores de almas que empleen toda clase de medios en la instrucción de la catequesis, de palabra y por escritos profusamente divulgados, a fin de recordar a los padres cristianos sus gravísimos deberes, y no tanto teórica o genéricamente, cuanto práctica y en particular, cada uno de sus deberes en materia de educación religiosa, moral y civil de los hijos, y de los medios más convenientes para realizar esta obra".

El V. Prelado, haciéndose eco de la amonestación Pontificia, puso en práctica los deseos en élla manifes-

tados, entregándose a la restauración de todas las obras cristianas principalmente de la Catequística.

A este propósito, en precioso documento de fecha 12 de abril de 1930, dice lo siguiente: "En esta época de restauración de las obras católicas, una de las principales es la Revista Catequística, tendiendo de suyo a dar impulso y difusión a la enseñanza del catecismo, en forma estudiada y bien pensada. Por lo que, la recomendamos encarecidamente al V. Clero y a los fieles, como obra a la que de parte nuestra se dedicará al mayor empeño, para que llene convenientemente sus fines, y que sepamos tenga buena acogida, no solo entre nosotros, sino también en los Estados Unidos, dondé se encuentran muchos millares de mexicanos, necesitados en grado extremo, de pábulo espiritual para sus almas".

Al leer el anterior documento, nos parece oír el silbo amoroso del pastor que llama a sus ovejas a juntarse de nuevo en el aprisco. ¡Cuántas, durante la tormenta, perecieron! ¡Cuántas, lo que es más doloroso, de las pequeñitas, se extraviaron!

La salvación de todas preocupa al pastor, cuyo amor y fe no han menguado después de la acometida que sufrió el rebaño.

Por eso, con tanta fe, restauró la Revista como órgano de sus enseñanzas y disposiciones en materia catequística, para que sea el portavoz de sus orientaciones doctrinales y pedagógicas en obra tan importante.

Apenas recibió los saludos y bienvenida, cuando convocó al Consejo Arquidiocesano del Catecismo y el M. I. Sr. Retolaza presentó un informe de todo lo actuado, para que el Excmo. Señor dictara las disposiciones que creyera más conveniente para el caso.

Empezaron a elaborarse planes catequísticos; se redacta un proyecto del Método Cíclico, como el más apropósito para dar explicaciones doctrinales en forma estudiada y bien pensada; se establecen innumerables **centros** de catecismos, tanto en ciudades y parroquias, como en el campo; se imprimen 200,000 ejemplares del **Catecismo Breve** del P. Castaños, dedicados especialmente para los Centros Rurales y para los niños del primer grado, así como 40.000 ejemplares del **Catecismo** del P. Ripalda, fuera de los 230,000 del Ripalda que se imprimieron en el año de 1925 para repartirse gratuitamente, así como el **Catecismo del Protestantismo** que se repartió profusamente.

En ocasión de la celebración del IV Centenario Guadalupano, se dispuso que hubiera **concursos catequísticos** en todas las parroquias del Arzobispado, habiendo tenido un éxito brillante.

En estos concursos se estudió también el **Catecismo Sintético Guadalupano** del Sr. Lic. D. Manuel Garibi Tortolero, que fue impreso después de haberse revisado por el Consejo del Catecismo, y habiendo contribuído con alguna parte económica para su publicación.

Especial atención le mereció la **Congregación de la Doctrina Cristiana** y después la adaptación de su Reglamento a las actuales disposiciones de la Santa Madre Iglesia. En su Edicto de fecha 19 de marzo de 1933, que prescribe dicho Reglamento a todas las asociaciones de ese nombre establecidas en el Arzobispado, dice las palabras del Deutoronomio, XXXII,2.: "Concrescat ut pluvia doctrina mea": "Como la lluvia empapa la tierra con la abundancia de la tormenta deshecha y la prepara con la humedad necesaria para la producción de los frutos,

así la Doctrina del Señor, cuando se extiende y arraiga en todos los corazones, los dispone mejor para los frutos de virtud y santidad, es decir, de amor de Dios. Por esta razón, Nos, interesados vivamente por la mayor gloria de Dios y bienestar del pueblo cristiano, no hemos querido omitir medio alguno de Nuestra parte, para que la Doctrina Cristiana se extienda y llegue a todas las almas que el Señor ha confiado a Nuestra solicitud pastoral. Repetidas ocasiones y de distintas maneras hemos recordado y urgido a todos los sacerdotes la obligación que tenemos en este asunto, y dado las normas para la instrucción catequística, tanto de los adultos como de los niños. La formación religiosa de éstos últimos corre gran peligro en nuestros tiempos, por la multitud de obstáculos que nos son bien conocidos, y a lograr dicha formación van encaminados nuestros esfuerzos de la hora presente, para formar una generación de hombres conscientes de sus deberes cristianos y tener, no muy tarde, una sociedad verdaderamente cristiana".

Este era el bello ideal de su gran corazón de pastor, la formación de una sociedad verdaderamente cristiana en donde reinara Cristo. El, como el sembrador, depositó la semilla buena, sana y vigorosa en los corazones de sus diocesanos, y tarde que temprano tendrá que dar su fruto óptimo y variado. ¡Dios lo haga!

Su empeño por la **instrucción religiosa** le hacía rerepetir sus instrucciones sobre el particular, y al año siguiente, es decir, en su Edicto Cuaresmal de fecha 12 de enero de 1934, lo dictó exclusivamente a dar a conocer la grave obligación de la Instrucción religiosa. No podemos menos que citar un nuevo párrafo en el que se puede contemplar el espíritu de apostol del verdadero Obispo

católico: "Por eso también nosotros, V. Hermanos y amados Hijos, debemos empeñarnos con todas nuestras fuerzas y por todos los medios que estén a nuestro alcance: oportuna e inoportunamente, porque Cristo sea conocido y predicado siempre y en todas partes; y ahora precisamente, en estos tiempos, en que triunfante el poder de las Tinieblas, pretende hacer que callemos y no escuche Nuestra vos: hoy, más que nunca, debemos decir con los apóstoles encarcelados, azotados y cubiertos de ignominia: "Non possumus non loqui", Act. IV,20.

En vista de tan graves obligaciones, procuren los Sres. Párrocos y Vicarios, durante, el tiempo cuaresmal, intensificar en sus parroquias y vicarías el estudio del Catecismo de los niños por la noche, todos los días de cuaresma, las verdades eternas...."

* * *

Esta es a grandes rasgos la Obra Catequística de Monseñor Orozco y Jiménez, la que indudablemente abarcó otras muchísimas actividades, para nosotros desconocidas; pero por lo dicho basta para comprender el dinamismo del V. Prelado que, a pesar de los tiempos, vió con claridad meridiana el problema de la instrucción católica y aportó los métodos más adecuados para llevar a cabo entre sus fieles, y principalmente entre sus niños, un conocimiento más amplio de los principios católicos.

B. Ruelas. Pbro.



Mons. Orozco bendice a la ciudad de Guadalajara, con la Sagrada Imagen de Ntra. Sra. de Zapopan. (18 de enero de 1936).

En la muerte de Mons. Orozco

En ruda lid caíste victorioso,
Dejando en tu carrera la fiel huella
De tu ánimo esforzado y alma bella
Que al afecto filial sigue anheloso.

No has muerto, no; tú vives vigoroso
En el recuerdo que nuestra alma sella
Y en tu virtud, cual esplendente estrella,
alumbras nuestra senda bondadoso.

Tú vives en la Iglesia venerando
Y en tu Patria como hijo esclarecido
y aun tu adversario admira tu grandeza.

Vives en Dios que amante te ha premiado
Y en tu grey, que celosa ha recogido
Tu herencia de equidad y de entereza.

José Villaseñor Plancarte.



Mons. Orozco pontificando en el altar de la Cátedra en el Vaticano en presencia de S. S. el 12 de diciembre de 1933.





El cadáver de Mons. Orozco momentos después de expirar.

7

El Arzobispo Guadalupano

I.

¡Fue el día glorioso, el Doce de diciembre de 1931!

Salíamos de la Basílica de la Reina de la Patria Mexicana y Patrona celestial de la América Latina.

Por feliz casualidad, tocóme estar junto a Mons. Orozco,cuando, radiante aún de felicidad y con los ojos humedecidos por la esencia del alma, que se difunde siempre en las grandes emociones, salía, por el atrio posterior de la Basilica, a tomar el automóvil que había de conducirlo a la ciudad de México.

Acompañábale Mons. Garibi, saturado, como él, y como todos, de los divinos sentimientos que embargaron nuestras almas en esas horas de cielo que allí habíamos pasado. Bondadosamente se dignó Mons. Orozco ofre-

cerme un asiento en su carruaje, para regresar a México. Y cuando nos hubimos acomodado en él, volviéndose hacia mí, que llevaría seguramente en el rostro reflejadas las emociones del alma; me dijo, con aquella encantadora espontaneidad, tan propia suya: **"¿Qué tal, hijo?** ¡El cielo! ¿no es verdad? —"Sí, Señor"— fue todo lo que puede responderle, con la voz entrecortada por la efusión del corazón.

Y quedóse él mirando, mientras el automóvil se deslizaba raudo por la Calzada de Guadalupe, como una visión del porvenir, en uno de esos silencios que suceden a los grandes sacudimientos emocionales, tendida su mirada a lo largo del Valle, pero seguramente contemplando panorama más radioso que el que aquella mañana de la fiesta de una raza y de un continente, iluminaba el sol de nuestra Patria.

Yo iba engarzando en mi alma las emociones y recuerdos de aquel día, con los de otras sublimes, vividas también en el alcázar de la Madre bendita, breves días antes, la tarde del día ocho y la mañana del día nueve del mismo diciembre glorioso, cuando vi a nuestro Padre inolvidable, encabezando la grandiosa peregrinación de la Arquidiócesis tapatía y ofreciendo, por ella, por todos sus hijos, la Hostia del Sacrificio, en el altar que es el ara de la raza mexicana, el centro de atracción y eje de gravitación de la vida genuida de la Patria.... Vile entonces, trémulas las manos por el ritmo del alma, alzar la Hostia divina, cruzándose sus miradas con las dulcísimas de Ella y adiviné todo lo que pudo decirle en aquella hora, en aquel momento indescriptible. Pocas veces quizás la majestad del obispo católico, unida a la unción y ternura que nacen al calor de los grandes miste-

rios, ha irradiado del rostro de un celebrante augusto más avasalladoramente, que refulgía en aquellos momentos, en el rostro querido del Excmo. Sr. Orozco, hecho viva expresión de inmensa súplica y amorosa fruición filial....

Entonces fue cuando comprendí el fervoroso guadalupanismo del grande Prelado, cuando vi rodar por sus mejillas las lágrimas, desprendidas de aquellos ojos, serenos siempre ante el peligro y cuya mirada difundió siempre la pureza de una vida santa y heroica.

II.

Tratar de las relaciones de un sacerdote mexicano con la Santísima Virgen de Guadalupe, pretender encerrar en unas cuantas páginas uno de los aspectos más simpáticos y fecundos de la personalidad y de la vida del Excmo. Sr. Orozco, el acendrado amor que tuvo a la "Madrecita", como se complacía en llamarla y su devoción hacia Ella, activa, operadora, clara expresión de tan puro sentimiento en un espíritu de tan vigoroso dinamismo y que tan trascendentalmente infuiría en su vasta labor apostólica, haciendo florecer en innumerables corazones aquel mismo amor y devoción, ardua empresa es, superior a mis fuerzas.

Sólo intento con ella contribuir a la formación de esa corona, que nimbara de gloria su figura inmortal.

Su vida de él, ya ha sido muchas veces amorosamente trazada; quién sea Ella.... lo sabe todo mexicano. Pero en sus relaciones con Ella es como la vida de Monseñor Orozco adquiere una excelencia, una dignidad

y un encanto, que hace su grande figura, histórica, moral y patrióticamente, aún más noble y suplime.

III.

Su amor hacia la Virgen Santísima de Guadalupe, nació en su hogar, donde lo aprende todo niño mexicano. Fue en la levítica Zamora de los brillantes días del segundo imperio, cuna de insignes guadalupanos, como el fervoroso apóstol de la Coronación, D. Antonio Plancarte y Labastida, donde, niño pequeñito, oyó de labios de su piadosa madre la tierna historia. Y en el santuario que la piedad de los zamoranos levantara a la Reina de la Patria, sobre el altar en que la habían entronizado, conoció, para que le quedara para siempre grabado en el alma, el dulcísimo rostro de la Madre y Libertadora de la raza doliente y oprimida

Tierra prócer, de rancio abolengo católico y patriótico, Zamora fue un ambiente propicio para que el sentimiento religioso creciera a la par del sentimiento patriótico en el corazón del niño Francisco; y no es de extrañar que la devoción guadalupana se arraigara tan profundamente en su alma de niño.

IV.

Doce años contaba, cuando después de tres pasados en el célebre Colegio que en la plácida villa de Jacona había establecido el ilustre sacerdote Plancarte y La-

bastida, partió el vivaz niño Francisco para la Ciudad Eterna, a emprender los estudios de la carrera eclesiástica, en el ya benemérito Colegio Pío Latino Americano. Su último acto, ya al separarse de la hermosa capital de nuestra patria, fue ir al Tepeyac, al Hogar común de la raza Mexicana, a despedirse de la "Madrecita", a quien se llevó en el corazón....

Allá en el Colegio Pío Latino, cuya gloriosa tradición guadalupana tuvo en él uno de sus más entusiastas sostenedores, cuando no uno de sus primeros fundadores, sintió en su alma fincarse más y más hondamente la devoción hacia la Virgen de la Patria, sentimiento que tan avasalladoramente se apodera del corazón del mexicano, cuando vive en extranjero suelo, aunque éste sea la Patria universal de los católicos, la dulce Roma, fuente de la ciencia católica, centro de la vida admirable de la Iglesia, donde se ofrece radiante, como en parte alguna, la visión de paz del Evangelio, difundiendo luz y amor a todos los confines del orbe.

De sus labios oí, más de una vez, desgranarse, en sencillas y afectuosas palabras, los recuerdos de su vida de colegial, transcurrida en aquella alma mater de tantos corazones sacerdotales, entre los cuales recuerdos emergían, con especial cariño, los relativos a la devoción guadalupana de los mexicanos y aun de todos los alumnos, en aquellos tiempos felices de la infancia del Colegio Piolatino.... Las visitas, tradicionales hasta hoy, de los mexicanos y demás alumnos, a la Guadalupana de la Visitación, en la Vía Salaria; a la del celebérrimo prodigio, en la basílica de San Nicola in Carcere; a la de la capillita de los Santos Protectores, en el propio Colegio, cada mañana... o siempre que el corazón sentía necesidad

de la Madre.... Y las fiestas patriótico-religiosas de aquellos días felices, en que la independencia y la paz de la Patria parecían más efectivas que ahora; el novenario de diciembre y la gran fiesta con que terminaba, y que fue desde muy luego fiesta de todos los piolatinos; el prender de la devoción guadalupana en el propio corazón el gran Pío Nono, de ilustres personajes de la Roma Papal y de los superiores del Colegio....

La luz del recuerdo, unida al reflejo del amor, iluminaba entonces la dulce mirada del Excmo. Sr. Orozco, cuando nos hablaba a sus hijos de la Guadalupana, que, con la de la Inmaculada —dos nombres carísimos de una misma Madre— fue su devoción de seminarista en la eterna Ciudad.

Y allí, seguramente, en aquel hogar común de la América católica, propicio a grandes sugerencias y visiones magníficas acerca del destino de la Religión en un mundo nuevo, fue donde se plasmaron su inteligencia y su corazón para los grandes ideales guadalupanos, que más tarde, en él, habían de tener realizaciones magníficas.

V.

Volvió a la Patria, después de largos once años, peregrino de ciencia y de fe, ungido ya con el carácter sacerdotal, que había de dar especial eficacia a sus actividades. El año de 87, al pisar las playas queridas, su corazón, palpitante de amor, voló hacia el Tepeyac y allá fué, inmediatamente que llegó a la capital, a rendir el tributo del amor y de las lágrimas, a la Madrecita, que de allí en adelante sería su única Madre, pues la de la tierra muy pronto lo dejó....

En Zamora, su ciudad natal, le esperaba un apostolado, fértil en merecimiento y aquilatado con no pocas penas, pero en que tuvo ocasión de ir sembrando la semilla de amor guadalupano que había germinado ya en su alma, en los corazones de los seminaristas y de los alumnos de la Escuela Católica de Artes y Oficios, para quienes ejerció el magisterio y paternal dirección, no menos que en las almas de los fieles que acudían al templo de San Francisco, cuyo capellán fue. La circunstancia de tener, contiguo a su templo, el Santuario en que conoció y aprendió a amar a la Virgen de la Patria, le estimularía sin duda para promover su devoción, que ya en su corazón tenía un santuario. Y sus frecuentes viajes a la Villa de Guadalupe, polo magnético de todo corazón sacerdotal mexicano, retemplaban su celo y filial amor, siempre ardorosamente operativo.

VI.

Habiéndose visto precisado a cambiar su residencia a la ciudad de México, cerca ya de Ella, pudo visitarla con frecuencia y acumular en su alma más y más fervor guadalupano, al contacto de idéntico fervor, que de todos los confines de la Patria refluía al Tepeyac, de donde fluyó siempre la linfa vital del amor maternal.

Por la Patria de la Santísima Virgen de Guadalupe, pudo entonces trabajar en otro campo, más vasto y fecundo para su celo ardiente.

Como profesor del Colegio Clerical de San Joaquín, cuna de la gloriosa Universidad Pontificia Mexicana, que pronto había de resurgir, teniéndole a él como su primer doctor y uno de sus entusiastas profesores; como

abnegado compañero del ocaso de aquel ilustre prelado guadalupano, el Excmo. Sr. Labastida; como eficaz, abnegado y entusiasta colaborador del ilustre apóstol de la Coronación, Don Antonio Plancarte y Labastida cuyas son esas palabras de encomio para el entonces P. Orozco en la preparación, organización y feliz realización del magno e inolvidable acontecimiento que en 1895 conmovió profundamente a la Nación mexicana y a la América católica; como acucioso y elegante Notario latino del Quinto Concilio Provisional Mexicano y del Concilio Plenario de la América Latina, informados ambos de amoroso marianismo guadalupano y cuyos Padres e ilustres oficiales tuvieron para el Sr. Orozco justos tributos de alabanza; como celoso sacerdote, que inconsciente, o, mejor dicho, providencialmente se iba preparando para la alta misión que le esperaba, en un ministerio callado y humilde, generoso y puro, entre jóvenes levitas y humildes religiosas: el Excmo. Sr. Orozco fue un valioso elemento de reconstrucción y edificación verdadera de la Patria de la Virgen Santísima de Guadalupe, que por tantos años había sufrido tan grandes dolores.

VII.

No podía permanecer ignorada la personalidad, las virtudes y el celo apostólico del P. Orozco; y la Santa Sede, a la temprana edad de treinta y ocho años, lo elevó a la plenitud del sacerdocio, confiándole la diócesis de Chiapas, que ilustrara para siempre con su nombre el

amoroso Apóstol de los Indios, el grande Fray Bartolomé de las Casas.

¿Dónde sería consagrado el nuevo Obispo? ¡Ah! ¡no podía ser en otra parte, sino a los pies de la Santísima Virgen de Guadalupe! Trascendental acontecimiento de su vida y de su actuación guadalupana, que pone el sello de la perfecta devoción, es decir, de la ofrenda total de la labor pastoral del Excmo. Sr. Orozco, en aras de la "Madrecita", que había sido y debería ser para siempre el amor de su vida.... Así, del hogar materno de María de Guadalupe, de cuyo corazón nació el calor del Evangelio para nuestra Patria, tomó el Excmo. Sr. Orozco el fuego que debería llevar a su lejana diócesis, para inflamar los corazones en el amor a Dios, a Ella, a la Iglesia y a la Patria.

Ese sello marcó la ingente labor de evangelización de la inmensa grey confiada a sus cuidados y fatigas pastorales. Incansable operario de la Viña, a ella dedicó la plenitud de su juventud y de su amor, llevando a la Madre bendita, como Misionera, en su corazón, en su predicación, en sus obras todas. Y a Ella consagró su altísimo ministerio y su diócesis toda; a Ella un Colegio fundado en su ciudad episcopal, y muchos otros en diversas partes fundados y encomendados a las Madres guadalupanas; a Ella muchas escuelas parroquiales, por sus esfuerzos fundadas; a Ella muchos altares, imágenes, asociaciones y obras pías; a Ella su devoción de siempre su espíritu santamente propagandista y aun la evangelización de las tribus Chamulas, cuyo nombre es, en la historia religiosa de la nación mexicana, un timbre de refulgente gloria, comparable a la que nimba

la dulce figura de su gran antecesor, Fray Bartolomé de las Casas.

VIII.

Llegamos ya a considerar al eminente devoto guadalupano, en el vasto campo de su nueva iglesia, cuando fue trasladado a nuestra afortunada arquidiócesis tapatía.

Llegado a ella, a principios de mil novecientos trece, cuando en el norte del país comenzaba a formarse fatídica nube, que había de descargar sobre la Patria la terrible tormenta revolucionaria, conoció luego el fervor guadalupano que animaba los corazones de sus nuevos hijos, quienes, por su parte, aquilataron luego en el corazón de su Padre ese mismo dulcísimo sentimiento; y él sintióse como en su propio ambiente y ellos le hallaron como lo presentían. ¡En el amor de la Virgen Santísima de Guadalupe se comprendieron!

Instalado en su hogar, albergue de la distinción y del buen gusto, del orden y de la pulcritud, la Imagen bendita de la Guadalupana apareció luego presidiendo todos los lugares de su casa y todos los actos de su vida, pues campeaba en su oratorio, donde tenía una antigua efigie en alto relieve, en su despacho, en su salón, en el comedor, aún en el corredor, donde brevemente paseaba, en los fugaces tiempos de su reposo y recreación; como para tener por doquiera a la vista el recuerdo de la Madre del pueblo mexicano y de su corazón, pues en ella reconcentró los más santos cariños de familia, en la cual,

desde muy joven, experimentó el vacío que deja la muerte de los padres inolvidables.

Lo mismo que su hogar, ostentaba la Imagen bendita su propia indumentaria sagrada, en los finos camafeos de sus pastorales y pectorales, en los primorosos bordados de sus ornamentos y mitras preciosas, en su propio cayado pastoral: ¡sin Ella no creía poder regir a su rebaño!—¿Simple motivo decorativo acaso? ¡No, no! Elocuente indicio de un avasallador sentimiento, que trascendía a su vida entera y a todo lo que atañía a su persona, como la más rica presea de sagrado joyel.

IX.

Prueba evidente de su piedad guadalupana, fue la predilección que mostró siempre por el Santuario de Ntra. Señora de Guadalupe, de su ciudad metropolitana.

Tenía gusto especial en asistir a todos los actos solemnes que allí se celebraban y espontáneamente se ofrecía muchas veces a oficiar en ellos, consciente de la gloria que procuraba a la Madre bendita, inconsciente de la que a sí propio se procuraba él, que consideraba todo esto como el cumplimiento de los sagrados deberes de su amor para con Ella.

Uno de sus primeros actos, llegado que hubo a su sede, fue dirigir sus pasos hacia el Santuario de Guadalupe, prenda de acendrada piedad de su venerable antecesor, el Ilmo. Sr. Alcalde y de los tapatíos, que hacia allá vieron siempre la Estrella polar de su sociedad. Fue aquella primera visita, el saludo fervoroso de filial amor

y el principio de las innumerables que después, tantas veces, hizo a la Reina, en su sagrado alcázar.

¡Cuántas veces, en sus paseos vespertinos, fatigado de las graves ocupaciones de sus días, densos de intensa labor apostólica, indicaba a su cochero, ya como instintivamente, el rumbo de aquella zona pulcra, noble y genuinamente tapatía, donde se levanta el Santuario Guadalupano, para saludar a la Virgen Santísima, que habita allí hace siglo y medio, en breve amorosa visita, en que dejaba su mirada clavada en la Imagen santa, llevándose en el alma, llena de consuelo, la dulce mirada de la Madre....!

—"Vamos visitando a la Madrecita"—era su piadosa invitación, cuando pasaba frente a su Santuario.

Al volver de sus gloriosos destierros, sus primeros pasos dirigíanse hacia el Santuario a dar gracias a la Madre querida, que nuevamente le había traído entre sus hijos. Y esa acción de gracias fue, a veces, el saludo grandioso de la Salve litúrgica, acompañado de su pueblo, presa, como él, de inmensa emoción de gratitud a Dios y a la Virgen Santísima. Y fue también, alguna vez, la callada efusión de su alma, en el secreto sagrado del templo silencioso, o confundido, bajo disfraz, entre su amado pueblo, completamente ignorante de la presencia de su Padre, quien, del todo inconocible, hubo de sufrir algún extrañamiento de encargados del orden, en la Salve mensual solemne de los Caballeros de la Corte de Honor y el ser desalojado del asiento que ocupaba, teniendo él que salir del templo, jovialmente riendo por el lance ocurrido.

¿Quién puede decir cuántas veces asistió a las Salves solemnes, que casi a diario se cantan en ese Santuario y cuántas otras las cantó él mismo, que nunca se

negaba a acrecer, con su presencia o directa participación, esplendor a las sagradas funciones, mucho menos tratándose de la Virgen Santísima de Guadalupe y de su Santuario. . . . !

Particular satisfacción y santo entusiasmo despertaban en su alma las grandiosas solemnidades de diciembre, en que la ciudad entera acudía al Santuario de Guadalupe; y al observar la afluencia enorme de las multitudes, decía, radiante de íntima alegría: "Oh, para estas fiestas, no sólo el Santuario, cualquier templo sería pequeño".

Reivindicó para sí, cual dulce privilegio, la tradicional Bendición de las Rosas, que antes hacía el párroco del Santuario y que él impartió después siempre que se halló en su sede.

Favoreció el Excmo. Sr. Orozco con especial benevolencia a la Corte de Honor de Caballeros de Santa María de Guadalupe, como a la similar de Damas, establecidas en su Santuario, aun deseando que no se instituyeran otras semejantes en la ciudad, para que no se menoscabara el auge de aquéllas.

Impulsó igualmente la devoción, tan popular en Guadalajara, de los cuarenta y seis Rosarios, preparatorios de la gran festividad del Doce de diciembre, místicas estrellas que los devotos tapatíos ofrecen a la Virgen Santísima, por las que Ella nos dejó en su manto, cielo de nuestra Patria. A esa devoción quiso vincular, más de una vez, el remedio de las mil necesidades de la Iglesia y de la Patria.

Consideraba el Santuario de Guadalupe, como centro de donde debía irradiar la piedad y el fervor a la ciudad toda; y por eso en muchas ocasiones, hizo ese templo bendito, foco de grandes movimientos religiosos, co-

mo cuando inauguró allí, en mil novecientos treinta y uno, las grandiosas Misiones Guadalupanas, con que quiso se prepararan todos sus diocesanos a la gran conmemoración del Cuarto Centenario.

X.

En una hermosa gradación, del hermosísimo sermón —panegírico de la Madre, en dos invocaciones gratísimas a los jaliscienses, la de Zapopan y la de Guadalupe, y panegírico glorioso también del Excmo. Sr. Orozco— que predicó el Excmo. Sr. Camacho, en la Basílica Nacional Guadalupana, el dieciocho del último abril, para la Peregrinación anual de la Arquidiócesis de Guadalajara, reseñó el eminente orador sagrado, muy brevemente, el creciente radio de influencia del guadalupanismo de Monseñor Orozco, en su ciudad metropolitana y en su arquidiócesis, en su Patria, en Roma, en el mundo católico entero.

La misma gradación se impone ahora, aproximadamente, si se quiere presentar una reseña más o menos completa de la labor guadalupana del gran Prelado; lo cual haré, ampliando, en cuanto me sea posible, o completando algo más los datos allí consignados.

Así, en efecto, esa labor guadalupana fue extendiéndose, cual se va propagando, en círculos crecientes, la onda que formara, en la tersa superficie de las aguas, el choque de un objeto al caer. Tal en el alma pura y serena del Excmo. Sr. Orozco, cayó suavemente un pétalo de las rosas del milagro del Tepeyac y ese choque de amor extendió su influencia, que ha de perdurar, en

trascendente ondulación silenciosa, hasta los confines, en el espacio y en el tiempo, de la fe de la Iglesia, de la Patria mexicana.

Los corazones grandes abrigan sentimientos e ideales de ilimitada grandeza. Por eso Monseñor Orozco no pudo circunscribir su acción espiritual guadalupana a sola su devoción personal, a su hogar y al alcázar de la Reina en su ciudad metropolitana. Su arquidiócesis toda, la Basílica Guadalupana, su Patria, la generosa América. la grande Roma, centro del mundo católico, y el mundo católico mismo, habían de recibir el influjo de su fe y de su amor guadalupanos, hechos ardiente propaganda.

Verdadera alma de apóstol, era, por eso mismo, un egregio propagandista. Y lo fue, con inmenso cariño, con incansable celo, de la devoción a la Virgen Santísima de Guadalupe, entre las almas y los pueblos, con los ingeniosos recursos que presta el amor, con el alma siempre abierta a todas las iniciativas y sugestiones; revistiendo su propaganda todas las formas, desde las sencillas recomendaciones y palabras de aliento, hasta los altos ejemplos, de amplia trascendencia.

En el ejercicio de su autoridad pastoral, en su arquidiócesis directa o indirectamente, propagó el amor a la Santísima Virgen de Guadalupe, en numerosas pastorales, edictos, circulares etc., ya exclusivas, suyas, ya adhiriéndose con cálido entusiasmo a todo documento colectivo del episcopado nacional, que en cualquiera forma contribuyese a la gloria de la Santísima Virgen de Guadalupe.

Amplísima documentación requeriría una investigación minuciosa de todos los documentos oficiales, particulares u oficios ampliamente difundidos, que fueron

instrumentos de su devoción filial. Sólo recordaré algunos, que a la mano vienen.

En 1918, recomendó la pequeña, pero fervorosa revista, titulada "El Eco Guadalupano", que perdura aún, del infatigable devoto guadalupano, Lic. Manuel Garibi Tortolero.—En ese mismo año expidió un edicto, ordenando se hiciera en todos los templos de la Arquidiócesis la entronización de la Sma. Virgen de Guadalupe, como se hizo luego en todas partes con júbilo santo, iniciándolo la muy solemne, verificada en la Catedral, el 26 de mayo del mismo año.

En 1920, ordenó la solemne celebración de las Bodas de Plata de la Coronación, inspirada sin duda en el vívido recuerdo de su participación, de veinticinco años antes, en aquel gloriosísimo triunfo de la Virgen bendita.

Encendido en amor guadalupano, expidió el edicto de 12 de enero de 1931, con que inflamó a su arquidiócesis toda, para la grandiosa celebración del Cuarto Centenario de las Apariciones.

Ese mismo año emanó varias circulares y documentos, por los cuales mandaba —¡gratísimo mandato!— que todos los niños nacidos en ese año llevaran —¡cuán hermoso ideal!— único o adjunto, el nombre de Guadalupe; o recomendaba la peregrinación arquidiocesana anual de abril, primera solemne, —y llena de consuelo para él y para sus hijos—, después de la terrible persecución que acababa de sufrir la Iglesia Mexicana; o enfervorizaba a sus diocesanos a asistir a las mgníficas solemnidades del inolvidable diciembre de 1931, con una correspondencia, de parte del pueblo católico jalisciense, que causó admiración; o repetidamente excitaba a sus

hijos, en ese año y en los subsiguientes, a contribuir, con generosas limosnas, a las grandiosas obras materiales de la Basílica Nacional; o, en una palabra imprimía a la vida de sus diocesanos un ritmo creciente de inmenso entusiasmo, en todo ese año bendito, que culminó con las gloriosas efemérides inolvidables....

De muy diversas maneras propagaba la devoción guadalupana en su arquidiócesis el Excmo. Sr. Orozco. Con su mano quiso coronar solemnemente varias Imágenes de la Virgen Santísima de Guadalupe, como la del Santuario de Sr. San José, de Guadalajara y la de la parroquia de la Barca, autorizando o promoviendo las de otras muchas. Bendijo santuarios, altares, imágenes guadalupanas. Mandó que en todos los templos de su arquidiócesis, donde no los hubiera, se levantaran altares en honor de la Reina de México, consagrándoles los mejores lugares de los recintos sagrados, y quiso que en todas las parroquias y templos se establecieran asociaciones guadalupanas, con ocasión del Año Santo de 1931; que tal pudiera llamarse para México ese año bendito. En ese mismo año, recomendó vivamente que en todos los hogares católicos se le levantara a la Reina de la Patria un altar y un trono, con la hermosa práctica de la entronización, que tan dulcemente arraigó en los hogares católicos.

Particular predilección mostró siempre para las organizaciones, precursoras de la Acción Católica Mexicana, que después tanto impulsó, informadas de amor guadalupano, cuales fueron los Caballeros de Colón, las Damas Católicas, la gloriosa A. C. J. M. y sus queridos Obreros Católicos.

Ya hemos dicho cuánto se esforzaba por autorizar

con su presencia las festividades guadalupanas; y esto, no sólo en el Santuario y en su ciudad metropolitana, sino en cualquier lugar de su arquidiócesis, a donde se le invitara. Particularmente, además de las de diciembre, eran objeto de su santo entusiasmo, las de la peregrinación anual del Clero, el 12 de enero, al Santuario de Guadalajara y las del 12 de octubre, que hablaban de las glorias americanas de la Virgen Santísima de Guadalupe. La última grandiosa festividad guadalupana, que pudo celebrar con esplendor y libertad en su sede, fue la oficial de la Arquidiócesis, para la conmemoración del Cuarto Centenario, en su Catedral, el 12 de enero de 1932, doce días antes de que la violencia de la persecución oficial le impusiera su último y más doloroso destierro. ¡Cómo le vimos ese día, sus hijos, transportado de santa alegría, que muy pronto había de trocarse en honda pena!

XI.

La Basílica de la Madre querida fue para el Excmo. Sr. Orozco un imán de amor, que siempre atrajo su corazón, su entusiasmo, sus dones.

Nadie sabe, diré, insistiendo en una idea de Mons. Camacho, cuánto le habrá dado al templo máximo de su Madrecita, la mano generosísima de Mons. Orozco. Cierto es que, para Ella, tenía abierta siempre el arca inagotable de su generosidad. No es el lugar, tampoco, de computar las copiosísimas limosnas que la arquidiócesis de Guadalajara ha dado, movida por su inolvidable Prelado, para las obras magníficas del templo grandioso,

aunque es probable que sea la que más ha dado. Empero, —diré con el Excmo. orador citado—, suyo fue el don del Ilmo. Abad, que con alma de artista, temple de apóstol y corazón de sacerdote mexicano, ha podido realizar en la Basílica Nacional Guadalupana las obras grandiosas, que son el don del pueblo mexicano.

Muchos otros dones le ha ofrecido en homenaje a la Virgen bendita el Excmo. Sr. Orozco; muchas otras cosas hizo por su Basílica. Ella, la Madre, bien lo sabe. Pero entre todos, los más valiosos fueron, sin duda, los millares de corazones que arrastró en pos de sí y presentó ante la Reina augusta, en las inolvidables peregrinaciones anuales de su arquidiócesis y de las grandes solemnidades. Las inició, con la peregrinación del dolor, en 1913, cuando no tuvo sino lágrimas y sangre de hijos suyos que presentar a la Madre de la raza doliente y que fue como presagio de sus personales sufrimientos y de los dolores de su arquidiócesis y de la Patria, y las terminó con las dos gloriosísimas de 1931; la de abril, que fue el saludo amoroso, después de la terrible pesadilla de persecución de 1926-1929, y la inenarrable de diciembre, cuando los colosos del valle de México, teñida de emoción su nieve eterna, se asomaron al valle a contemplar a un pueblo inmenso que por la calzada de Guadalupe rezando, llorando silenciosamente y llevando en las manos la floración de mil jardines y en el alma la primavera del amor, caminaba anhelante a contemplar, muchos por vez primera, a su Madre adorada....

¡Oh! la fe, y la devoción y el amor de un pueblo de acendrados sentimientos religiosos y patrióticos, por él amorosamente cultivados y la de innumerables corazones de mexicanos y extranjeros, que por él han conocido

o amado más a la Virgen Santísima de Guadalupe, fue el mejor don que el Excmo. Sr. Orozco hiciera a la Reina de su Patria amada.

XII.

Trascendió también, amplia y profundamente, en el alma de la Patria, de la Iglesia y del Pueblo mexicanos, la actuación guadalupanista del egregio Prelado.

A ella se debe la concesión, carísima a todo corazón sacerdotal mexicano, impetrada por él, en 1908, siendo aún Obispo de Chiajas, del santo Pontífice Pío X, de que todo sacerdote pueda celebrar, cada día doce de mes, dentro del territorio de la república, la Misa votiva de la Santísima Virgen de Guadalupe, con Gloria, Credo y única Oración, a tenor de la votiva del S. Corazón. Es eso como la renovación mensual de la gloria del gran día; es la reiteración de las promesas de María de Guadalupe a su pueblo y la repetición de la melancólica cantilena del pueblo guadalupano a su Reina, Madre y Señora.

Fue extendido ese privilegio, y me parece que en ello anduvo también Monseñor Orozco, durante la persecución del trienio doloroso, a cualquier suelo extranjero, donde un sacerdote mexicano suspira por la Patria y por la Madre. "Endulzaba tanto —dice el Excmo. Sr. Camacho— las amarguras del destierro, esa gracia singular....."

La América católica, la América toda, recibió también el influjo del apostólico guadalupanismo del Excmo. Sr. Orozco.

Aprovechando las valiosas relaciones que su edu-

cación en Roma y su admirable trato le procuraron, hizo llegar a muchas partes la noticia y prender la chispa de la devoción guadalupana. En el Concilio Plenario Latino Americano, influyó muy directamente en darle aquel sello de guadalupanismo que lo distingue y que ha sido vigoroso impulso de amor guadalupano en el episcopado, clero y pueblo, que más tarde habían de obtener de la Santa Sede la gracia del Patronato de la Virgen Morena sobre toda la América.

Tengo entendido que más de alguna de las Imágenes guadalupanas, que fueron de embajadoras de nuestra fraternidad a Colombia, Venezuela, Perú, Argentina, fueron dones de la munificencia del Excmo. Sr. Orozco.

Y las fiestas mismas de la celebración de la extensión del susodicho Patronato, cuyo esplendor y resonancia a él se deben, no dicen menos de la intensa labor de acercamiento, en el amor de la Emperatriz de América, realizada por el grande devoto guadalupano, entre los pueblos que se cobijan con el bendito manto constelado, que guarda el Tepeyac.

Y la extensión del Patronato guadalupano a las Islas Filipinas, cuya fe debe no poco a la fe que plantó en nuestra Patria la Virgen Santísima de Guadalupe, patronato por tanto tiempo soñado por muchos e ineficazmente procurado por algunos, al Excmo. Sr. Orozco se debe, quien, el 16 de agosto de 1933, obtuvo del Santo Padre la aprobación de la idea, gestionó luego la petición de parte del episcopado filipino, invitó instantemente al mismo a la celebración de diciembre de 1933, con lo que, de hecho, quedó consagrado dicho patronato y, finalmente, sufragó los gastos que importaban los do-

cumentos de la Declaración relativa de la Santa Sede, felizmente lograda, gracias a su actividad y desprendimiento, el 16 de julio de 1935.

XIII.

La Roma de su niñez y de su adolescencia laboriosa, que vivió siempre en su recuerdo, no podía menos de recibir el sello ardiente del celo guadalupano del Excmo. Sr. Orozco.

En la comba del ábside de la majestuosa capilla mayor del Colegio Pío Latino Americano, un mosaico magnífico, iris de refulgencia y armonía, dirá por muchos siglos, a los hijos de América, de la piedad del ilustre Arzobispo de Guadalajara para con Ella y su Colegio querido. Sobre el ara sagrada del fastuoso altar marmóreo que a sus pies tiene, en la misma capilla, la Virgen Santísima de Guadalupe, se inmolará la Víctima divina, por edades sin término, gracias a su munificencia, que quiso para la Madrecita, en aquel sagrado recinto tan magnífico altar. Y muy cerca de ese altar y de aquel cuadro indestructible, una marmórea lápida hablará también de la gratitud del Pío Latino para con él, queriendo perpetuar el recuerdo de tanta magnificencia y tanto amor. Y, cuando acaso el tiempo haya borrado, de magnífica tela pictórica, regalada por él a la galería de obispos ex-alumnos, la gallarda figura del hijo preclaro. perdurará, lo esperamos, en esa Casa su recuerdo....

Las glorias de la solemnísima celebración del Patronato de la Virgen Santísima de Guadalupe sobre la América Latina y también, ya de hecho entonces, y de

derecho dos años después, sobre las Islas Filipinas, fueron, por decirlo así, la canonización magnífica, de católica trascendencia, de nuestra tradición y amor guadalupanos. Al Excmo. Sr. Orozco se debió la grandeza, la magnificencia, la genuina "romanidad" —¡intervino en ellas especialísimamente el mismo Papa!— de la grandiosa celebración. Nombrado por el Episcopado Mexicano, Presidente del Comité Romano Guadalupano, para organizar la más digna celebración del gran acontecimiento, llegó a la Ciudad Eterna por agosto de 1933 y, sin escatimar salud, reposo, dinero, etc., se entregó todo él a la preparación prolija e intensa, que requería la próxima grandiosa solemnidad, que se celebraría el ¡DOCE DE DICIEMBRE!

Nombró y movió, con su habitual dinamismo y con creciente entusiasmo, activas comisiones de sacerdotes y alumnos del Colegio Piolatino; habló con el Papa, con Eminentísimos Cardenales, Prelados, artistas y altas personalidades; estuvo en constante comunicación con los Episcopados mexicano, latino-americano y filipino y con el corazón del pueblo mexicano; en una palabra, se prodigó generosísimamente, para la realización de esas glorias romano-guadalupanas, que para siempre iluminarán la historia de la Virgen Santísima de Guadalupe, de su Pueblo y del gran Prelado, que pronto había de recibir el premio grande, sobre toda ponderación....

Aceptando inmediatamente la proposición de los religiosos josefinos, PP. Guillermo García y Francisco Ballesteros, de procurar la coronación canónica y solemne de la célebre Guadalupana, ante la cual pronunciara Benedicto XIV su "Non fecit taliter omni Nationi", y que se venera en la iglesia de la Visitación, de la

Vía Salaria, en Roma, cuyas religiosas instantemente también la pidieron, coronación lograda a costa de grandes esfuerzos, pero providencialmente facilitada por la misma Santísima Señora, hizo el Excmo. Señor Orozco preceder tan significativa y magnífica ceremonia, en la espléndida iglesia del Gesú, el día 10 de diciembre de 33, a las grandiosas solemnidades que dos días después se celebrarían en San Pedro. Hízola el Eminentísimo Cardenal Pacelli, con un esplendor y magnificencia, que llenó de gozo al grande devoto guadalupano, preludio del que experimentaría dos días después....

En efecto, el 12 de diciembre de 1933, preparada con toda la grandiosidad que su devoción y generosidad le inspiraron, con un honor antes no concedido a obispo alguno, en presencia y con la especialísima participación del Soberano Pontífice, del Papa mexicano y guadalupano, ante la sagrada Corte Romana, el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, altas personalidades del Clero y la Nobleza y ante numerosísimos fieles y peregrinos de Roma, de México, de América, del mundo, celebró Monseñor Orozco, por designación hecha en su persona por el mismo Papa, el divino Sacrificio de Acción de gracias, por el celestial Patronato de la Virgen Santísima de Guadalupe sobre las naciones hermanas de la América Latina y las Islas Filipinas... Fue la Hostia de México, de América, de las Islas hijas también de España y de la Iglesia, elevada hacia el cielo, por las trémulas manos de nuestro Padre inolvidable, en el corazón de la Iglesia Católica. Fue la Iglesia Católica misma, dando gracias a Dios, con sus hijas menores, mimadas de la Virgen.... ¿Habría pensado nunca el Excmo. Sr. Orozco que le estaba reservado tan grande

honor, tan glorioso premio, aquí en la tierra, a su ardiente amor hacia la Virgen de Guadalupe....?

¡¡Con qué ternura le vería la Virgen Santísima desde su Imagen santa, mandada pintar por él, que aparecía en la gloria prodigiosa de Bernini! ¡Por primera vez en la historia de aquel marco glorioso, una Imagen de María fue puesta allí!

Los que presenciaron y aun los que sólo leemos la relación de aquellos momentos sublimes, sólo el tributo de las lágrimas podemos ofrecer a una emoción tan grande, que, como bien dice Monseñor Camacho, fue el dardo con que la Virgen Santísima de Guadalupe hirió el corazón de nuestro Padre, para llevárselo pronto consigo....

La noche de ese día, la prodigiosa cúpula de San Pedro, la gran Basílica toda, era un inmenso topacio de oro, —en medio de la noche de Roma—, que cantaba las glorias de la Virgen Morena, hecha romana, hecha universal, y de la humilde Santa de Lourdes, Bernardita Soubirous.

En el colmo de su dicha, ofreció el Excmo. Sr. Orozco valiosos dones al Sumo Pontífice, suyos personales y del episcopado y pueblo mexicanos, para recuerdo de aquella inmensa gloria. Y ofreció a todas las iglesias y conventos de Roma, donde se veneran imágenes de la Santísima Virgen de Guadalupe, cuantiosos donativos, para que en todas se celebrara ese gran día. E hizo distribuir —parte por la mano sagrada del mismo Sumo Pontífice— cien mil estampas a colores de la Virgen de su Patria. Y en el magnífico refectorio del Colegio Pío Latino Americano, ofreció el ínclito Prelado, con aquella magnificencia tan propia suya, un espléndido banquete

a los Obispos, Diplomáticos Latino-americanos, Superiores de Ordenes religiosas, que se habían adherido a las preces para la coronación de la Guadalupana de la Vía Salaria, sacerdotes y alumnos latino-americanos y muchos peregrinos, estrechando así más y más, en íntima y gratísima convivialidad, los vínculos espirituales latino-americanos, en el amor de Aquella que únicamente puede reivindicar para sí los homenajes de todo un continente.

¡De qué manera tan verdaderamente católica había celebrado la Patria mexicana, las naciones americanas todas, el Año Santo, diecinueve veces secular, de la Redención de la humanidad! ¡Como que, en efecto, la Virgen Santísima de Guadalupe había llevado la luz de la Redención a las razas americanas, que yacían en las tinieblas y sombras de la muerte! ¡Ahora ellas venían, con la Emperatriz de América, a dar gracias a Dios, ante el Vicario de Cristo y sobre el sepulcro de los Apóstoles, por el don infinito de la fe y por el amor de la Madre de Guadalupe! ¡Preludio, éste, en su magnificencia y significación, del que América rendiría, al año siguiente, en la máxima metrópoli del mundo latino-americano, al Rey de las naciones, en su augusto Sacramento de amor!

Algunas de estas ideas esbozó el Sumo Pontífice, con otras bellísimas, al día siguiente del gran acontecimiento, en una audiencia inolvidable, en que el Excmo. Sr. Orozco, acompañado de los Obispos de Tulancingo, Sinaloa, Campeche, Querétaro y el Auxiliar de Morelia, de los delegados de todos los Prelados de México y muchos de los de la América Latina, y de muchos distinguidos sacerdotes, presentó más de trescientos peregrinos

mexicanos, además de los que en Roma habitualmente residen, para expresar al Sumo Pontífice el inmenso agradecimiento de la nación mexicana y de las naciones hermanas, por la altísima dignación de haber querido que tan solemnemente se celebrara en la eterna Ciudad, con su augusta participación, el Patronato de la Virgen Santísima de Guadalupe sobre la América Latina e Islas Filipinas; celebración que, en largos veintitrés años, no había podido tenerse a los pies mismos de la Reina bendita, en el Tepeyac, por la prolongada persecución que ha sufrido en este suelo la Iglesia de Cristo.

Lleno de benevolencia, ternura y amor paternal, que extremó para con Mons. Orozco, alma de la grandiosa celebración, agradeció el Sumo Pontífice los hermosos y significativos dones que él le presentó especialmente grato de la presencia de sus queridos hijos mexicanos y de las representaciones de la noble América, renovando sus bendiciones del día anterior, en que, dijo, ellos habían ocupado el primer lugar. Observó que el Año Santo había sido como providencialmente preparado para su especial reunión en Roma. Bendijo a los religiosos y religiosas, a los Pastores, presentes y representados, a sus amadas greyes, a la atormentada nación mexicana, a la América toda.

Para terminar, Su Santidad obsequió al Excmo. Sr. Orozco, una medalla de oro, con que quiso corresponder, ya que a cada uno no podía hacerlo, los valiosos obsequios que le habían hecho el Episcopado y México mismo y premiar, personalmente, en Monseñor Orozco, "el valor y el mérito".

Fue ésta la última ocasión solemne en que vió Mons.

Orozco al Sumo Pontífice, como para que quedaran para siempre más unidos en su recuerdo sus dos grandes amores: ¡la Virgen de Guadalupe y el Vicario de Cristo!

Aquellas alegrías fueron para el egregio Prelado el "Nunc dimittis". Muy pronto había de ir a perpetuarlas en el cielo....

XIV.

No podríamos terminar, sin decir algo acerca de la trascendencia de la labor guadalupana del Excmo. Sr. Orozco al mundo católico entero.

Si como dijera el Sumo Pontífice, las solemnidades del Año Santo extraordinario de la Redención, en Roma, fueron como la providencial preparación de la celebración de las grandiosas festividades guadalupanas, ofrecieron también al Excmo Sr. Orozco ocasión providencial para lograr del Sumo Pontífice su aquiescencia augusta, en orden a la realización de un magnífico ideal, cuyo autor créese que fue el mismo Monseñor Orozco: la extensión del Oficio y Misa propia de la Santísima Virgen de Guadalupe a todo el mundo. El escribió a todos los Obispos del mundo, para que pidieran al Santo Padre esa gracia singular; casi todos contestaron, de acuerdo. Unido lo cual a la significativa solemnidad del 12 de diciembre, en la Basílica Vaticana, ha sido un paso gigantesco hacia la dulce realización de este anhelo de Monseñor y de todos los devotos de la Reina de México y Patrona de la América y las Filipinas. Acaso no muy tarde —¡Dios lo quiera!— del mundo entero se levante al cielo, cada día doce de diciembre, un himno de amor a la Virgen Morena de la Nación Mexicana.

Por todas partes quedaron prendas de la devoción del insigne Arzobispo guadalupano. En la Sala de Acuerdos del V. Cabildo Vaticano, una hermosa Guadalupana, regalo suyo perpetuará su gratitud al V. Cabildo, por la coronación de la Guadalupana de la Visitación, de Roma, en la Vía Salaria.—En la Catedral católica de Westminster, Inglaterra, el altar y la Imagen bendita de la Reina de México, por él bendecida, y para cuyo envío por lo menos, generosamente cooperó, hablarán a los católicos ingleses y a los mexicanos que la visiten, de la piedad del gran Prelado guadalupano. —Efeso, cuna de la gloria de María, Madre de Dios, conservará una Imagen bellísima de la que dijo: "Yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida", regalo del Excmo. Sr. Orozco.—En Arsoli, donde se venera una de las Guadalupanas peregrinas, compañeras de los gloriosos jesuítas expulsados de la Nueva España por Carlos III, coronada antes que la celestial, en 1890, una hermosa capilla y un magnífico altar de mármol, quedarán como don munífico del generosísimo Mons. Orozco, quien, ya para regresar por última vez a su América, cerca de su patria querida, fue a aquella simpática población de la provincia romana a visitar a su Madre querida, objeto de su magnificencia, habiendo constituído su visita un glorioso triunfo, un cordial homenaje de gratitud del pueblo todo.

En Nagasaki, en el Japón, las Damas del S. Corazón tienen en la Capilla de su Colegio una Imagen de Ntra. Señora de Guadalupe, que unas Damas japonesas pidieron al Excmo. Sr. Orozco, quien con sumo agrado, se la regaló. En la misma ciudad de Nagasaki, lugar del

martirio de nuestro Protomártir S. Felipe de Jesús y en una iglesia que, a iniciativa y expensas, en gran parte, de Monseñor Orozco se está allí construyendo en su honor, y se levantará un altar a Ntra. Señora de Guadalupe, que, por sus gestiones también, quizá no muy tarde sea declarada por la Santa Sede Patrona del Japón. Para él regaló una Guadalupana, pintada en el siglo XVII por el célebre Maestro mexicano Juan Correa, la cual allá se encuentra, esperando su altar.

Monumento perenne de la piedad del Exmo. Sr. Orozco para con su Madre queridísima, sufragio perpetuo por su alma bendita, plegaria eterna, lámpara votiva de la Arquidiócesis de Guadalajara, cuyo obsequio del Cuarto Centenario quiso que fuera, en Roma, en la Basílica de San Nicola in Carcere, que conserva la taumaturga Guadalupana del celebérrimo prodigio, que movió, por largo tiempo, sus ojos suplicantes, en 1796, una magnífica fundación —un capital de ciento veinte mil trescientas once liras— establece la celebración, in perpetuum, de un solemne Novenario de Misas y Rosarios, predicación durante él, primeras y segundas vísperas de la solemnidad, Pontifical con asistencia del Cabildo de la Basílica y panegírico, el 12 de diciembre de cada año. ¡Qué don más magnífico para Ella, para su pueblo, para su alma!

Y en todas partes, doquiera que, en sus numerosos viajes por diversos países, halló una Imagen, un altar, un Santuario de la Virgen de su Patria y de su corazón, allí quedaron los mil dones ignorados de su munificencia, los dones de su fe y de su amor. De ellos nos hablarían, si pudiéramos detenernos más,sus visitas al magnífico altar de la iglesia de las Reparadoras, en Jerusalén; al

santuario de Albino y Santo Stéfano d'Aveto, y a muchos altares guadalupanos, en Italia; a las iglesias o altares guadalupanos, de las colonias de mexicanos y latino-americanos en Estados Unidos, España y Francia. Sólo Dios y la Virgen Santísima de Guadalupe saben en cuántos lugares, en cuántos corazones, en cuántas obras perennes, de cuántas maneras ejerció su ardiente influencia el amor guadalupano del inmortal Prelado.

XV.

Pero quedó también, perdurablemente —y éste será el último punto de la, por otra parte, inagotable materia— en sus actividades de generoso mecenatismo, en favor de la fe y devoción guadalupanas.

Patrocinador generoso de toda noble idea, amante decidido de las investigaciones históricas, entusiasta dilettante bibliógrafo, ayudó con largueza a toda publicación o propaganda guadalupana, para las cuales se recurrió a su magnificencia.

En 1913, hizo publicar en el Boletín Eclesiástico y luego tirar edición especial, de la primera estadística de templos y altares guadalupanos, del Lic. Garibi Tortolero. Aprobó y recomendó el Catecismo Popular Guadalupano, del mismo autor, cuya idea, de que Roma aprobara, para el rezo público, unas letanías Guadalupanas, por el mismo abogado compuestas, patrocinó ante la Santa Sede; idea que sólo frustró la negligencia de alguien, en Roma. —A él debió el mismo licenciado, el costoso envío y difusión, en países de lengua alemana, de cuatro mil ejemplares de un opúsculo guadalupano de

propaganda, costeada por algunos devotos en su edición, hecha en esta ciudad.— El corrigió —¡era un gran latinista!— y personalmente propagó en Roma, en las solemnidades del año de 33, un hermoso folleto guadalupano, en lengua latina, entre sacerdotes de lenguas disímiles de la nuestra, publicado en esta ciudad, también por el Lic. Garibi Tortolero.—Ultima ofrenda de esta especie a su Madre adorada, fue un opúsculo en japonés, notablemente bien logrado en esta ciudad, e impreso y enviado, con grande costo, a sus expensas que ha llevado a aquel lejano imperio, la singular historia del amor de María de Guadalupe para con su pueblo.

Y para que quedaran, como órganos perennes de la difusión, defensa y conocimiento de la fe guadalupana y del registro y comprobación de las gracias de la Virgen Santísima de Guadalupe en esta ciudad y arquidiócesis, estableció en Guadalajara la Junta Correspondiente de la Academia Mexicana de Santa María de Guadalupe y, en la parroquia del Santuario, la Oficina, Subsidiaria de la establecida en la Villa de Guadalupe, de Registro y Comprobación de gracias y favores de la Virgen Santísima a sus hijos.

XVI

Hemos terminado nuestro incompleto, aunque necesariamente prolijo trabajo, humilde ofrenda de admiración, veneración y amor filial a la memoria del Padre inolvidable.

Pudo él, coronado de méritos, entonar el "Nunc di-

mittis", al contemplar los frutos de su inmensa labor guadalupanista, en el glorioso ocaso en su vida.

Puede Guadalajara, cuna de grandes y fervorosos sabios y apóstoles guadalupanos, enorgullecerse de haber recibido de Dios el don magnífico de tal Prelado.

Oue él, ante Ella, ruegue por nosotros.

Pbro. Efraín Reyes Calleja.

8

Mons. Orozco y la Acción Social y Católica

Tarea inmensa, que ocuparía dignamente a los hombres más hábiles en recopilar datos para la historia de este siglo, sería la de consignar todos y cada uno de los hechos con que el Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo, Dr. y Mtro. D. Francisco Orozco y Jiménez, Asistente al Solio Pontificio, cooperó, mediante la Acción Social y Católica al engrandecimiento de nuestra patria, a la conservación de la fe, y a intensificar la vida espiritual de sus diocesanos de Guadalajara.

Tarea inmensa, lo repito, y que no puede contenerse dentro de los estrechos límites de un trabajo de la índole del presente, ni puede darse, no ya por concluída, pero ni siquiera por dignamente comenzada, con estas líneas,

entre las cuales sólo ha de ver el lector mi cariño sincero y mi gratitud profunda hacia el dignísimo Pastor de nuestra Arquidiócesis.

Dichas las cosas que anteceden, vengamos al asunto y digamos algo de la increíble, acertada e intensísima labor, mediante la cual, el Excmo, Sr. Orozco y Jiménez lanzó a las huestes católicas, en apretadas filas, plenas de entusiasmo, de buena organización y disciplina, al campo fecundo del apostolado seglar.

Ante todo dejemos consignado que desde el principio del Cristianismo los seglares han sido llamados a prestar su ayuda, tan valiosa como necesaria, a los encargados por Dios Ntro. Señor de promover y conservar en el mundo, juntamente con la fe, los beneficios de la cristiana Civilización.

Los santos más grandes, los hombres de mayor valer dentro del Catolicismo, han consagrado buena parte de sus energías a la organización de las fuerzas vivas de la sociedad, para hacerlas influir poderosa y benéficamente sobre los elementos que, por su apatía e ignorancia, están más expuestos a ser víctimas de la indiferencia religiosa, de la incredulidad y aun de la apostasía.

Mons. Orozco, hombre grande, cuya mérito no discuten ni sus enemigos, no podía dejar de tener una visión amplia y perfecta del medio en que debió actuar, ni podía prescindir de consagrar buena parte de sus energías a esa labor, necesaria en nuestra época, y con la cual están vinculados los intereses más graves de la Iglesia y de la sociedad.

Por eso le vimos dedicarse con empeño sin igual a la magna obra. En 1913, cuando aun no tenía un año de vivir entre nostros, fundó en esta ciudad el H. Consejo



La concurrencia a las Exequias en la Santa Iglesia Catedral. Al fondo la Pira conteniendo los restos de Mons. Orozco.



El Excmo. Sr. Garibi Rivera, pontificando en los funerales de Mons. Orozco.

Diocesano de la Unión de Damas Católicas Mexicanas, agrupación altamente benéfica, con fines de cultura y de moralidad, que muy pronto se ramificó por toda la Arquidiócesis, llevando a donde quiera una prueba viviente de que es la Iglesia la mejor amiga del pobre, la enemiga irreconciliable de la ignorancia y la **única** que trabaja con verdadero desinterés en favor de los desheredados de la fortuna.

¡Algún día se hará el recuento de las obras que esa institución fundó y sostuvo, y se verá entonces como repartió centenares de miles de pesos, fruto de la caridad, en vestir al desnudo, en dar de comer al hambriento, en socorrer a los enfermos; en academias donde las hijas de los pobres hallaban la manera de vivir de un trabajo honesto, salvándose de la prostitución; en escuelas gratuitas para los hijos de los pobres y en tantas otras empresas que el amor al prójimo por Dios sabe inspirar a quienes viven plenamente el espíritu de fe!

Que bién sabía Mons. Orozco y Jiménez que "la mujer, como lo ha dicho un gran orador católico, es la vanguardia de Dios".

Pueblo en que la mujer ama a Cristo y trabaja por El, es un pueblo ganado para la Iglesia y para la sociedad; pueblo en que la mujer se degenera, en que mira con indiferencia o con desprecio la causa de Dios, está llamado a perecer para todo lo que sea santo, noble, digno de almas puras y corazones generosos. Por eso las miradas del ilustre Prelado Tapatío se dirigieron a las nobilísimas matronas de esta ciudad. ¡Ya sabía él que, ganadas ellas, todo lo demás era hacedero!

Y así sucedió, en efecto: En 1920, organizadas ya las Damas Católicas y trabajando, con la decidida coo-

peración de éstas, la Juventud Católica Mexicana, se pudo fundar con éxito sin precedente, el Consejo Fray Antonio Alcalde, de los Caballeros de Colón, el cual tenía como principal objeto atraer a los elementos directores de la sociedad a una vida pública y sinceramente cristiana, que sirviera de ejemplo a las clases media y humilde y que diera a los primeros ocasión constante para cumplir los deberes gravísimos que el Señor de las sociedades y de las naciones les impuso.

Todo lo tenían reunido en su Consejo los Caballeros de Colón: Instrucción religiosa, formación católico-social, diversiones honestas, disciplina moral y reuniones familiares que servían admirablemente para fomentar los vínculos de la amistad y hacer de la clase directora un cuerpo bien organizado, homogéneo, para consagrarlo plenamente al servicio de los pobres.

¡Y cómo gozaba el Excmo. Sr. Orozco en dirigir y fomentar el desarrollo de tan noble institución!

El sabía que la sociedad como el pez, comienza a corromperse por la cabeza y por eso atendió, como a una de las mas imperiosas necesidades de su oficio pastoral, a la recristianización efectiva de las clases dirigentes.

La juventud se llevó las preferencias de su celo. Exquisitamente paternal puede calificarse la solicitud con que atendió a los jóvenes, bella esperanza de la Iglesia y de la Patria; se formaron en el crisol de donde salen los héroes y los santos. ¡Cómo fomentó la benemérita Asociación Católica de la Juventud Mexicana!: Casa buena, Biblioteca mejor, Gimnasio a envidiable altura, asistentes eclesiásticos sabios y virtuosos, deportes, etc., etc., a todo atendió con generoso desprendimiento y Dios Ntro. Señor, que nunca se deja vencer en genero-

sidad, le permitió ver coronada su obra con una pléyade de héroes y mártires!

Nombres tan gloriosos como el de Anacleto González Flores, Miguel Gómez Loza, Luis Padilla y muchos más, que son rico ornato de la juventud Contemporánea, irán siempre unidos, como los frutos al árbol, a la obra Social de Mons. Orozco.

Pero todo lo dicho hasta aquí es nada, si se estudia, siquiera sea someramente la honda preocupación que sintió nuestro difunto Pastor por las clases humildes de la Sociedad.

Nadie podrá desmentirnos si aseguramos que este trabajo inmenso no llevaba otra finalidad que el beneficio de los trabajadores, pobres de Cristo, a Quien él miraba con espíritu de fe representado en los que sufren.

Así se explica el cuidado que tuvo siempre porque los ricos (en cualquiera clase de bienes) fueran generosos con los que carecían y necesitaban lo que aquéllos poseían en abundancia.

A. C. J. M., Caballeros de Colón y Damas Católicas, tenían como mira principal de sus actividades remediar las miserias de cuerpo y alma de los pobres.

¿Con qué fin organizó la memorable **Jornada Social Zapopana,** en enero de 1921, sino para reunir a las personalidades más conspicuas y mejor orientadas de aquella época, a fin de que pusieran sus luces y su voluntad al servicio de la Causa de los Menesterosos?

¿Qué otra finalidad tuvo el magnífico, el inolvidable **Congreso Nacional Obrero,** el primero de esa índole en nuestra República, celebrado bajo los auspicios de Mons. Orozco, en marzo de 1922?

Todo lo afrontó por los pobres de Cristo: Censuras

mordaces e injustificadas, incomprensión y murmuraciones de personas, por otra parte muy buenas, que tachaban de imprudente su labor; persecuciones infames, cruelísimas, de los que viven de la explotación del pueblo y se oponen, por calculada perfidia, a que la Iglesia desarrolle su programa de justicia y caridad; y alguna otra pena, mas grave aún y profundamente dolorosa, que algún día será necesario decir públicamente, para que se aquilaten los grandes méritos de nuestro Padre y su generoso amor por las clases populares.

Con preparación social tan magníficamente trabajada, la Acción Católica se hubiera desarrollado entre nosotros con un vigor extraordinario, y hubiera comenzado a dar, hace ya mucho tiempo, frutos sazonados y abundantes; pero Dios Ntro. Señor permitió, para castigo o prueba de nosotros, que el movimiento anticristiano se desarrollara con tan vertiginosa rapidez y encarnizado odio, que hasta los corazones mejor templados se sienten desfallecidos y temerosos de participar en la importante obra, y que sólo unos pocos elementos de amor decidido a la Causa de Cristo hayan ejecutado hasta hoy la inaplazable empresa, y esos elementos, lo aseguramos firmemente, son frutos de la perseverante labor de nuestro Padre.

Día vendrá, Dios quiera apresurarlo, en que alcanzando su pleno desarrollo los trabajos comenzados por nuestro Excmo. Arzobispo, sea la Arquidiócesis de Guadalajara una de las más bellas esperanzas de la Iglesia, y de la Patria.

Pbro. Salvador Morán.

9.

Amor a la Compañía de Jesús

El primer jesuíta que conoció y trató Mons. Orozco fue el Padre León Wilde, holandés de nacimiento, recién llegado de Europa.

Era el P. Wilde una personalidad interesantísima. Su linaje distinguido, su actuación como capellán de zuavos pontificios, su amistad con dos Pontífices, su vasta cultura y sobre todo su acrisolada virtud, hacían de él un personaje extraordinario. Pero esto era poco comparado con la simpatía que a todos inspiraba. Porque el P. Wilde más que aristócrata y más que sabio era un hombre de una sencillez encantadora. Vino a México ya anciano; a pesar de esto hubiera podido aprender admirablemente el español por estar habituado a dominar en poco tiempo las lenguas más difíciles; pero como todo lo entendiera desde el primer día de su llegada, creyóse

en perfecta posesión de la lengua y se lanzó a la predicación y demás ministerios sacerdotales. Calcúlese lo gracioso de su lenguaje. Este fue el hombre que despertó en Mons. Orozco un entusiasmo sin límites por la Compañía de Jesús.

El modestísimo colegio de San Simón recién fundado en la hacienda de los Sres. Dávalos, fue desde entonces el sitio predilecto de Mons. Orozco. Allí trató a Padres y Hermanos de diversas nacionalidades, acrecentándose con íntimo y constante trato su devoción a los hijos de San Ignacio de Loyola.

En el Pío Latino se estrecharon aún más estas relaciones. Capítulo aparte merece esta parte de su vida: a él me remito. Baste anotar su predilección por las doctrinas jesuíticas, su veneración especial por sus ministerios y su devoción singular por los Santos y Beatos de la Compañía de Jesús cuyas reliquias se veneran en Roma.

Al regresar de Europa no dejó pasar un solo año sin hacer los Ejercicios de San Ignacio en alguna de las casas de la Compañía; y eligió por confesor a uno de los Padres de Santa Brígida. Semanalmente, con preferencia los sábados, acudía a tratar de cosas de espíritu con su Padre Director y se prestaba gustoso o tomar parte en todas las festividades de la Compañía de Jesús que se celebraban en San Francisco y Santa Brígida.

Decía en cierta ocasión al P. Santiago: "Mi estima y cariño se extienden por igual a todos los miembros de la Compañía de Jesús sin distinción de Padres o Hermanos, conocidos o desconocidos; todos son iguales para mí". Frases que le oímos repetir en muchas ocasiones.

Era singular el interés con que tomaba todo lo que con la Compañía de Jesús se relacionaba: misiones, empresas, personas, todo lo consideraba como suyo. Era sabido de cuantos le tratamos; tocarle a la Compañía de Jesús era tocarle en lo más vivo.

En 1902 tan luego como supo su preconización para la diócesis de Chiapas acudió al P. Provincial Tomás Ipiña y le dijo estas textuales palabras: "Acabo de ser preconizado Obispo de Chiapas; si V. R. me promete darme Padres que vayan conmigo a fundar una residencia, o lo que se pueda, contesto a Roma aceptando; si no me da Padres, renuncio a la mitra".

El P. Provincial accedió a sus deseos y no sólo destinó al P. José Estrada para enseñar teología en el seminario, sino que fundó la residencia de San Cristóbal de las Casas.

Y la nueva residencia fue objeto de la atención paternal del nuevo Prelado. Los gastos de manutención casi corrieron por su cuenta y gracias a sus subsidios pudieron los Padres llevar a cabo muchas de sus empresas. Basta citar la escuela de niños fundada en 1904 por el P. Casimiro Alvarez.

No teniendo casa propia la residencia, aprovechó el Sr. Obispo la primera oportunidad de comprar una a propósito para cederla a los Jesuítas. Cayendo en la cuenta de que la iglesia aunque buena estaba alejada del centro, llamó Mons. Orozco al Padre Superior y le dijo escogiera la que más le acomodara, exceptuando únicamente la catedral y el seminario.

Al morir su hermano el Sr. Pbro. Luis Orozco, hizo donación de la magnífica y copiosa biblioteca del difunto a la casa de formación de El Llano. Valiosísimo obse-

quio, que ha sido bien aprovechado por los jóvenes estudiantes de la Provincia de México.

Llegó a oídos de Mons. que el clima de la casa de formación era detestable, resintiéndose por ello la salud de muchos jóvenes; sin pérdida de tiempo ofreció a los Superiores su casa y huerta de Jacona para trasladar allí el noviciado.

Arzobispo de Guadalajara, no perdía ocasión de dar a conocer su devoción y afecto a la Compañía de Jesús.

Sus liberalidades con la residencia y colegio fueron continuas. Atestígualo el P. Santiago, testigo de lo que afirma. "Desde 1919 que volvió del destierro hasta el dia en que murió no dejó de prodigar su liberalidad con nosotros. En una de las primeras entrevistas que tuve con él me preguntó luego cómo andábamos de fondos y luego me asignó una mensualidad para ayuda de la residencia". "Otro día me dijo: la dirección diocesana del Apostolado de la Oración debe estar en manos del Superior de la residencia. Inmediatamente dió orden al que era entonces director diocesano, Sr. Canónigo Don Crescencio Gutiérrez que me entregase los libros." "Otro día me dijo: es bueno que funde V. R. en San Felipe la Congregación Mariana para Señoritas ya que no tengo la que las Damas del Sagrado Corazón tenían en el colegio." "El gozo que inundó su alma con la canonización de San Pedro Canisio y su Doctorado, se manifestó en seguida en las obras. Estableció la Congregación del Catecismo y lo nombró Patrono de todas las doctrinas de la arquidiócesis y costeó la estatua del Santo que sirvió para las fiestas de la canonización que se hicieron en San Felipe". "Más de seis meses estuvo instándome para que escribiera al P. Provincial para abrir una residen-

cia en Zapotlán y cuando se pasaban semanas y semanas sin obtener respuesta favorable, siempre que lo veía me preguntaba sobre el éxito de nuestras gestiones". "También quería se fundara otra residencia en Tepatitlán y un Colegio en Lagos de Moreno". "Cuando tuvo conocimiento de la penuria del Noviciado no sólo aprobó la idea del comité Pro Isleta College, sino que se suscribió con cien pesos mensuales a reserva de dar todo lo que pudiera extraordinariamente" y excitó a sus sacerdotes, especialmente a los exalumnos del Colegio Pío Latino, a contribuir para el sostenimiento del noviciado.

Sobre este particular nos da el P. Rafael Herrera, profesor de Isleta, los siguientes datos: "A su intervención se debió en buena parte el dinero necesario para la edificación de esta casa. El órgano que costó 3750 dollars fue regalo suyo. Dos veces nos regaló loza por valor aproximado de unos 200 dollars. Sabiendo el apuro en que estábamos el año pasado, remitió 1000 dollars con que se pudo ir a vacaciones y cubrir otros gastos".

La Compañía de Jesús para mostrar su agradecimiento a tan generoso protector y ferviente devoto, otorgóle Carta de Hermandad y con ello participación de sus bienes espirituales; favor señalado que el General de la Compañía de Jesús sólo concede a bienhechores muy insignes: además de los sufragios ordinarios ofrecidos por todos los miembros de la Provincia Mexicana de la Compañía, el M. R. P. General mandó aplicar en Roma 300 misas por el eterno descanso de Mons. Orozco y Jiménez.

Manuel Cordero, S. J.

10

Espíritu Renacentista

Es costumbre triste y pueril, muy propia de ambientes culturalmente entecos, establecer paralelos absurdos entre las más altas figuras humanas y las borrosas personalidades del ambiente propio. Aún hay quien creyéndose crítico recuerde a Homero y a Dante ante los versos de buena voluntad de cualquier soñador paciente. Mas a quien conozca, al menos a grandes rasgos, la vida, los sueños y las realizaciones del Excmo. Sr. Orozco y Jiménez, se le impone el recuerdo de los grandes Prelados renacentistas.

Aclaremos un término equívoco. Casi todos los pensadores contemporáneos, que han acometido la noble tarea de hacer justicia a la calumniada Edad Media, condenan el movimiento renacentista como una funesta subversión de valores: de allí hacen arrancar la concep-

ción antropo-céntrica del universo, característica de los tiempos modernos, en oposición al Theo-centrismo medioeval, por cuya instauración luchan. Así, entre los más leídos, Berdiaeff. Pero conviene no olvidar que en aquel formidable movimiento espiritual hubo, como nota Pastor, dos corrientes claramente marcadas, la paganizante y la cristiana. Nunca se opuso la Iglesia a extraer del antiguo bagaje humano todo lo que en realidad significa un valor, y sólo una triste miopía puede hacer escribir que la Revelación divina nos hace lógicamente despreciar toda investigación filosófica; como si las enseñanzas divinas sobre los destinos eternos no hubieran dejado al libre esfuerzo de los hombres la enorme lista de problemas filosóficos que han preocupado siempre a los pensadores de todos los credos.

Cierto es que la corriente pagana de origen renacentista acabó por ganar para el racionalismo un enorme número de ambientes culturales modernos; pero no podemos olvidar la gloriosa serie de Pontífices y Prelados que trataron de incorporar lo noble y lo sano de esa maravillosa efervescencia a la eterna savia de los destinos cristianos.

Una de las notas características de los grandes Prelados del Renacimiento fue su continuo ardor por vigorizar los altos valores humanos: intensificación cultural, conocimiento de los grandes autores, enriquecimiento de bibliotecas, apoyo decidido a sabios y artistas, preparación por todo lo que pudiera significar un humano progreso. Precisamente estos rasgos queremos estudiar en la vida y en la obra del Excmo. Prelado.

No podemos pretender en estas pocas líneas hacer un estudio exhaustivo; serían necesarias largas investiga-

ciones y segura formación histórica. Por otra parte el catálogo completo de su maravilloso Mecenazgo jamás podrá hacerse. Todos los que vivieron algún tiempo a su lado saben el enorme número de auxilios que sus manos siempre pródigas repartían sin que quedara rastro alguno de su munificencia realmente señorial.

Rico por diversas herencias familiares, encargado repetidas veces de aplicar fuertes sumas de dinero a causas nobles, vió pasar por sus manos ríos de oro que desembocaron íntegros en sus grandes empresas de caridad y de cultura hasta su muerte, a la que llegó pobre.

Cuando el diez y nueve de mayo de mil novecientos diez y ocho, en las amarguras de su segundo destierro, la avalancha de calumnias suscitada por su eterna actitud viril ante todos los desafueros lo obligó a publicar su célebre Memorandum, nos legó con él, además de pruebas históricas contundentes sobre su supuesta rebelión de los chamulas y su entera actuación episcopal, una preciosa revelación de los impulsos magnánimos de su espíritu, quizá la veta más profunda de su figura. Ciertamente nadie abrigará temores de que la severa revisión de la Historia pueda atribuirle actitudes equívocas y tortuosas ante los grandes conflictos de su época: su línea fue siempre clara y recta, de un solo juego.

Lo que Chiapas le debe casi parece una maravillosa leyenda: muy raras serán las regiones que hayan tenido quien consuma por ellas toda una herencia cuantiosa. Hasta mil novecientos veinte y seis, una de las principales calles de S. Cristóbal las Casas llevó su nombre: pocas veces una distinción de este género ha sido tan merecida.

Ante la acusación de traidor a la Patria, él mismo

se vió obligado a recordar a grandes trazos su labor en Chiapas en la página undécima de su Memorandum: "Si cabe decirlo, antes de ser Obispo me dediqué al magisterio y ya siéndolo podría enorgullecerme de haber echado sobre mis espaldas una labor ímproba de civilización y cultura en el Estado atrasado de Chiapas, en donde a costa de grandísimos sacrificios y expensas personales, di poderoso impulso a la instrucción, abatida al extremo de no haber encontrado más centro de este género en todo aquel vasto estado, que tiene unos ochenta mil kilómetros cuadrados y cuenta cuatrocientos mil habitantes, que el raquítico Seminario con una escuelita anexa; y por otro lado el Instituto, entonces moribundo, perteneciente al Gobierno y una que otra escuela en que los maestros, más bien que enseñar a los discípulos, aprovechaban sus fuerzas o el producto de las multas por su ausencia, en sus labores de campo.

Fundé cinco colegios de niñas regenteados por personal traído de Europa a mis expensas y bien dotados de mobiliario escolar, en diversas poblaciones, y uno de niños puesto igualmente a la mayor altura; tuve a la vez siete jóvenes en colegios de Europa recibiendo una esmerada educación. La civilización de los indios fue objeto de mis desvelos y sudores, y se consiguió bastante adelanto en una parte considerable de ellos. Doté de alumbrado eléctrico a la inaccesible Ciudad de San Cristóbal las Casas, que está a la altura de México y en el centro del Estado, separada de todo otro punto por montañas y ríos casi insuperables; la doté, superando lo que se reputaba imposibilidad, de elegante alumbrado eléctrico, y tomé acciones para el de Comitán. A mis expensas se levantó, en una plaza especial, un monumento con

su estatua traída de Carrara al inmortal P. Las Casas, primer Obispo de Chiapas y Padre de los Americanos. Promoví las industrias entre los indios, estableciendo talleres, y en especial el de construcción de órganos tubulares, para proveer a varios lugares de ese instrumento armónico. Promoví la reconstrucción de iglesias y casas parroquiales, establecí hospitales y orfanatorios. Esta sucinta reseña hecha por el mismo interesado no tiene otro objeto más que la vindicación del buen nombre. ¿Es esto ser traidor a la Patria?"

Hay que añadir a esta ingenua enumeración la reconstrucción material e intelectual del Seminario, la pavimentación de la calle principal de S. Cristóbal, la fundación de escuelas parroquiales en diversos lugares de la Diócesis y la enseñanza de la Doctrina Cristiana a los indios, encomendada a los P. P. Jesuítas. (Debo advertir que no diré una palabra de su maravillosa actitud frente a esta benemérita Orden, por ser tema encomendado a otras manos.)

Queda también el espléndido monumento del primer Sínodo de Chiapas dirigido y casi totalmente redactado por él mismo.

Buena ocasión es ésta de recordar sus sabrosas redacciones latinas del Concilio Plenario Latino Americano y del Quinto Provincial Mexicano: "Cum sine fide impossibile sit placere Deo." El Excmo. y Revmo. Sr. Dr. Dn. Manuel Fulcheri y Pietra Santa, en la oración fúnebre pronunciada en Guadalajara, recordó la decisiva influencia de nuestro Prelado en el acierto de la forma latina dada a nuestro gran Concilio.

Los que fueron alumnos del Seminario de México por los años de mil novecientos cuatro a ocho aún re-

cuerdan que para multitud de ejercicios de redacción latina de documentos eclesiásticos, el modelo orientador era la clara y sobria prosa latina del Quinto Provincial Mexicano debido a la pluma clásica del Excmo. Sr. Orozco. Las circunstancias mismas de su formación hicieron de él un prosista latino superior al castellano. Dos meses antes de cumplir los doce años marchó a Roma; y allí durante cuatro años cultivó la literatura clásica latina, bajo la dirección del célebre humanista Manoni. Toda su vida fue ferviente cultivador de las bellas formas latinas; quedan de él varios poemas latinos de gallarda versificación: al fin de su ya citado Memorandum insertó uno "Ad Virginem Guadalupensem" seguido de la traducción en versos castellanos hecha por el Excmo. Sr. De la Mora.

Ciertamente no toleró que la serena y repetida lectura de los clásicos robara jamás tiempo a su labor pastoral; pero durante sus forzados encierros se le vió volver a rendirse al alto placer de la lectura de Virgilio, de Horacio y de los buenos poemas Ovidianos. No podía tolerar los escritos latinos incorrectos; una buena prosa latina siempre se abría paso hasta su corazón.

Entre las disciplinas humanas, la que más lo sedujo fue la Historia: todavía en su último encierro renovó la lectura de la gran obra de Pastor y del Lutero de Grisar; en el anterior volvió a recorrer la Historia de Astráin, y son conocidas las colecciones de estudios históricos, que él con su entusiasmo y su dinero sostuvo: La publicación de documentos inéditos para la Historia de Chiapas (2 tomos). Colección de documentos inéditos o muy raros del Arzobispado de Guadalajara. Documentos para la Beatificación de Fray Antonio Margil de Je-



En el momento de salir el féretro de la Catedral.

sús. Biografía del mismo. El manuscrito del P. Pichardo sobre la vida y martirio de San Felipe de Jesús, que se encontraba en el lote "Jenaro García" de la biblioteca de Austin, él lo dió a conocer en Guadalajara en mil novecientos treinta y cuatro en una magnífica edición. Costeó asímismo la "Continuación de la Historia de Solís" por el P. Tomás de San Rafael, carmelita descalzo. Este venerable manuscrito se imprimió en Valencia en mil novecientos veinte y siete. Ayudó para la publicación de la Historia del Seminario de México y del importante ensayo histórico hecho hace pocos meses por el Lic. Félix Navarrete sobre "La lucha entre el poder civil y el clero a la luz de la Historia". Este ensayo dejó al Excmo. Señor plenamente satisfecho; elogió su perfecta imparcialidad y su maravillosa solidez.

En mil novecientos veinte y seis, durante el saqueo de su residencia, tuvo que lamentar la pérdida de su valiosísima colección de antigüedades mexicanas y de los cuadros y esculturas que entonces poseía. Todavía en los últimos meses de vida se preocupó por enviar a una sociedad de estudios americanistas, en la que colaboraba, diversos estudios sobre las claves para la lectura del Códice Troano americano del Museo de México.

Otro de sus últimas empresas fue la construcción de un hermoso templo a San Felipe de Jesús en el Japón, en el lugar de su martirio. Aprovecho la ocasión para rectifcar una pequeña inexactitud contenida en el valioso y documentadísimo estudio que el Sr. Lic. Garibi Tortolero publicó en el número de marzo de la Revista Labor de esta ciudad. Para afirmar el Sr. Licenciado que los planos y diseños se deben al Sr. Ing. Dn. Luis Ugarte. Cierto es que este ilustre Ingeniero fue siempre el

principal consultor del Excmo. Señor en las obras arquitectónicas; pero esos planos y esos diseños, que he podido admirar por mí mismo, se deben al Sr. Ing. Dn. Ignacio Díaz Morales. ¡Ojalá pueda terminarse esa hermosa obra conforme a los diseños originales, que dentro de la obligada evocación del barroco mexicano, están llenos de la sencillez y aristocracia espiritual, que el citado arquitecto sabe infundir a sus proyectos!

Es necesario recordar en este lugar la obra realizada en la Colegiata de San Juan de los Lagos por iniciativa del Excmo. Señor, que la emprendió con la idea de intensificar valores estéticos. Sabido es cómo el Excelentísimo Señor adquirió en Asís el antiquísimo y venerable altar de la Porciúncula. La instalación de la sola mesa gótica del altar en aquel ambiente barroco no hubiera provocado disputa alguna, que tuviera sombra de razón; pero el conjunto de las costosísimas obras realizadas ha dado ocasión a encontrados pareceres; dejemos el fallo a los críticos de arte, y subrayemos tan tólo en esta, como en todas las empresas del Excelentísimo Señor, su auténtico espíritu renacentista.

Aunque es materia de otros ensayos, no puedo dejar de hacer alusión a la legión de más de sesenta sacerdotes formados en Europa con el dinero o por la iniciativa del Excelentísimo Señor. Esta obra, condenada sólo por cretinismos irredimibles, tiene necesariamente que dar sus frutos en las altas esferas del espíritu.

También de sus obras pasmosas en el Colegio Pío Latino Americano se tratará en otras páginas; pero recordemos al paso el espléndido mosaico del ábside de la capilla, que el proyecto inicial valorizaba en cincuenta mil liras; el precioso pavimento de mármoles incrusta-

dos, y los lujosos altares por él ofrecidos a esa insigne Institución.

Soñó siempre con el incremento de la música sagrada; logró que se dispensara una pensión a un músico jalisciense, a quien se envió a Europa con ese fin: soñaba con la organización de un Instituto para el fomento de la música sagrada. Una de las preocupaciones de sus últimos días fue la organización del canto litúrgico popular; función que encomendó al Sr. Pbro. Dn. Manuel Aréchiga, perfeccionado musicalmente en Europa por los cuidados del mismo Excelentísimo Señor.

Espíritu abierto a todo valor humano elevado supo reproducir en sí mismo el famoso lema renacentista sintetizado por Menéndez y Pelayo en su estudio cervantino: "Aristocrática y elevada manera de espíritu."

Pbro. Manuel de la Cueva.

Ad Virginem Guadaluppensem.

Improba mexiceas dum gens grassatur ad oras,
Quid Tibi, Sancta Parens, referam, quid pectore voces
Clamans attollam, quid questus questubus addam?
Tanta etenim ægre fert animus meminisse patrata
Crimina et immanes refugit renovare dolores.

Nonne vides quali premimur per fasque nefasque
Imposito Patriæ jugo et undique ut atra tyrannis
Imperitet Christique perurgent agmina late?
An Stygius pressum victor caput extulit hostis
Virgineo frustra regno pedibusque subactus?

Funeribus lacrymisque satis, mea gens: Genitricis
Reginæque bonæ tuto sub tegmine sospes.
Diffugiat prorsus iam acies confusa nefanda,
Fulgeat et rutilans iterum lux alma, beatam
Per Te, iam nobis oh! reddens usque quietem.
Atque Tuas, Virgo, populus devotus ad aras
Certet cum precibus mixtas persolvere grates,
Guadaluppensem tollens ad sidera Matrem.

Romae, die 19 Febr. 1916.

† *Franciscus,*

Archiepiscopus de Guadalajara.

11

Monseñor Orozco y su Bibliografía

¡Por qué no decirlo!...... fue sabio y profundamente erudito; la ilustración del 5º Arzobispo de Guadalajara era tan vasta que se antoja ver en ella esfuerzos supremos del Maestro Fray Agustín Dávila Padilla legando a la Humanidad la "Historia de la Fundación y discursos de la Provincia de Santiago de México del Orden de Predicadores por las vidas de sus varones insignes y cosas notables de la Nueva España" (1596). Era Mons. Orozco tan conocedor del pasado de la Historia de México que su labor se confunde con la del P. Fray Antonio Remesal, escribiendo la "Historia General de las Indias Occidentales y Particularmente de la Gobernación de Chiapas y Guatemala" (1620). Al dar Mons. a la estampa la "Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chiapas", (2 tomos), continuó la fecunda y laudable tarea de esos gloriosos genios cuyos nombres reclaman el particular tributo de una veneración continuada e inmarcesible: El sacó de la oscuridad misma y del olvido, importantísimos manuscritos que sirvieron de abundante y fresca fuente a nuestros cronistas, escritores e historiadores: El, con paciente y difícil labor, tanto más meritoria cuanto que S. E. no buscó con ella el aplauso ni el lucro, depuró y completó la interesante Historia de las Sedes Episcopales que con verdadero tino rigió; honrando cumplidamente a sus antecesores.

El Excmo. Sr. Arzobispo Orozco y Jiménez con un amor inmenso por todo lo que se relacionaba con nuestro ilustre pasado y en especial

con las pobres razas aborígenes, descubrió y salvó de la destrucción, muy notables monumentos arqueológicos y manuscritos en las lenguas de Chiapas; de estos últimos obsequió con su habitual generosidad copias voluminosas al Museo General de la Nación.

Su generosidad era sin límites, cuando se trataba de dar a conocer a México en su pasado glorioso y cuando lo reclamaba así la defensa de la Iglesia Mexicana, de la cual fue Mons. un esforzado paladín, un defensor patricio. Encontrándose en Oklahoma City, en uno de sus injustos destierros, visitando el Convento de Carmelitas descalzos españoles, a donde le gustaba ir con frecuencia los domingos a predicar a los mexicanos, refiere el P. Fray Ricardo del S. C. de Jesús, C. D. que en cierta ocasión dijo a S. E.: "Señor, en nuestro convento de Valencia tenemos una preciosa Historia de México escrita por un Padre nuestro, y está todavía inédita, a pesar de haberse escrito en 1788". Al oír ésto, los ojos del Señor Orozco se abrieron desmesuradamente, despidiendo chispas de entusiasmo, dijo: "PUES ESA HISTORIA LA QUIERO YO PARA MIS MEXICANOS". Esta expontánea promesa del grande Arzobispo de Guadalajara se realizó al editarse dicha Obra: "Historia de La Conquista, Población y Progresos de la Nueva España, Segunda Parte en Continuación de la Historia del Inmortal Cronista Dn. Antonio Solís, por el P. Fray Tomás de San Rafael, Carmelita Descalzo", del propio peculio del Excmo. y Rvmo. Sr. y Mtro. Dr. D. Francisco Orozco y Jiménez Arzobispo de Guadalajara, Jal., Mex. como reza la carátula de la mencionada Obra.—Fueron muchos y escogidos los libros que publicó el Excmo. Sr., mereciendo especial mención las Colecciones de Documentos relacionados con las iglesias de Chiapas y Guadalajara. Respecto al mérito de la documentación referente a nuestra esclarecida Arquidiócesis, el Sr. Lic. Don Ignacio Dávila Garibi, encargado por S. E. R. para la publicación de todos los datos compilados en los archivos de Sevilla y de Roma a donde fue enviado dicho letrado, sufragando el Sr. Orozco todos los gastos, se encargó de ponderar la utilidad de la referida documentación; así como de disponer las materias de que tratan los documentos de los cinco volúmenes que se alcanzaron a publicar. Mas, por lo que ve a los Documentos Inéditos relativos a la Iglesia de Chiapas el Excmo. Sr. Arzobispo imprimió el tomo primero en 1906 y el segundo en 1911. Las materias contenidas en este segundo libro han sido clasificadas en cuatro secciones, a saber: Historia Eclesiástica Geografía, Estadística y Viajes; Indios; e Instrucción Pública.

Pertenece a la primera el selecto legajo de papeles tomados del Archivo Secreto Vaticano con que se abre este volumen, escrito casi todos en latín, y de los cuales son los más notables las actas consistoriales de las erecciones de las diócesis de México, Chiapas, Yucatán y Michoacán; los nombramientos de los Ilmos. Sres. Zumárraga, Las Casas y Quiroga; unas noticias sobre los jesuítas residentes en Chiapas durante el siglo XVIII, y otras acerca del Obispo Núñez de la Vega.

En la segunda sección sobresalen los importantísimos expedientes sobre las anexiones de Soconusco, Tabasco, al Obispado de Chiapas, respecto de los cuales no podríamos hacer mayor elogio que declararlos fundamentales para la Geografía de esa región. No son inferiores los documentos que aparecen en seguida, tomados del Archivo Episcopal de Chiapas, indispensables para dilucidar la cuestión de límites entre el Estado de este nombre y el de Tabasco, documentos que son, entre otros: un informe del Obispo Polanco sobre la Rivera de Occápam, otro del Obispo tercero respecto de la rivera de Mezcalápam y la real cédula de erección del pueblo de San Francisco de Guadalupe. Quien desee escribir una Geografía razonada y completa del Estado de Chiapas, tendrá que consultar imprescindiblemente el expediente sobre la anexión del departamento de San Francisco Motozintla a la diócesis de Chiapas, la estadística de ésta en 1776, varios informes del ya mencionado Ilmo. Sr. Polanco, dos expedientes de segregación de parroquias del Obispado de referencia, otro acerca de los limites de Chiapas y Tabasco y la relación de los viajes de Fr. Alonso Ponce.

La tercera sección comprende una relación del Obispo Feria sobre la idolatría de los indios, un expediente con diversas cédulas reales y otros documentos relativos a sublevaciones de aquéllos y un importantísimo legajo acerca de los lacandones, todo lo cual forma un conjunto muy digno de ser estudiado por cuantos se dediquen a la historia mexicana. Constituyen quizá la parte más hermosa e interesante de este libro, porque revelan el santo empeño incansable de los prelados y gobernantes chiapanecos por redimir a los indígenas de su triste condición de siervos de la ignorancia, los documentos concernientes a la fundación de una Escuela Pía de Niñas en Ciudad Real, donde las educandas aprenderían la doctrina cristiana, las primeras letras, a hilar, a coser y las demás ocupaciones propias de su sexo; los que se refieren a la creación de cátedras de Filosofía y Teología en el Seminario de la propia población; los que tratan del establecimiento de tres escuelas públicas y gratuitas de primeras letras en los conventos de Santo Domingo, San Francisco y la Merced de allí mismo; los que versan sobre la plantación de una Escuela Normal de Enseñanza Primaria, de acuerdo con el nuevo método inventado por Fr. Matías de Córdova, y de una Academia de Dibujo; los correspondientes a la erección de una escuela de primeras letras en Comitán, y, finalmente, los que tratan de la escuela de enseñanza de hilados y tejidos de la tierra, fundada por el Ilmo. Sr. Olivares en Teopisca, el año de 1791, y donde las viudas encontraban el medio de socorrer su necesidad y las niñas el de aprender la doctrina en castellano, a tejer, hilar y coser bajo la dirección de dos maestras ladinas y un maestro de telas de la tierra. Si se formara una estadística comparativa de fundaciones de establecimientos de enseñanza pública en las diversas regiones de la Nueva España, seguramente que Chiapas, gracias a estos documentos, ocuparía uno de los

primeros lugares. ¡Justo es reconocer que el digno Sr. Obispo de Chiapas, ha hecho aqui labor meritoria, fructuosa y duradera, como mexicano, como prelado y como historiador!

Si como Obispo de Chiapas el Excmo. Sr. Orozco y Jiménez hizo labor patriótica enriqueciendo las Letras Nacionales, como Arzobispo de Guadalajara tuvo la grata satisfacción de espigar en excursiones históricas preciosos Documentos, muchos de ellos inéditos y que se apresuró a publicar, contribuyendo así al engrandecimiento de la Iglesia y de la Patria. En sus frecuentes visitas al Viejo Mundo, Monseñor espigó en los archivos más notables del mundo de las letras; y los altos valores de su personalidad científica, eran una garantía en la glosa de la documentación que por primera vez veía la luz pública en volúmenes acogidos con entusiasmo en las principales Bibliotecas de todo el Orbe.

Sería peligrosamente temerario el suponer que Mons. desatendiera su sobrenatural misión de doctrinar al pueble por entregarse a los trabajos científicos de la Historia; porque su distinguido afán por propagar la Religión de Cristo, enseñando la Doctrina Cristiana se patentiza en los colosales tirajes de los Catecismos de los PP. Ripalda y Castaños: 265.000 ejemplares del uno y 100.000 ejemplares del otro.

Escribió de su puño y letra el Primer Sínodo Diocesano de Chiapas, cuyos ejemplares andan dispersos en bibliotecas particulares y en realidad son poco conocidos de la intelectualidad mexicana.

La delicada gentileza de Mons. Orozco era inagotable. En la introducción de la Obra publicada por su E. R. intitulada: "Vida y Martirio del Protomártir San Felipe de Jesús de las Casas" de quien fue entusiasta y filial devoto, propagando su devoción en el Japón a donde envió algunos miles de pesos para que se levantara un templo; así como también obsequiando a ese remoto País innumerables imágenes del Protomártir Mexicano que llevaban en el reverso los datos biográficos y la oración de S. Felipe en idioma Japonés, con gran naturalidad escribe:

"Llegué a tener conocimiento de la Obra documentada del P. Pichardo en una entrevista que tuve en Austin, Texas, con el Sr. Castañeda, en diciembre del año pasado. Le refería yo que estaba empeñado en levantar un templo en honor de S. Felipe de Jesús en Nagasaki (Japón) en el lugar de su martirio y que ya estaba encarrilado el asunto. Entonces aquel señor con suma camplacencia me reveló que en la Biblioteca "Genaro García" de la que es Gerente, se encontraba una biografía manuscrita, magníficamente documentada y de extraordinario mérito, del P. José Antonio Pichardo, jamás publicada. Mi entusiasmo por hallazgo semejante y tan oportuno para mis propósitos me condujo a celebrar con él los arreglos correspondientes para llevar a cabo esta edición"....

Interminable fila de automóviles en el entierro de Mons. Orozco.



Excmo. Sr. Don José Garibi Rivera acompañando los restos de Mons. Orozco.



Entrada del féretro a la cripta con los restos de Mons. Orozco.



Sobre la cripta un obrero alza su voz para despedir al Pastor.

Nunca se le vió vacilar ante el problema arduo de erogar un crecido gasto en enriquecer las letras patrias. Siguió con admirable celo la causa de Beatificación y Canonización del Padre Antonio Margil de Jesús, apóstol que evangelizó no sólo por nuestras tierras, sino por regiones lejanas, allende los mares. Editó de su propio peculio las Cartas dirigidas a la Santidad de Pío VI, pidiendo la elevación a los altares del infatigable Misionero franciscano. Recomendó la devoción a tan ilustre y venerable Padre, del cual con un amor entrañable regaló a la Catedral de Guadalajara una magnífica pintura.

La muerte lo sorprendió cuando su proverbial entusiasmo lo ajetreaba a hacer nuevas publicaciones como la Historia del Seminario de Guadalajara y el Cuarto Libro de las Crónicas del Padre Tello.

Interminables nos hariamos si pretendiéramos ocuparnos ampliamente de su labor bibliográfica; por eso nos contentamos con exponer, como remate y complemento de este trabajo. la lista de las Obras que publicó S. E. en el lapso de 33 años y meses que duró su misión episcopal sobre la tierra, omitiendo, claro está, sus Edictos, Pastorales y otros documentos por razón de brevedad:

LIBROS Y FOLLETOS PUBLICADOS POR MONS. OROZCO

I.—"Colección de Documentos inéditos para la Hist. de Chiapas". 2 tomos.

II.—"Relación del Viaje a Roma y Tierra Santa", del Ilmo. Sr. D. Miguel Luque y Ayerdi, Obispo de Chiapas.

III.—"Método para leer y escribir", por el Pbro. N. Flores de Chiapas.

IV.—"Método" para idem del insigne D. Fr. Matías de Córdoba O. P. de Chiapas.

V.—"Explicación de la Ceremonia de la Seña" del Ilmo. Sr. D. Francisco Núñez de la Vega, Obispo de Chiapas, en el siglo XVII.

VI.—"Cartas, pidiendo la Beatificación y Canonización del Siervo de Dios Fr. Antonio Margil de Jesús".

VII.—"Biografía del P. Fr. Margil de Jesús", premiada en el Centenario de San Francisco, en Madrid.

VIII.—"Colección de Documentos Históricos, Inéditos o muy Raros relativos al Arzobispado de Guadalajara", 5 tomos.

IX.—Doscientos sesenta mil ejemplares del catecismo de Ripalda para repartir gratis.

X.—Cien mil ejemplares del Catecismo Breve del P. Castaños.

XI.—"Gramática Latina", del Sr. Pbro. D. Luis G. Orozco y Jiménez, hermano de S. E. R. 2 tomos.

XII.—Catecismo del Protestantismo.

XIII.—"Métcdo de Misiones", del Dr. Fray Francisco García Diego, Primer Obispo de California.

XIV.—"Memorándum del Arzobispo de Guadalajara, D. F. Orozco y Jiménez". (1918).

XV.—"Memorandum", con motivo de los arreglos de la cuestión Religiosa en México.

XVI.—"Memorandum", con motivo de su deportación en avión.

XVII.—Semana Social de Zapopan.

XVIII.—Congreso Obrero.

XIX.—"Cuestión Religiosa en Jalisco", 2 tomos, 1920.

XX.—"Reseña de la vida y obras del Sr. Cabañas".

XXI.—"Historia del Convento de Zapopan", del P. Palacios.

XXII.—"Historia de la Virgen de Zapopan", del P. Palacios.

XXIII.—Documentos Zapopanos.

XXIV.—"Historia del Santuario de San Juan de los Lagos", por D. Francisco Elguero.

XXV.—"Vida de San Felipe de Jesús de las Casas".

XXVI.—"Historia de la Virgen de la Caridad, de Chiapas.

XXVII.—Folleto en Japonés.

XXVIII.—"Historia de la Conquista, Población y Progreso de la Nueva España" Continuación de la de Solís (2ª parte). 1927. Por el P. Fr. Tomás de S. Rafael, Carmelita Descalzo.

Pbro. José T. Laris.

Monseñor Orozco

Lo circuía una auréola legendaria: fantaseábanlo a caballo, espada al cinto, capitaneando falanges de "cristeros".

Cuando lo conocí, quedé sorprendido del contraste entre su fama y su actitud: la dulzura misma, la sencillez más suave y acogedora, el habla leve y como deslizada, sin categóricos acentos. Sólo dos o tres veces, en plática eventual y somera, hablé con él; otras tantas lo oí "platicar" en público —que no otra cosa hacía en sus discursos y predicaciones—, y tuve siempre esa impresión de benignidad y de finura, tan distante de la bronca arrogancia que le ponía la leyenda.

Lo cual no cede en detrimento, sino en exaltación, de la apostólica entereza con que el inerme anciano afrontó ocultamientos penosísimos y riesgosísimos, para permanecer apretadamente junto a sus hijos en etapas de angustia y responsabilidad.

Mas, —lo he sabido luego, por bocas enteradas y seguras— tuvo el buen Pastor un cuidado exquisito por ocultarse siempre en región no dominada de los "cristeros", y por mudar su refugio cuando éstos llegaban a imperar donde él lo tenía. Quiso de esta suerte —con duro riesgo de su tranquilidad y de su vida— objetivar

el propósito limpiamente pacífico, desnudamente pastoral, de su heroico escondimiento.

Y sé también, por fidedignos testimonios, cómo empleó tenazmente los medios persuasivos y conminatorios a su alcance, para hacer que volviesen sobre sus pasos los rarísimos sacerdotes que empuñaron las armas. Muchos había —conviene discernirlo estrictamente— con mero oficio sacerdotal de capellanes: hombres de paz entre el frenesí de las batallas. Contadísimos eran los cabecillas o guerreros. Entre éstos —para ejemplificar por antítesis— el P. Vega, cruel e irrecomendable, según me cuentan, y el P. Pedroza, recto y bravo, combatida la conciencia por congojosas perplejidades. Porque al sacerdote le están prohibidas la sangre y la guerra: y el arzobispo de Guadalajara pugnó porque los suyos cumpliesen el sagrado deber de abstención. Actitud paralela —aunque con honda variedad de circunstancias y matices— a la de los prelados que lanzaban reprobación sobre los sacerdotes bélicos de la gesta insurgente.

A lo largo de veintitrés años rigió su arquidiócesis el eximio Pastor: la mayor parte de ellos, en ocultamientos o en exilio. Físicas y morales pesadumbres le fueron quebrantando el vigor, nunca el AMOR. Pudo, al fin, volver públicamente a sus hijos y darse el gozo de prodigarse entre ellos, a sabiendas de que el esfuerzo y la fatiga aceleraban su visible acabamiento. Pero "habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin".

Y los suyos, le amaron con delirio, y en su muerte le hicieron consagración de apoteosis. Era un humano océano, silencioso y magnífico. "Y sobre el mar de cabezas, el féretro flotaba como una bandera".

Alfonso JUNCO.

Semblanza Moral

¡Murió! Pero dejó la huella de una alma grande y la resonancia de sus obras. De temple vigoroso, fue el Sr. Orozco y Jiménez hombre de una intensa individualidad, de planes vastos y audaces. Aparecía como un apóstol de estatura heroica. Personalidad de las más vigorosas y nobles que ha conocido la historia de nuestra patria. Tenía un no sé qué de regio, y hasta concluyo que los que convivieron familiarmente con él, deben tener en el alma y en el corazón algunos cuarteles de nobleza.

De la fe temeraria no sólo en Dios sino en los hombres, sabía llevar las cosas hasta el magnífico estado de la crisis. El Episcopado Mexicano le debe páginas admirables; y nosotros, la herencia de una conducta, sin penumbras ni oscilaciones.

Incompasivo con la mediocridad y la hipocresía, el apóstol y el hombre de carácter anduvieron siempre aliados en él. Como todo el que hace proclamar los derechos de Cristo sin epiqueyas ni entibiamientos, fue perseguido, encarcelado y desterrado. Su austeridad molestaba a los falsificadores de la rectitud en la acción.

Optimista y práctico a la vez. Optimista porque optimista es el que recoge su dolor religiosamente, sin perder un adarme y luego lo emplea como abono de futuras fecundaciones, macerando en él su energía y su carácter. Era hombre práctico. Hay una confusión en la mentalidad moderna sobre la palabra práctico. Si entendemos por práctico aquello que se puede más inmediatamente practicar, práctico significará entonces simplemente lo que es fácil de hacerse. En este sentido hay muchos hombres prácticos. Pero si entendemos por espíritu práctico, la elección de la energía y del esfuerzo inmediato, con preferencia a la duda y a la tardanza, en ese sentido hay pocos hombres prácticos, y uno de éllos era el Sr. Orozco y Jiménez.

Fue demasiado perfecto para que pudieran aclamarle por suyo las mediocracias de la política. Inaccesible a los servilismos, como esas cumbres andinas que reservan el goce de su vecindad con el cielo, sólo a las almas exploradoras, ávidas de altura, que experimentan el horror a los bajos fondos.

Su personalidad contrasta con la masa media de las vulgaridades que se apoderan de la vida moderna. Es un hombre desprendido de las escorias instintivas o zoológicas en que vegetan los corifeos de la revuelta. Para éllos a buen seguro, permanecerá inédito e ignoto su gran carácter a la luz semiopaca de la penumbra.

La trascendencia de esta gran figura es extraordinaria. Hizo crecer las uvas entre los espinos y surgir el trigo de entre las piedras. Avivó la luz de la civilización en la conciencia del indio de Chiapas y la antorcha del saber en la Universidad de México. Versado en las letras humanas y en ciencias sagradas, lo mismo componía versos latinos, redactaba actas en los Concilios, que escribía sabias pastorales y vibrantes Memorandums. Lo mismo fue un Mecenas de las letras y las artes que fundador de confederaciones católicas de obreros. En su alma transparente, como de agua limpia de regato encimero, lo mismo reflejaba las claridades celestes, que los tímidos mimbres que con humildad gozosa festoneaban en su orilla. Las últimas palabras que antes de enfermar me dirigió fueron para interesarse por un humilde trabajo inédito que tengo sobre la cuestión agraria.

Bueno es recordar con nostalgia en esta decadencia de caracteres a este gran carácter, que nunca se menguó ni soslayó el combate, nunca se emperezó ni reblandeció en el cumplimiento de sus altos deberes. Tenía la capacidad de irritarse ante el engaño colectivo, ante la hipocresía revolucionaria, cuando ahora pocos, o nadie, se irritan.

Cuando nosotros, amedulados, quizá tenemos miedo hablar de Dios en voz alta, y lo hacemos a la sordina para no comprometernos, yo admiro al Sr. Orozco que voceaba los derechos de Dios como un iluminado y los pregonaba como un profeta. Los cobardes y los mediocres son los fariseos del bien, los simuladores de un Dios del cual carecen.

Al Sr. Orozco hay que volver los ojos para recobrar la vibrantez perdida de nuestro espíritu, para promover ese renacimiento espiritual que todos anhelamos. Han huído el sueño y la sed de aventuras, se ha roto el ala y se han quebrado los mástiles de la ilusión velera, lo hemos supeditado todo a la conveniencia, ha sobrevenido la apatía, la pereza del espíritu, la huelga de tantas almas perdidas en el pietismo infecundo rezandero, meticuloso. mientras que la acción vigorosa va desapareciendo por la anemia del espíritu.

Recordemos la gran lección y la asombrosa acción multiforme y policromada de nuestro gran Arzobispo Francisco Orozco y Jiménez.

Ramiro Camacho, Pbro.

Al pie de la encina paternal...

Bajo las ramas de la encina se congregó el pueblo heroico y sufrido; y a su sombra se sintió más fuerte, inconmovible. Sobre las bocas doloridas los costados de la encina, como la encina virgiliana, vertieron mieles como gotas de rocío; y si las fauces del malvado alguna vez quisieron hozarla, percibieron la amargura de las bellotas.

Las tormentas no hicieron sino lavar su ramaje. De los vendavales el árbol venerando sólo conservó la fuerza luchadora, sus raíces más hincadas y el corazón más henchido de savia.

Cinco veces las hachas de Satán hendieron sus costados, y cinco veces manaron misericordiosamente la sangre del amor y el agua del perdón.

La encina septenaria, cicatrizada de amor y de suplicio cayó sobre la tierra estremecida. . . . . El pueblo macabeo en vano riega con sus lágrimas al árbol bendecido. Al llevarlo a enterrar, la grey ha sentido sobre sus hombros el dulce y formidable peso de la encina protectora. Todos pensaban que de ella, mejor que "desgajar lanzas", habría que forjar una cruz enhiesta y amplia para clavarla en la roca más alta de la Patria; y allí que sus brazos, sostuvieran el Reino de los Cielos, y su sombra bendijera las generaciones venideras de los buenos y estigmatizara el eterno fango de los malos.

Al pie de la santa encina paternal depositamos esta Corona que tejieron las manos ensangrentadas de los hijos.

J. Ruiz Medrano.



